

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO ABRIL 1995 NÚM. 531



Llamarla, así, locura

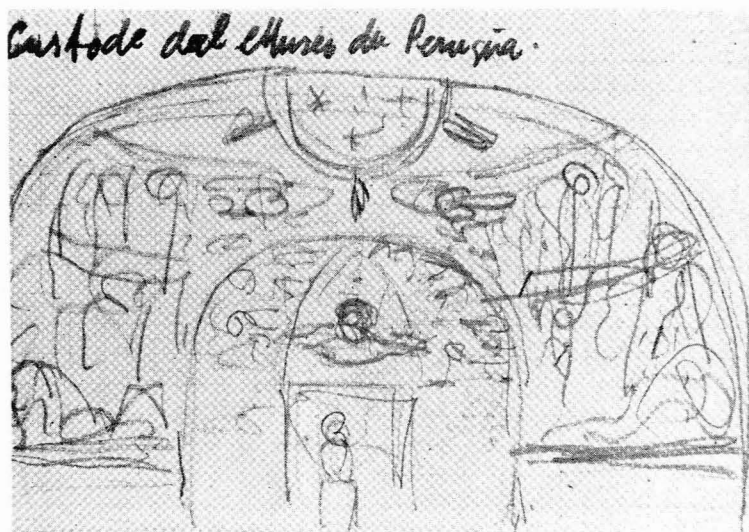
Textos de Juan Carvajal, Adolfo Castañón,
Augusto Fernández Guardiola, Miguel Ángel Flores,
Francisco Hernández, Robert Lowell, Agustín Monsreal,
Herminia Pasantes, Héctor Pérez-Rincón,
José Eduardo San Esteban y Ricardo Tapia.



PATRIMONIO UNIVERSITARIO

La creación
(1922-1923)

Primer mural de
Diego Rivera, pintado
en el Anfiteatro Simón
Bolívar del Colegio
de San Ildefonso,
(y boceto de la obra)



Archivo Fotográfico IIE-UNAM



UNIVERSIDAD
DE MÉXICO
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Coordinación de Humanidades

Director: Alberto Dallal

Consejo Editorial: José Luis Cecaña, Alberto Dallal, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Mario Melgar Adalid, León Olivé,
Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitó, Arcadio Poveda, Vicente Quirarte, Luis Villoro, Miguel José Yacamán

Coordinador editorial: Octavio Ortiz Gómez

Corrección: Amira Candelaria Webster

Publicidad y relaciones públicas: Ana María Molina

Administración: Leonora Luna Téllez

Diseño y producción editorial: El Equilibrista, Diseño Gráfico y Servicios Editoriales, S.C.

Oficinas de la revista: Insurgentes Sur 3744, Tlalpan, México, D.F., C.P. 14000. Apartado Postal 70288, C.P. 04510, México, D.F.
Tel. 606 1391 y FAX 666 3749. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC Núm. 061 1286. Características 2286611212

Impresión: Offset Rebosan, S.A. de C.V., Zacahuitzco 40, Col. Portales, C.P. 03300

Precio del ejemplar: N\$15.00. Suscripción anual: N\$150.00 (US\$90.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de cuatro mil ejemplares.

Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

Certificado de Licitud de Título número 2801. Certificado de Licitud de Contenido número 1797. Reserva de uso exclusivo número 112-86

Índice

	◆ 2 ◆	Presentación
JUAN CARVAJAL	◆ 3 ◆	Locura y Occidente
FRANCISCO HERNÁNDEZ	◆ 7 ◆	Carta astral de María Lionza
HÉCTOR PÉREZ-RINCÓN	◆ 8 ◆	La psiquiatría: de la neurona a la persona
RICARDO TAPIA	◆ 11 ◆	Neurobiología de la locura
AGUSTÍN MONSREAL	◆ 15 ◆	Casa de retiro
ROBERT LOWELL	◆ 18 ◆	Dos poemas
AUGUSTO FERNÁNDEZ GUARDIOLA		
RODRIGO FERNÁNDEZ MAS	◆ 21 ◆	Imágenes del cerebro perturbado
MIREYA FOLCH-SERRA	◆ 27 ◆	Lindee Climo: parodia y utopía
MARÍA CONSTANTINO	◆ 31 ◆	Arte y locura
HERMINIA PASANTES	◆ 32 ◆	Demencia y muerte neuronal
ALBERTO DALLAL	◆ 36 ◆	Sombra blanca
JOSÉ EDUARDO SAN ESTEBAN	◆ 37 ◆	El discurso improbable: algunas reflexiones sobre el autismo
MIGUEL ÁNGEL FLORES	◆ 43 ◆	Vltava
ADOLFO CASTAÑÓN	◆ 44 ◆	La garganta tatuada
MISCELÁNEA		
MARÍA ANDUEZA	◆ 45 ◆	<i>Lectura ideológica de Calderón. "El médico de su honra"</i>
LUIS MANUEL ZAVALA	◆ 47 ◆	William Faulkner: en busca de una <i>anunciación</i>
ARTEMIO LÓPEZ QUIROZ	◆ 49 ◆	Lucha y resistencia: historia de los indios en México
GABRIELA VALLEJO CERVANTES	◆ 51 ◆	<i>La copa derramada: aproximaciones heterodoxas a la obra de Sor Juana Inés de la Cruz</i>
CARLOS ENRÍQUEZ VERDURA	◆ 52 ◆	Chiapas, visiones al origen
RUXANDRA CHISALITA	◆ 53 ◆	San Juan de la Cruz, los pájaros y la Dama de las dos sílabas
	◆ 54 ◆	Colaboradores

Presentación



Más ligada a la razón de lo que la especie humana, a veces, puede tolerar, la locura no puede ser definida sino por la razón. Actitud inhabitual o extravagante, la locura es, en concordancia con todo lo que se ha estudiado y hablado de ella, un tipo de vínculo con la realidad. En ocasiones se convierte incluso en un misterio absoluto, colindante con las funciones de las creencias, los mitos, los efectos y causas del arte. Lo aseguró Foucault: "La razón no puede dar fe de locura sin comprometerse con ella misma... La sinrazón no está fuera de la razón, sino justamente, en ella, investida, poseída por ella y cosificada; es, para la razón, lo que hay de más interior y también de más transparente, de más abierto..." Por épocas enteras, colectivamente, la locura señala a la especie —y a la sabiduría y a la verdad— con el dedo de quien acusa ignorancia. Porque por épocas sociedades enteras han atestiguado el imperio de la irracionalidad, la intolerancia, la evasión respecto al conocimiento... No pocos estudiosos de la locura han descubierto en el arrebato delirante elementos y dejos de una racionalidad encubierta, sí, también sorprendente tabla de salvación. En fin, locura: tema de gran controversia. Y, sin embargo, tema ineludible.

En el número que presentamos, algunos analistas científicos nos llevan de la mano por el aún estrecho camino del conocimiento en torno a algunas enfermedades o alteraciones de la mente. Penetran por la puerta de la biología, la neurofisiología, por la apertura de la reflexión sistematizada. Pero también ofrecemos textos que se refieren a ese estallido interior que se asemeja a la locura, a los ocultos vericuetos de la mente y sus funciones creativas, a situaciones de terror que simulan una ficción, a narraciones que revelan parajes involuntarios del pensar, del hacer, sufrir, observar, penetrar en una nebulosa que indica ausencia de sentido que sin embargo atrae, interesa, se hace indispensable para la rotación de las almas y del mundo.♦

Locura y Occidente

JUAN CARVAJAL

No hay que desdeñar a un amante apasionado y abandonarse al hombre sin amor, por la sola razón de estar el uno delirante y el otro en su sano juicio. Esto sería bueno si fuese evidente que el delirio es un mal; pero es todo lo contrario; al delirio inspirado por los dioses es al que somos deudores de los más grandes bienes.

Platón, *Fedro o de la Belleza*

Un aliento de locura pareciera traer bajo sus alas el espíritu de ciertos estratos de la creación artística. Y precisa y paradójicamente de aquellos que de manera enorme hacen crecer el ámbito de la interpretación intelectual, de la razón y el juicio mismos. De manera tal que nuestra prehistoria mental no se reconocería sin ese impulso, y pretender trazar un *disegno* de su estructura equivaldría, de todas formas, a trazar el mapa mismo de la sinrazón, empresa no menos desquiciada. Pero no menos ineludible. En este instante, algo en el razonar vuelve perentorio querer —quizá necesitar— la definición de ambas; algo que nos permite o bien obliga a pensar que loco sería sólo aquel que no se reconoce como tal. Esta compleja cuan sutil diferenciación quedará siempre como exclusividad del dominio de lo que llamamos ciencia, territorio finalmente tan mutable e inasible como el que llamamos poesía, pero que nos permite reposar en él cuando decimos “la ciencia dice”, todo lo contrario de cuando enunciamos, con igual irresponsabilidad, que tal cosa pertenece a la dimensión de la inquietante poesía.

La poesía queda pues adscrita a la locura y opera a la vez como redentora de ésta. La mala fama que goza la locura en Occidente, sin embargo, no fue siempre tan mala. Ya Platón el Inmenso nos dice que el poeta que no está bajo la tiranía del delirio no es un poeta que se respete. Luego, este *mal* no es necesariamente algo de lo cual debamos curarnos. Al contrario, él permite al poeta penetrar a los reinos de una más alta gracia, de la belleza y la verdad, ambas mayúsculas dimensiones del ser. Pero si el poeta sólo en tanto héroe o predestinado, que sin duda son lo mismo, puede penetrar en esa dimensión sacrosanta, nosotros, lectores recipiendarios de los

frutos de aquella región sagrada, no podemos sino ser iguales a él en el instante de la comunión con su espíritu que nos funda y en el cual, como en ninguna otra parte, nos reconocemos. Aquí, al amparo de la poesía —digamos la belleza— no es un desdoro aceptarnos fundados en la sinrazón. Sin embargo, semejante altura y armonía en la fusión de los contrarios sólo pudo darse al parecer entre los purísimos griegos. El mal vino después, contaminado del bajunamente organizacional espíritu judeo-cristiano, para el cual las altas voces delirantes que no podían servir a las necesidades tribales en su acepción político-religiosa, que en ellos fue lo mismo, carecían de utilidad o valor trascendente (a pesar de su robusta tradición de delirantes profetas) y fueron rechazadas como manifestaciones provenientes de la sola *dementia*, es decir, de cuanta expresión no estuviera en la colectividad *ad usum vulgaris*.

Por supuesto los griegos también reconocían una forma de locura no encantadora y que conducía a quien era su víctima a la perdición; pero esta locura, de todas maneras no parecía ser sino una equivocada forma operacional de la confusión. La que Platón consideraba locura óptima era entendida como un bien celeste y en el *Fedro* se nos transmite que “los mayores bienes nos son otorgados por medio de una locura, que es un don divino”. Así la poesía, como antes dijimos. Luego, la (antigua) locura pertenece a una forma o región privilegiada del ser, a la que le son propios modos y funciones que la razón envidia, entre los cuales están el dionisiaco entusiasmo y el amor, nada menos. Declarar que el amor es el patrimonio de la locura sería ya una especie de abuso y la más segura exhortación a volvernos *dementis fidelis* si omitiéramos que la *Ratio*, la Lógica, el divino *Logos*, son los primeros nombres y atribuciones de la divinidad. Ambas operaciones, locura y lógica son, pues, nuestro fundamento, ¿cómo, y para qué, separarlas?¹ Pero claro, estos

¹ Mis diccionarios filosóficos laicos, Abbagnano, Foulquié, Lalande, no las separan, locura y lógica van juntas en el ordenamiento de los incisos; en el católico de la Biblioteca Herder, de Walter Brugger, la voz locura está púdicamente suprimida, pudibundez que es un escándalo y un atentado a la razón.

divinos gemelos se necesitan para ser plenamente sólo en la medida en que de manera indebida se contraponen.²

Aquí salta (y sobresalta) la voz *fantasía* reclamando ingentes prioridades. El fantasear y lo fantasmático han sido considerados de suyo actividades manifiestamente antipódicas del pensar. Su borrosa condición, no obstante, las identifica igualmente con la representación primera y última que nos hacemos de las cosas en nuestra percepción y memoria de ellas, con las imágenes mismas que de todo acto aparecen y conservamos a la postre en nuestro espíritu. No deja de ser contradictorio que experimentemos el vivir como un teatro de fantasmagóricas representaciones y neguemos al mismo tiempo su naturaleza fundadora. Se llegará incluso a identificar el término fantasía con el de locura, no obstante aceptar que de ella, la fantasía, brota el deslumbrante orbe de los cuentos de hadas (y toda la llamada fantasía infantil), los relatos primitivos, los cuentos de fantasmas y “aparecidos” y hasta las complejas, inacabables, laberínticas y eternas mitologías, las leyendas. Luego, la fantasía también delira, y tan bien; ella, a quien tanto —como a la imaginación misma— deberemos y no podremos nunca, por fortuna, pagar. ¿Y sabe usted a quién sí deberemos el más nítido deslinde en términos de separación de entrambas aguas procelosas? A un obeso y alado escritor inglés que bailaba al desenfrenado ritmo de Chesterton: “Lo que está más cerca de la locura no es la fantasía, sino la razón *sin fantasía*.”

Pero nadie se baña dos veces en el mismo río, aunque se ahogue mil veces en las mismas aguas. La *locura amorosa*, el regalo más comprometedor y preciado que deberemos a Platón el Divino, proviene de un lugar cuya altura no se mide en *verstas*, y le basta para apoderarse de nosotros con el solo *recuerdo*. Esta purísima *dementia* y su incontenible caída de estupores se apodera de cada uno cuando, en presencia de cualquiera de las bellas cosas del mundo, nos dejamos invadir (¿pero por medio de qué *praxis*, de qué gimnasia del cuerpo, de los sentidos, del alma?) por el recuerdo de la belleza *ideal*, la contemplada por nosotros en el *topos uranos* antes de que se produjera la *caída* de nuestro nacer. ¿Te acuerdas? Esta locura es justamente lo que nos salva, a través del amor o de la poesía, de la artificiosa y árida (por pedante) sabiduría que imagina posible el vivir sin amar, entender sin volverse la cosa entendida. Esta demencia es una venerable criatura vestida con los suntuosos andrajos de la compasión, con la incambiable dulzura de las penas de amar.

Quizá de esta antiquísima rememoración humana derive el respeto que aún nos inspira la locura como entidad cercana a lo divino y por eso el loco irradia en torno suyo para la colectividad un aura de temibles prestigios: está más cercano que los demás a lo sagrado, a lo que no se soporta mirar de



frente, “a lo que no podemos aproximarnos sin morir”. La sacralidad de la locura es una estancia tenebrosa y radiante que debemos preservar menos por respeto a ella que por elemental cuidado de nosotros, a quienes su sola sombra bastaría para fulminarnos si por inadvertido desprendimiento de la coraza racional, o de la mera desatención, nos acercáramos a ella, que no es sino reflejo de la sacralidad mayor, de lo divino. Por eso, aquellos *desdichados* —en el sentido de Nerval—, que penetran más hondamente en ese reino de tinieblas (no de luz, que es la ignorancia en que vivimos) para traer hasta nosotros con el corazón abierto la carga de lo fatal, los Hölderlin, los Nietzsche, para mencionar sólo a dos joyas de la negra corona, regresan al orbe de los humanos para despertar una sobrecogedora reverencia, convertidos en la punta de lanza de nuestro empeño último, la postrera nota de nuestra verdad. *El desdichado* de Gérard de Nerval trae consigo tan suntuosa carga de arrogancias porque viene de ese lugar sagrado y sin estrellas, constelado con la sola principesca presencia del sí mismo ante la Nada. Ese príncipe soberbio y andrajoso (loco y Nerval mismo) penetró en el más allá del ser y lo que en verdad nos cuenta con su canto encantador es que él *nadó* en la gruta en que *sueñan* las sirenas. La poesía occidental se ve así *tutelada*, desde sus helénicos orígenes, por este estremecido numen de la inminencia sagrada que viene de los trágicos —¿por qué lo trágico es tan arcaico?— a través de las edades oscuras hasta la más solemne y venerable de las figuras poéticas del Occidente creador (pleonismo) moderno, Dante de los Alighieri, que trazó para los hombres de este lado del mundo el indeleble itinerario del Infierno de todos conocido, a la par que el de los cielos que sólo Ella conoce. De su *Commedia* vendrán los grandes locos shakespearianos, insuperadas dimensiones del espejo en que se reconoce nuestro espíritu. O los desaforados

² Digo indebidamente, aunque en la moderna estructura anatómica la razón se encuentra aposentada en la zona de más reciente data evolutiva: los lóbulos frontales cerebrales, una zona quizá posmoderna; en tanto que las emociones están confinadas en una de las zonas más antiguas, casi arcaica: el circuito límbico.

impulsos de esos demonios de las tundras que son los Karamazov, nuestros hermanos.

La locura, como la belleza, la poesía y el amor, producen terror, el sacrosanto sentimiento. Y todos contagian, y dan pena. Su prodigioso misterio encierra y despide una peligrosa energía imposible de controlar e instantáneamente contagiosa —aunque, por desgracia, sólo para los que son proclives. ¿Cómo se preserva de semejantes peligros el hombre? Erigiendo en su contra el concepto de *enfermedad*, por más que los conceptos de enfermedad y salud sean afines y aparezcan sólo y siempre dentro de una oscilante ambigüedad. La enfermedad que transmiten tales virus debe nacer de una poderosa salud y, puesta al servicio de ésta, es el mayor signo de vigor al que se puede aspirar. En tanto que la salud, entendida en el sentido de la medicina, se convierte, en un sentido estricto, en el signo de la enfermedad. El filósofo Nietzsche denuncia en reiteradas ocasiones con total desprecio la estupidez de quienes, imbuidos del sentimiento de su propia salud, se alejan de todo lo que es extraño a la misma. Ciertamente no es una ventaja para el ser humano escoger la *stultitia* a la *dementia*, la ataraxia a la pasión:

La salud y la enfermedad no son esencialmente diversas... no se las debe convertir en principios o en entidades distintas. De hecho entre estos dos tipos de la existencia hay sólo una diferencia de grado... No existe una salud en sí misma. Te corresponde conocer tu fin, para determinar aquello que, aun para tu cuerpo, debe significar la salud... El concepto de salud



normal, otra vez, tiene que ser apartado. En verdad, para alguno, la salud tiene tal aspecto que, para otro, sería lo contrario de ella. Incluso no se piensa que la salud, por ejemplo, constituye una meta fija.

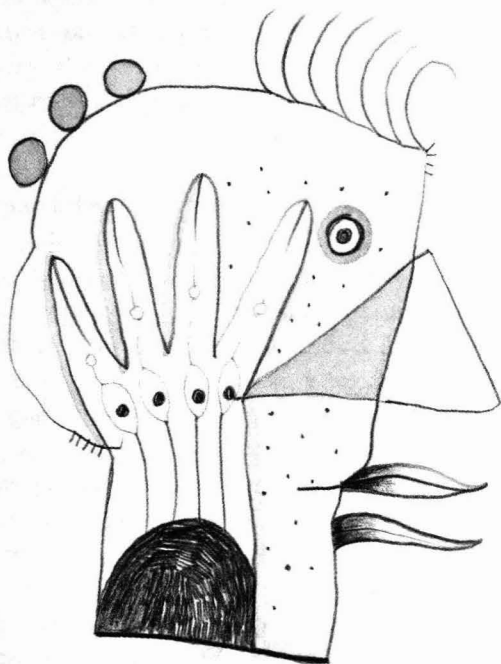
Finalmente caracteriza así el vil método de los filisteos de la cultura: "Para ayudar a sus hábitos, maneras de ver, repugnancias y simpatías, inventan una fórmula de efecto general: la salud, y dejan de lado toda incómoda molestia con la suposición de que ella es enfermiza y exaltada." Para Nietzsche, por el contrario, toda su cosmogonía lo lleva a comprobar que "Es un hecho fatal que el 'espíritu' debe inclinarse con particular simpatía ante lo enfermizo y desventajoso". Razón y sinrazón, como extremos ineludibles de la mente, no pueden tocarse sin riesgo de perder cada cual su naturaleza que, a la vez, es el límite por el que prospera la otra, cada una germen de su opuesto. Pero, incesante dualidad, *quieren* separarse cuanto fundirse en su otredad a cada instante. Son el bien y el mal que luchan por dominar a su contrario, pero que, en cuanto adquieren un mayor peso en la balanza eterna, no pueden no querer absorber al otro para asimilarlo a sí y de esta manera anularlo. Ese erótico impulso los lleva a su inevitable destrucción pues *el uno nunca podrá ser el otro*. Los dos sirven a la mente y son necesarios para el desarrollo y permanencia del ser, que vive de y en ambos; la locura sagrada destruye y engendra, en tanto la razón preserva y acrecienta, ambas inagotables fuentes de la vida.

La antigua iconografía popular, hasta la edad romántica y que pervive en las sociedades primitivas, identifica uno de los polos de la locura, de la enfermedad sagrada, con el Demonio, que es una trasmutación de Dionisos, agente del vértigo, el éxtasis y la embriaguez divina pero también del mal. Al demonio se opone el bien, la salud, Dios. El demonio es tentador porque seduce con una sucesión de inagotables atractivos a los cuales puede acceder el adepto si consiente ser arrastrado, raptado, a su demencial reino de tinieblas que no obstante está más cerca del ámbito poético que el reino de la lógica y la luz, la religión. A este respecto ha devenido clásico el debate sobre la superioridad poética del *Inferno* sobre el *Paradiso* en la *Commedia*: nadie duda sobre la elección del primero y sirve de argumento para mostrar la mayor cercanía de Dante con las potencias infernales. Sin embargo aquí permanece actuando el mismo juego de contrarios. San Agustín declara que ante lo divino experimenta a la vez un sentimiento de miedo y un impulso de atracción, pues su horror procede del conocimiento de la absoluta diferencia que separa su ser del ser de lo sagrado, mientras que su fervor nace de la contemplación de su identidad profunda: *Et inhorresco, et inardesco*, escribió.

Esta dialéctica de lo demoniaco-divino, como la de la razón-locura, es una dialéctica que se muerde la cola. Se desea esta oposición cuanto se la teme, en ambos extremos que resultan por igual, en análogas contraposiciones, tan fascinantes como repulsivos. Este movimiento es una de las descripciones

fundamentales de la alquimia occidental, dentro de la cual un exceso de bien se convierte *por necesidad* en mal, y viceversa.³ Pero somos mariposas que no podemos evitar caer en la llama; si la locura del poeta es ella misma un fuego, producirá como éste a la vez bien y daño, su acción será benéfica o nefasta; no obstante, más allá de las caracterizaciones negativas o positivas de sus etapas sabemos que es una fuerza con la que el hombre debe siempre contar a riesgo de carecer del más activo de sus impulsos, el delirio creador. Bajo él aceptamos la confusión universal y el caos cósmico inicial; amamos el exceso, ese elixir sin el cual la vida se vuelve imposible e indeseable; nos sentimos impelidos a un más allá de nosotros mismos.

Bajo el delirio creador, como en el desenfreno de la infancia, recuperamos las condiciones de existencia del pasado mítico, tocamos con los dedos la antigua Edad de Oro hesiódica y podemos vivir, *ser*, fuera del tiempo. En esta exuberancia que no conoce límites no hay prescripciones, ni siquiera hay actos, todo *es*. Éste es el rasgo único de la eterna juventud, el licencioso rostro de la pureza sin rastro, el eterno presente. Todos los grandes ritos cosmogónicos, la mayor



parte de los cuales culmina en los sacrificios humanos, conmemoran esta perennidad; su función real, su *nostalgia*, es una metáfora de reconstrucción del universo; cuando la tierra, los elementos, se ven en peligro de extenuación, se los rejuvenece ofrendando a una criatura privilegiada a través de un acto demencial y sublime que —secretamente— repite de manera simbólica los procedimientos de la cíclica natu-

raleza que, como sabemos, muchas veces enloquece. Y el rito *funciona*.⁴

Otro de los aspectos de la locura en Occidente es el que se presenta con el rostro de la *inspiración*, nombre sacramental del espíritu que se apodera del hacedor y lo impulsa a la creación que, *in strictu sensu*, no es sino la edificación de sus delirios venidos de lo alto. El ser inspirado es un ser predestinado, por lo tanto apartado de los demás y alejado de las preocupaciones vulgares; la fuerza que lo anima lo hace remontar por un acto de gracia los obstáculos y los peligros terrenales, si bien se ve arrastrado y sucumbe ante más hondos riesgos. Para el loco inspirado, el equilibrio está lejos de ser considerado un bien; contención, prudencia, moderación, son a lo sumo antivirtudes frente a las cuales él se coloca en el extremo opuesto, así como en su estructura de vida se sitúa lejos de la seguridad, de lo estable, y no se permite filosofar sino sobre la cuerda floja. ¿Por qué tan precaria metodología existencial provoca semejante respeto e infunde confianza y fuerza a los hombres? Porque esos seres que mueren porque no mueren se han acercado como ninguno a esa región de la que mana el agua pura de la vida y la han concentrado para nosotros en una quintaesencia filtrada de esa eternidad y vuelta obra de arte. El artista inspirado es aquel que, en la persecución de esas voces que lo raptan, sacrifica sin pena la felicidad que lo ataría a la tierra, a lo demasiado humano, a cambio de un destino glorioso; de anularse para volverse espejo del universo.

He mencionado aquí sólo algunos de los aspectos de la experiencia que se ven tocados por la locura; quedan fuera otros igualmente relevantes, como la magia (brujería, adivinación, chamanismo, posesión) y la religión (profecía, mística) que se apartan de las humanas domesticidades tanto o más que los anteriores, pero que se define, igual que los demás, por la dimensión opuesta, la profana razón. Estamos lejos de intentar definir su cualidad específica; la locura impone su redentora hegemonía a partir de *un no sé qué* de imposible captación racional pero de una segura y benéfica irradiación. Con sus obras, productos de la literal enajenación, de lo ambiguo y contradictorio, *imposible*, el ser humano se ve fortalecido y se nutre en la dimensión de lo trascendente; al contrario de lo que acontece innumerables veces con los engendros de la razón humana, ese doloroso delirio. Sus altos productos pueden ser analagados a esas misteriosas entidades que los hombres reciben bajo el nombre de *milagro*: una dimensión del absurdo engendrante y la fuerza con mayor capacidad de significado que la humanidad ha conocido. Algo que Tertuliano formuló bajo un criterio prácticamente inmortal: *Credo quia absurdum*. Que es exactamente lo que acontece cuando se nos dice que Orfeo levantaba templos y palacios con el solo tañido de su lira, y *lo creemos*. De no creerlo, toda la civilización occidental se haría añicos. ♦

³ Esta oscilación —que recuerda la del Koan zen: “Así es la vida: ocho veces abajo, siete veces arriba!”— se expresa en el lenguaje alquímico con la figura circular de la serpiente devorando su cola y se denomina *Enantiodromia*. Imposible no recordar también a propósito la frase de Guimarães Rosa: “Lo bueno hace bien y mal.”

⁴ Así lo ejemplifica la conocida anécdota del físico —no fantasmal— Niels Bohr cuando, interrogado sobre si creía en los “efectos” positivos de una herradura de la buena suerte que se encontraba sobre la puerta de su casa de campo, respondió: “¿Por supuesto que no! Pero, ¿sabe usted?, a mí me han dicho que *funcionan* aunque uno no crea en ellas.”

Carta astral de María Lionza



FRANCISCO HERNÁNDEZ

I

El cuerpo de María Lionza se contorsiona al humedecerse.

Cuando decide aparecer nocturno quema su camisa de fuerza, acerca sus muslos y llega hasta las palmas de mis manos deslizándose por hilos de humo donde reside su música ceremonial.

Es amarillo el cuerpo de María Lionza. Un sol no visto por Nicolás Copérnico lustra su piel de túnica budista.

Sus labios vagabundos hacen que un *minuto de arco* se oculte entre las cúpulas de sus senos y en su cabello negro la astronómica se pone a florecer.

Cuando sueña, le duele todo el cuerpo.

Cuando despierta, le duele no recordar todo lo soñado.

II

La boca de María Lionza gira alrededor de su cuerpo.

Al ofrecerlo sin brindarla, lo que me niega es la puerta de entrada a los observatorios de su quietud.

Vientre o sepulcro, pozo sin brocal o cueva de donde fui expulsado para morir, ahí residen el amor y su gravedad.

Por sus labios ajenos cruzan reflejos de cristal y la Vía Láctea, estrellas binarias y mi camisa de fuerza transformada en objeto celeste.

A ese agujero negro llegan también los dedos de Dios, iluminados por los anillos de Saturno.

La psiquiatría: de la neurona a la persona



HÉCTOR PÉREZ-RINCÓN

La psiquiatría se muestra muy orgullosa de los avances que ha logrado a partir de los últimos cuarenta años. Nada es más justo. Tras haber sufrido largo tiempo la crítica de que era básicamente una disciplina descriptiva, clasificatoria, teorizante pero de modestos resultados terapéuticos (un fisiólogo del XIX la llamó "la poesía de la medicina"), la psiquiatría ocupó a partir de los años cincuenta un sitio relevante dentro del progreso médico. La introducción por esas fechas de los primeros medicamentos antipsicóticos y antidepresivos, y un poco más tarde de los ansiolíticos y de los reguladores de la afectividad, permitió interrumpir de una manera sorprendente la marcha natural de varios procesos patológicos que habían sido, a lo largo de la historia, los depositarios del terror colectivo. La "locura" (término que desde principios del siglo XIX abandonó la medicina en aras de una progresiva labor clasificatoria, y que en nuestros días sólo utiliza la literatura) cambió, gracias a esas terapéuticas, su sino ominoso. Los grandes síndromes (los delirios, las alucinaciones, la agitación, la melancolía, la angustia, la discordancia, etcétera) que otrora limitaban la libertad de los pacientes afectados, y que muchas veces los mantenían *alienados* (otros) respecto de la colectividad, fueron modificados en gran medida gracias al suministro de esas sustancias, cuya configuración química y cuyos mecanismos y sitios de acción condujeron a plantear interesantes teorías sobre el *substratum* neural de las diferentes entidades nosográficas. Los médicos adquirieron, gracias a estos fármacos, la posibilidad de aliviar una buena parte del sufrimiento humano.

De manera simultánea a estos avances terapéuticos sobrevino el sorprendente desarrollo de la neurobiología. La neurofisiología y la neuroquímica, la genética y la biología molecular, alcanzaron en ese lapso una cantidad enorme de conocimientos sobre la actividad cerebral, que la psiquiatría se esforzó por asimilar y por aplicar, si no siempre en el plano terapéutico, en el ejercicio clínico cotidiano (su traducción práctica muchas veces permanece como un buen deseo y una

firme esperanza), al menos en el establecimiento de teorías y de enfoques novedosos. Gracias sobre todo a la psicofarmacología, la clínica inició su acceso al círculo piagetiano de las ciencias. Los estudios sobre transmisión hereditaria, cronobiología, imagenología cerebral, entre otros, han contribuido a ese fin y han permitido, en algunos casos, una mayor precisión nosográfica.

El desarrollo que ha tenido en los tres últimos decenios la llamada "psiquiatría biológica" se inscribe, por otra parte, dentro de una tradición muy vigorosa de la psiquiatría germánica decimonónica: la *Gehirnpathologie* (la patología cerebral), representada por Griesinger, Meynert, Wernicke, Nissl y Alzheimer, entre los más caracterizados. El primero de ellos, por ejemplo, planteaba que toda patología mental era siempre, necesariamente, patología cerebral. Más tarde, el desarrollo de la neuropsicología enriqueció este enfoque y permitió augurar la consolidación de una psicopatología explicable con base en disfunciones corticales o subcorticales específicas (como en el intento de Kleist y Leonhard en las décadas de los sesentas y los setentas) que pudiera sustituir a la psicopatología establecida a partir de la sola observación clínica. Pese a su valor, esta empresa se mostró como un intento prematuro en el que la extrapolación del modelo neurológico a la patología mental conducía más bien a una *Gehirnmythologie*...

Los enfoques considerados globalmente como "organistas" fueron, a lo largo de una buena parte del siglo XX, la contraparte de los enfoques "psicodinamistas", cuyo ejemplo epónimo sería, por supuesto, la doctrina psicoanalítica. Oposición que repetía, por cierto, la planteada en la Alemania decimonónica entre los *Somatiker* y los *Psychiker*. Muchos creyeron que ambas posiciones eran irreductibles y que el predominio de una iría necesariamente en detrimento de la otra. Así, con el desarrollo de la neurobiología se pensó que los avances del conocimiento del encéfalo permitirían al psiquiatra lanzar por la ventana el diván de Freud (como se ve precisa-

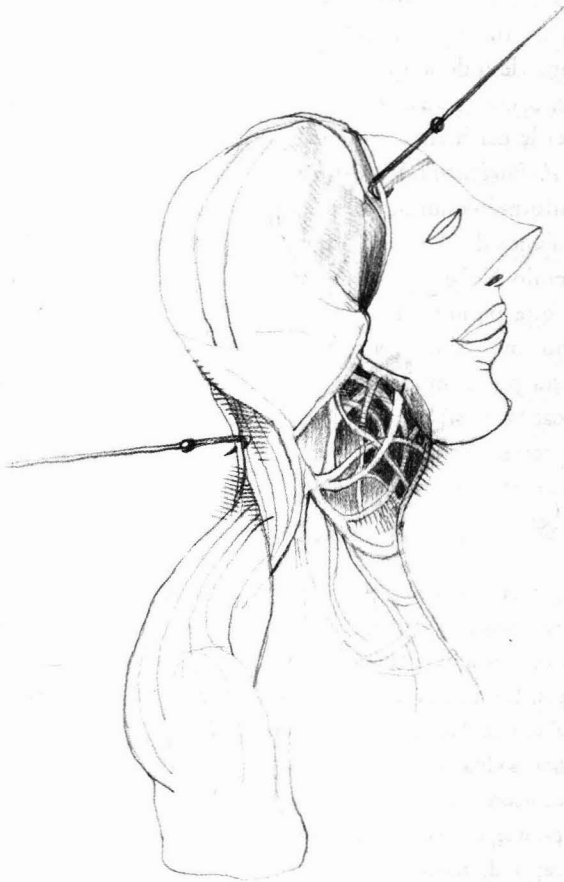
mente en la portada del número de *Time* dedicado a la crisis del psicoanálisis y al éxito de la psiquiatría biológica), y a los neurocientíficos acceder a un nuevo mundo de amplitud insospechada que sobrepasaba en mucho los límites de su laboratorio. La extrapolación de los datos provenientes de cada neurociencia al terreno de lo mental, la conducta personal y social, las relaciones cerebro-mente, etcétera, constituyeron la posibilidad de una novedosa interpretación de *la naturaleza humana*, en la cual la imagen del hombre debería ser, como el título del célebre libro de Changeux, *El hombre neuronal*. Bajo este enfoque, las fronteras entre la psiquiatría y las neurociencias tenderían a diluirse, rescatando a esa especialidad de la tentación de recurrir a explicaciones “insuficientemente científicas”. Mario Bunge había señalado con perspicacia que “los neurobiólogos defienden un cerebro sin espíritu y los psicólogos un espíritu sin cerebro”, lo que constituye una profunda paradoja para la psiquiatría dada precisamente su

cuando se han consagrado, se vuelven más tolerantes, y que esto ocurrirá también con las neurociencias siempre y cuando los clínicos estén más presentes. En Francia, por ejemplo, el poder judicial, que no encontraba de su agrado los dictámenes emitidos por los psiquiatras sobre la imputabilidad y culpabilidad de los acusados, ha decidido en últimas fechas consultar a los neurobiólogos sobre ese delicado tema. En ese deslizamiento de responsabilidades, en el que el clínico podría ser desplazado por el hombre de laboratorio, se sitúa un agudo problema sobre la identidad de la psiquiatría.

Un editorial publicado en la revista británica *The Lancet* en marzo de 1994, bajo el título “Molecules and minds”, comienza preguntándose si “la psiquiatría realmente trata de los trastornos de la mente o de los trastornos del cerebro”. Tras recordar el caso sobre el despido del jefe de un departamento de psiquiatría, en California, por ser “demasiado neurocientífico y no ocuparse de los ingredientes psicosociales”, subraya que hay una dimensión esencial en el comportamiento de los seres humanos, tanto normales como anormales, que está más allá del alcance de las neurociencias; que la gente y sus problemas no van a cambiar sólo porque haya avanzado la ciencia y que el reconocimiento de los síntomas, la empatía y la habilidad para manejar las dificultades en todos los niveles, desde las moleculares hasta las metapsicológicas, seguirán siendo esenciales para el desarrollo de la psiquiatría.

Es pertinente preguntarse entonces si la visión del hombre-objeto de la neurobiología llegará a sustituir en la psiquiatría la del hombre-sujeto de la fenomenología. En nuestros días el psicoanálisis paga su falta de modestia; sin embargo, la neurobiología no ha podido, hasta el momento, dar una respuesta satisfactoria a la naturaleza de la causalidad psíquica, ni proponer una teoría congruente que explique el mecanismo por el cual la palabra permite acceder a la realidad del inconsciente, temas centrales de la práctica clínica. Tal vez porque estas neurociencias, como ha escrito René Tisserot, clínico, investigador y epistemólogo ginebrino, continúan demasiado adheridas a una causalidad lineal, cartesiana, empírica y precrítica, que deja fuera de su metodología actual el campo de la invención y la libertad que caracterizan la vida en su conjunto y, particularmente, la del hombre. (Los esfuerzos de los neurofilósofos por colmar esta brecha son todavía asaz insuficientes.)

Tal causalidad lineal, adoptada ya sea desde la genética o desde la bioquímica, explica una buena cantidad de hechos de la patología neurológica, que resultan siempre cojos cuando este esquema de pensamiento se intenta aplicar sin más al complejo terreno de las realidades que estudia la psiquiatría. Esto explica, por ejemplo, que hasta el momento no hayan ido más allá del terreno de las hipótesis las múltiples investigaciones que tratan de encontrar *la* “molécula de la esquizofrenia” (empresa que recuerda “la extracción de la piedra de la locura” de varias pinturas medievales); como si la alteración de un solo gene, un solo neurotransmisor, un solo neurorreceptor o la existencia de una sola molécula errada



condición esencial, definitoria, de “encrucijada” entre la biología y las humanidades. Tal equilibrio, sustento de su identidad, resulta en extremo difícil pues la “muerte anunciada” del psicoanálisis podría anular su papel de contrapeso saludable, dialéctico, frente a la neurobiología, que ha extendido su campo explicativo hasta generar una neurofilosofía en plena expansión. Dice Yves Pelicier que lo propio de las ciencias que se instalan es el ser conquistadoras y pretensivas; después,

podría explicar directamente —como ocurre, por ejemplo, para el síndrome de Down o para la incapacidad de metabolizar la fenilalanina— la intrincada condición de una conducta y una vivencia, o toda la patogenia de un constructo que, como todo diagnóstico, es una convención social. “No se puede construir una antropología a partir de los neurotransmisores, a pesar de la importancia de lo que ocurre a ese nivel”, ha expresado recientemente el profesor Pelicier.

En su polémico libro *Les Jardiniers de la Folie* Edouard Zarifian, un entusiasta impulsor de la psiquiatría biológica y molecular en Francia, a quien una experiencia vivencial condujo —como Saulo en Tarso— a una visión ecléctica y mesurada de gran riqueza, ha escrito:

El hombre es la resultante, perpetuamente cambiante, de la interfase cerebro/ambiente que engendra una tercera instancia: el psiquismo. Éste interactúa con el ambiente que lo modifica y con el cerebro que él modifica. En la articulación



de los tres registros, el neurobiológico, el psicológico y el sociológico, se encuentra el agujero negro de nuestros conocimientos que ninguna metodología actual, ningún modelo, ningún concepto permiten abordar... Con tal esquema se puede imaginar que la causa de una anomalía del psiquismo puede tener su sede ya sea en las estructuras cerebrales necesarias para su elaboración, ya sea en el ambiente que lo

construye por medio de las experiencias existenciales, ya sea en una suma de ambos... La particularidad del cerebro-objeto es la de ser sujeto. Es decir, ser consciente de su existencia y modificar constantemente, él mismo, su contenido (el psiquismo) al contacto del ambiente.

Esta visión, que se apoya, además, en la diferencia que hay entre un encéfalo determinado y un encéfalo plástico, recientemente ha sido adoptada por varios autores psiquiátricos en teorías que intentan superar, a través de ella, la oposición mantenida hasta hace poco entre terapia de la molécula y terapia de la palabra. Se considera así que el sistema nervioso central se organiza no sólo gracias a un código genético sino gracias también a la experiencia, la cual no solamente se obtiene a partir de estímulos directos del ambiente sino que depende asimismo de las diversas formas en que un individuo capta un cierto estímulo a nivel subjetivo. De esta plasticidad encefálica dependen las modificaciones cotidianas, aquellas que están ligadas a los procesos de memorización ya entendidos como la ejemplificación extrema de todo lo que llamamos “cognoscitivo”: el aprendizaje, la creatividad. En su interesante ensayo “Due biologie per la psichiatria”, publicado en 1994 en *Quaderni italiani di Psichiatria*, Vittorino Andreoli (de quien el Fondo de Cultura Económica ha publicado dos obras) se apoya en los trabajos de Sharp y Roberts, quienes recibieron en 1993 el Premio Nobel por su descubrimiento del ADN discontinuo (que permite transferir las informaciones de manera mucho más abierta respecto a la rígida estructuración prevista por el modelo de Watson y Crick), para intentar explicar las posibles relaciones entre el código genético y las áreas cerebrales plásticas, con vistas en un nuevo planteamiento de la *Gehirnpathologie* de los trastornos mentales. Escribe:

Si una reestructuración del encéfalo plástico depende de la experiencia y de las vivencias, podrá haber lugar para una intervención de la palabra, aquello que llamamos psicoterapia. De manera semejante a una molécula farmacológica que al entrar al cerebro termina por modificarlo, también la palabra modifica su estructura biológica [...] Se trata entonces de una relación que se vuelve biológica [...] Hasta ahora no había sido posible admitir que la palabra pudiese constituir un estímulo capaz de modificar, en cierto modo, la biología del sistema nervioso central, que pudiese actuar como una *molécula verbal* capaz de modificar estructuras plásticas del encéfalo, o sea, en definitiva, también el comportamiento. A la luz de estos elementos deberá pues reconsiderarse la vieja diatriba entre los seguidores de un integrismo, biológico o no. No hay duda de que todo el comportamiento es biología; pero no se trata de esa biología tradicionalmente determinista, sino más bien de una biología “no-determinista”, o sea, de la biología de la plasticidad en cuyo interior encuentra plena cabida también la acción de una palabra. ♦

Neurobiología de la locura

RICARDO TAPIA

Los pensamientos son a los deseos como vigilantes o espías que ponen orden y encuentran el camino hacia las cosas deseadas... Porque no tener deseos es estar muerto; tener pasiones débiles es embotamiento; tener pasiones indistintamente por todo, veleidad y distracción; y tener pasiones más fuertes y vehementes que lo que ordinariamente se ve en otros es lo que los hombres llaman locura... En resumen, todas las pasiones que producen conductas extrañas se incluyen bajo el nombre de locura.

Thomas Hobbes, *Leviathan*, 1651

Sólo por momentos dejaba de rascarse los brazos, que ya se habían convertido en delgadas prolongaciones de su cuerpo cubiertas por escaras y rastros de sangre, fruto de esa irreprimible y frenética actividad autodestructiva. Todo lo que la rodeaba le parecía hosco, intolerable e intolerante, y se sentía constantemente perseguida y amenazada por las personas con quienes convivía. Quizá por eso en los momentos más inesperados, que eran muchos, las agredía sin razón aparente, casi siempre verbalmente pero a veces acompañando las palabras con gestos y actitudes físicamente amenazadoras, armada con lo primero que tenía a la mano, tijeras, cuchillos de la cocina, objetos pesados. Difícilmente podía concentrarse en algo, casi no comía, dormía muy mal, se levantaba de la cama repetidamente, se mostraba siempre inquieta, desasosegada, voluble, enojada, a veces eufórica, otras triste. En sus pocos ratos de tranquilidad parecía ser la misma de antes, pendiente de las necesidades de los demás, sonriente y de buen humor, tranquila y solícita. Pero esos estados eran cada vez menos frecuentes. Ya nadie sabía qué hacer con ella, cómo tratarla, hablarle, ayudarle, sacarla de ese estado insoportable para ella misma y para sus allegados. Nadie se atrevía a decirlo, pero la sensación que todos compartían era que se estaba volviendo loca.

Empezaron a observarla más cuidadosamente, a vigilarla, a seguir sus pasos, con el doble propósito de cuidarla para impedir que cometiera algún acto irreversiblemente destructivo contra ella misma o contra alguien más, y de intentar

encontrar algún camino, una salida a la desesperante situación que vivían. A base de paciencia, de suspicacia y de orientación médica —ella se negaba constante y terminantemente a ir con los médicos—, un día descubrieron que, siempre a escondidas, con el mayor sigilo y cuidado para no ser vista, frecuentemente ingería unas pastillas. Les tomó algún tiempo localizar el sitio, siempre cambiante, en el que escondía esas píldoras, pero al fin lo lograron: la loca, la paranoica autodestructiva, la maníaca agresiva, era simplemente una adicta a la anfetamina. Curada la adicción y por consiguiente habiendo dejado de ingerir la droga —lo cual, entre paréntesis, se logra sólo con un difícil y largo tratamiento—, la locura desapareció completamente.

Aunque el cuadro que acabamos de describir no corresponde exactamente al de la locura, o a lo que en términos médicos se denomina esquizofrenia, uno y otro sí se asemejan en varios aspectos importantes, como son la paranoia, los periodos de agresividad y las alteraciones emocionales. A diferencia de lo que sucede con la adicción a la anfetamina, no conocemos las causas ni los mecanismos de la esquizofrenia, enfermedad devastadora por sus consecuencias sociales, ya que se manifiesta desde edad temprana —generalmente entre los 15 y los 35 años—, persiste por todo el resto de la vida de los individuos y afecta aproximadamente a 1% de la población, independientemente de países (desarrollados y subdesarrollados) o razas.

Entre los síntomas característicos de la esquizofrenia se encuentran los desórdenes del pensamiento y las alteraciones en la percepción, que se manifiestan como alucinaciones visuales, olfatorias y, más frecuentemente, auditivas, así como fantasías que rebasan cualquier sentido de la realidad, como el convencimiento de ser personaje de la historia. En la mente esquizofrénica, que quizá se defina mejor como mente fracturada que como mente dividida, el pensamiento a menudo pierde su ilación característica y se vuelve erróneo, variable e independiente de la realidad, de manera que asocia extrañamente los objetos que percibe con, por ejem-

plo, personajes que lo vigilan, lo persiguen o tratan de controlarlo. Sin embargo, esto no quiere decir que el esquizofrénico no razone lógicamente. Como lo describió en 1689 John Locke (*An Essay Concerning Human Understanding*):

No me parece que los locos hayan perdido la facultad de razonar, sino que, habiendo asociado algunas ideas muy equivocadamente, las toman por verdades; y yerran como los hombres lo hacen cuando arguyen apropiadamente pero partiendo de principios equivocados. Porque, aunque por la violencia de sus imaginaciones aceptan sus fantasías como realidades, deducen correctamente de ellas. Así, se encontrará un hombre distraído que al imaginarse ser rey congruentemente solicita el respeto, la obediencia y la ayuda debidas; otro que se piensa hecho de vidrio, toma todas las precauciones necesarias para preservar su frágil cuerpo... Aquí es donde está la diferencia entre idiotas y locos: los locos asocian ideas equivocadas, y por eso hacen proposiciones equivocadas, pero argumentan y razonan correctamente a partir de ellas; pero los idiotas hacen muy pocas o ninguna proposición, y prácticamente no razonan.

Y en otro contexto, Fernando Pessoa nos dice, con su sincera y descarnada prosa (*Libro del desasosiego*, Seix Barral, 1982):

Nada me conmueve que se diga, de un hombre que tengo por loco o por necio, que supera a un hombre vulgar en muchos casos y éxitos de la vida... los paranoicos raciocinan como pocos hombres normales consiguen discurrir; los delirantes con manía religiosa reúnen multitudes como pocos (si alguno hay) demagogos las reúnen, y con una fuerza íntima que éstos no logran transmitir a sus secuaces. Y todo esto no prueba sino que la locura es locura. Prefiero la derrota con el conocimiento de la belleza de las flores a la victoria en medio de los desiertos, llena de la ceguera del alma a solas con su nulidad apartada.

Algunos de estos síntomas mencionados se observan también bajo el efecto de ciertas drogas psicoactivas, como la psilocibina —el compuesto químico activo más importante de los hongos alucinógenos de Oaxaca— o la dietilamida del ácido lisérgico o LSD, que es una de las drogas más poderosas que se conocen, ya que basta una dosis de 5 microgramos por kg de peso, o sea menos de la mitad de un milésimo de gramo en una persona de 70 kilos, para que ejerza sus efectos. Esto apunta, como en el caso de la amfetamina mencionado al inicio, a la posibilidad de que las alteraciones mentales características de la esquizofrenia sean el resultado de alteraciones químicas en el interior del cerebro. De hecho, la mayoría de los neurocientíficos contemporáneos piensan que *todas* las funciones cerebrales, incluyendo las de la mente, son el resultado de la actividad de las células nerviosas, y no de un espíritu o alma que determina u ordena a estas células cómo funcionar. Es decir, el problema de la relación mente-

cuerpo parece inclinarse hacia una solución monista y no dualista. Sin embargo, ¿cómo explicar que un cambio químico en el tejido nervioso pueda causar tan complejas, variadas e improbables reacciones mentales?

Hay que decir de inmediato que no tenemos todavía una respuesta a esta pregunta, respuesta que además debería explicar la gran variedad de patologías que se observan en diferentes pacientes (inclusive se habla de las esquizofrenias, más que de una sola entidad patológica), y además el hecho de que muchos esquizofrénicos muestran una conducta normal durante largos periodos, que de pronto se ven interrumpidos por episodios ricos en los síntomas descritos. Sin embargo, el conocimiento sobre la bioquímica del cerebro —particularmente en lo que se refiere a los mecanismos que las neuronas cerebrales utilizan para comunicarse entre sí y cómo esta comunicación determina el funcionamiento integrado de redes o circuitos neuronales— ha empezado a dejar ver algunas posibles explicaciones.

Para entender el porqué de esta última aseveración, conviene recordar brevemente los mecanismos de comunicación interneuronal (para una descripción más detallada, véanse *Universidad de México*, número 475, agosto de 1990, y *Las células de la mente*, número 30 de la colección La Ciencia desde México, Fondo de Cultura Económica). En los sitios en que una neurona se comunica con otra no hay contacto físico entre ellas, sino que la neurona que envía la señal sintetiza y libera a través de su membrana una sustancia química, conocida con el nombre genérico de neurotransmisor, el cual cruza el pequeño espacio que separa a las neuronas (de aproximadamente 20 millonésimas de milímetro, observable sólo con un microscopio electrónico) y es reconocido por cierta proteína (molécula llamada genéricamente receptora) localizada en la membrana de la neurona que recibe la señal. Como resultado de ese reconocimiento, el cual depende de la estructura química del neurotransmisor y de la molécula receptora, la segunda neurona puede excitarse o inhibirse, es decir, aumentar o disminuir su actividad. Una vez ejercido su efecto, el neurotransmisor debe ser rápidamente eliminado, lo cual ocurre en la mayoría de los casos mediante un interesante proceso de recaptura que lo lleva al interior de la neurona que lo liberó, gracias a otras proteínas membranales conocidas como transportadoras.

Con este panorama en mente, es pertinente hacer varias preguntas relevantes para concluir si ciertas alteraciones en esta comunicación química interneuronal pueden ser las responsables de la esquizofrenia: ¿existen muchos neurotransmisores diferentes?, ¿tienen los neurotransmisores una distribución específica en distintas regiones del cerebro?, ¿están involucrados en diferentes funciones cerebrales?, ¿las drogas que producen síntomas semejantes a los de la esquizofrenia alteran alguno de los pasos de la neurotransmisión química y, si esto es así, hay algún neurotransmisor cuya actividad sea preferentemente afectada?, ¿las drogas con acciones benéficas en los casos de esquizofrenia (llamadas antipsicóticos) modifi-

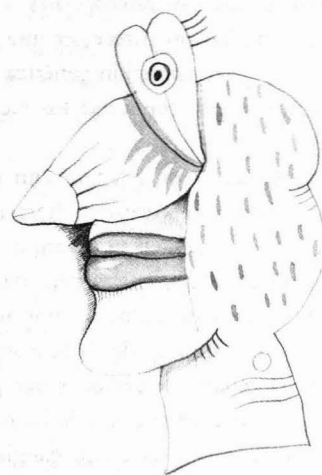
can el funcionamiento de los neurotransmisores en el sentido inverso a aquellas que inducen los síntomas?

En general, aunque con algunas importantes salvedades, la respuesta a todas estas preguntas es sí, y precisamente por esta respuesta afirmativa, además de otras razones que se mencionarán más adelante, es posible decir que parece haber un sustrato biológico de la esquizofrenia, y que este sustrato es la comunicación entre ciertas neuronas que funcionan con ciertos neurotransmisores. La siguiente pregunta es, obviamente, ¿cuáles son esos neurotransmisores, y qué regiones cerebrales son las afectadas por su alteración?

Entre los neurotransmisores que deben citarse para contestar esta pregunta están la serotonina y la dopamina. En especial, un aumento en la neurotransmisión en la que interviene esta última molécula, que químicamente es una amina derivada de un aminoácido, parece ser responsable en buena medida de los síntomas de la esquizofrenia, al grado de que en la actualidad en las neurociencias se ha establecido la llamada "hipótesis de la dopamina" para explicar los mecanismos de la esquizofrenia. Sin olvidar que, como el nombre indica, se trata sólo de una hipótesis y no de un hecho absolutamente comprobado, las respuestas mejor conocidas a las preguntas anteriormente formuladas apuntan claramente hacia la dopamina como el neurotransmisor más críticamente involucrado en la esquizofrenia. Este compuesto funciona como neurotransmisor en varios circuitos neuronales del cerebro, particularmente las vías que unen ciertos grupos neuronales conocidos como ganglios basales y, por otra parte, el circuito llamado límbico, cuyas funciones están relacionadas con las emociones. El papel fisiológico de la dopamina en los ganglios basales se relaciona estrechamente con el control de los movimientos, por lo que cuando se destruyen las neuronas dopaminérgicas (es decir, que sintetizan y liberan dopamina para comunicarse con otras neuronas) en esta zona del cerebro sobrevienen trastornos del movimiento, entre ellos y de manera notable la enfermedad de Parkinson. En cambio, es en la corteza frontal y el sistema límbico donde la dopamina parece desempeñar un papel importante en la aparición de la esquizofrenia, pero en este caso no por una deficiencia sino por un exceso en su funcionamiento. Sucede así que alteraciones opuestas —disminución en un caso, hiperfuncionamiento en el otro— que involucran neuronas que funcionan con el mismo neurotransmisor provocan alteraciones patológicas muy distintas entre sí, debido a que las neuronas afectadas forman parte de circuitos neuronales diferentes.

Las observaciones que sustentan la hipótesis de la dopamina son varias, y pueden resumirse de manera general señalando que es la dopamina el neurotransmisor que mejor se ajusta en el sentido afirmativo a las preguntas formuladas arriba. Por ejemplo, la anfetamina, cuyos notables efectos sobre la conducta se describieron al inicio de este artículo, no sólo se parece mucho químicamente a la dopamina sino que además se ha demostrado, en animales de experimen-

tación, que exagera la neurotransmisión dopaminérgica, generando una situación equivalente a un exceso en su funcionamiento. Recíprocamente, las drogas conocidas que tienen más claros efectos antipsicóticos bloquean la acción de la dopamina sobre las neuronas localizadas predominantemente en las zonas del circuito límbico, ya que se combinan con las moléculas receptoras que dichas neuronas poseen en su membrana e impiden así que la dopamina sea reconocida por ellas. Estos datos, y otros menos claros, apoyan fuertemente la hipótesis de la dopamina para explicar la esquizofrenia. Sin embargo, debe recalarse que esta hipótesis de ninguna manera excluye la muy probable participación de otros sistemas de neurotransmisores y de otras regiones cerebrales. Es inevitable repetir la ya muy trillada pero no por eso menos cierta conclusión de que se requiere conocer mucho más acerca del funcionamiento de los neurotransmisores y de su papel en la integración de los circuitos neuronales, así como de la correlación entre su actividad y los fenómenos conductuales normales y anormales, antes de poder establecer con precisión las bases biológicas de la esquizofrenia. Lo que sí parece claro es que la locura no es la consecuencia de proce-



tos sobrenaturales o "suprabiológicos", sino una compleja alteración del funcionamiento cerebral, es decir, de la fisiología y la bioquímica de las neuronas.

Hemos señalado arriba que, además de la muy probable participación de las alteraciones en los procesos de comunicación interneuronal, parece haber otros factores biológicos involucrados en las causas y mecanismos de la esquizofrenia. Uno de ellos es el factor genético. Aunque ciertamente no puede decirse que la esquizofrenia sea una enfermedad hereditaria, existen algunos datos que sugieren la participación de alteraciones genéticas. Por ejemplo, los estudios epidemiológicos muestran claramente que la probabilidad de ser esquizofrénico es más del doble que en la población general cuando uno de los padres es esquizofrénico, y hasta de 40% si ambos padres son esquizofrénicos. De manera similar, la probabilidad de tener la enfermedad es más alta si un herma-

no gemelo es esquizofrénico, y aproximadamente de 50% si el hermano es gemelo idéntico.

Los datos anteriores indican la importancia de la información genética. Sin embargo, de ninguna manera puede concluirse que hay algún gene anormal que determina la aparición de la enfermedad, ya que si fuera así debería ocurrir que: 1) no habría casos sin antecedentes familiares de esquizofrenia; 2) los gemelos idénticos, que son homocigóticos y por lo tanto tienen exactamente los mismos genes, tendrían 100% de correspondencia en cuanto a la presencia o ausencia de la enfermedad. Como ninguna de estas dos expectativas ocurre, es necesario concluir que el factor genético es sólo una predisposición a la enfermedad, no una causa determinante, y que por lo tanto debe haber otros factores. Entre éstos se ha postulado la influencia del medio social y familiar, lo cual no ha podido comprobarse, ya que la incidencia de la enfermedad entre hermanos, gemelos o no, es igual cuando han crecido juntos que cuando se han desarrollado y educado desde pequeños en ambientes familiares y sociales completamente diferentes entre sí. Congruentemente con esto último, tampoco se han encontrado diferencias significativas en la incidencia de esquizofrenia entre grupos humanos que viven en muy diferentes entornos psicosociales. Es claro así que el ambiente sociofamiliar no parece ser una influencia relevante para explicar la predisposición genética a adquirir la enfermedad. Están aún por conocerse los factores realmente involucrados.

Otra pregunta interesante en relación con el sustrato biológico de la esquizofrenia es si existen alteraciones en la forma o la estructura del cerebro, en su organización celular o en sus reacciones bioquímicas, en las personas afectadas por este padecimiento. Un antecedente importante en este sentido es el caso de la enfermedad de Parkinson, ya que el análisis *post mortem* del cerebro de personas que padecieron esta enfermedad mostró una destrucción de las neuronas en la ya mencionada región conocida como ganglios basales, acompañada de una notable disminución en la concentración del neurotransmisor utilizado por esas neuronas —la dopamina, como ya también señalamos más arriba. Estos hallazgos fueron clave para entender la deficiencia funcional responsable de las graves alteraciones en el control de los movimientos características del Parkinson, y por lo tanto para poder diseñar y aplicar nuevos tratamientos, que han resultado eficaces en un elevado número de casos.

A diferencia del Parkinson, desgraciadamente los estudios *post mortem* llevados a cabo en el cerebro de los enfermos esquizofrénicos no han aportado hasta ahora datos claros que permitan conclusiones definitivas respecto a cuáles regiones cerebrales son las más afectadas o cuáles son los mecanismos bioquímicos o fisiológicos alterados. En algunos casos se ha encontrado que los ventrículos cerebrales —las cavidades que los hemisferios cerebrales tienen en su interior, bañadas en líquido cefalorraquídeo— son más grandes que en los cerebros normales, y en otros casos se ha descrito

cierta desorganización en la normalmente elegante arquitectura de las capas de neuronas en una región del sistema límbico conocida como el hipocampo. No está claro, sin embargo, si estas alteraciones son causa o consecuencia de la enfermedad.

Un método de reciente aplicación consiste en estudiar la estructura y la actividad neuronal de pacientes vivos y compararla con las de personas sanas, mediante las técnicas no invasivas de observación de imágenes del cerebro, como la tomografía computarizada, la imagen por resonancia magnética (MRI) o la tomografía de emisión de positrones (PET). Los todavía pocos estudios con estas técnicas han dado resultados variables, que sugieren, en el caso de los esquizofrénicos, una disminución en el grosor de la corteza cerebral, sobre todo la frontal, decremento cerebral generalizado del metabolismo de la glucosa y, en un trabajo muy reciente, anomalías en el tálamo, que es una región que funciona como filtro o selector de los estímulos que llegan al cerebro desde el medio ambiente.

Quizá no debe sorprender la dificultad para encontrar cambios estructurales o bioquímicos específicos y reproducibles que se puedan asociar a los síntomas de la esquizofrenia, ya que salvo excepciones los estudios necesariamente se realizan en pacientes que han recibido diversos tratamientos farmacológicos, a veces por largo tiempo, los cuales pueden producir cambios adicionales a los debidos a la enfermedad. Por otra parte, lo sorprendente sería que sólo una región o unos cuantos circuitos neuronales se vieran afectados, ya que la esquizofrenia se caracteriza por desórdenes del pensamiento, y es altamente probable que la generación de las ideas requiera del funcionamiento integrado de un enorme número de complejos circuitos neuronales, los cuales no sólo enlazan las neuronas propias de una determinada región cerebral sino que además determinan las interacciones entre varias regiones. Nuestra ignorancia en este sentido es prácticamente total, pero sólo hay una manera de salir de ella: continuar investigando, como lo planteó David Hume hace 250 años, en *An Enquiry Concerning Human Understanding*:

¿Es que no podemos esperar que la ciencia, si se cultiva cuidadosamente y es apoyada por la atención del público, pueda continuar con sus investigaciones y descubrir, por lo menos en algún grado, los resortes y principios secretos mediante los cuales la mente humana funciona?... Y cualesquiera que sean los trabajos y las dificultades, nos podemos considerar suficientemente premiados, no sólo en cuanto al provecho, sino en cuanto al placer que de ello obtenemos, si, por todo lo que eso significa, podemos agregar algo a nuestra reserva de conocimiento en temas de tan indescriptible importancia... ¡Felices si, razonando de esta manera, podemos minar las bases de una filosofía abstrusa que hasta ahora parece haber servido solamente como escudo a la superstición y como protección al absurdo y al error! ♦

Casa de retiro



AGUSTÍN MONSREAL

¿Esto es la locura? No lo sé, ni me importa. Lo que sí sé es que mi permanencia en este lugar es necesaria, que mi cautiverio es un acto de voluntad. Para explicarlo, o más exactamente, para dar constancia de él, he decidido escribir estas líneas. Nadie, creo, ignora que la ficción, en no pocas oportunidades, prefigura la realidad. Nadie ignora tampoco que la ficción pura no existe, que la realidad determina todo hecho literario, y lo produce. Guy de Maupassant, un día, inventó una historia fantástica; muchos años después, más de un siglo después, en otro continente, en otra ciudad, yo he vivido esa historia en su parte medular y más dolorosa. Cambian las épocas, y con ellas el lenguaje de los hombres, sus quimeras, sus modos de crecer en el mundo, sus ambiciones, sus costumbres; no así las pasiones de la naturaleza humana, que en esencia son inalterables.

Soy, he sido desde que tengo uso de razón, un hombre solitario, insatisfecho, orgulloso. La convivencia social, para mí, carece de sentido. No soporto la pusilanimidad, el conformismo, el afán de adocenamiento de mis semejantes. Tolerero, si acaso, como una concesión a mi temperamento y sólo eventualmente, la limitada e imperfecta compañía femenina. Desconfío de la familia y más aún del amor, apetencias vanas, argucias de ornamento, mistificaciones, espejismos en los que la persona claudica de sí misma, de su independencia, su individualidad. No conozco el abismo de los celos, ni la tortura de las lágrimas vertidas por alguien, ni la desolación de los insomnios sensuales; no me interesa compartir nada con nadie, adueñarme de nadie, pertenecerle a nadie. Son las cosas las que ocupan el sitio preferencial de mi curiosidad y mis afectos (cada una tiene muchos significados para mí, cada una es múltiples recuerdos de mí mismo. Ellas conocen mis raíces, conforman mi destino. Ellas seguirán siendo cuando yo haya dejado de ser. Acaso —quién puede saberlo— una parte de mí perdure en tanto la última de ellas continúe en pie. Cuántos seres habitan el mundo en la inmovilidad de las

cosas. Cuántas existencias mudas nos acompañan en el espíritu de un objeto cualquiera. Cuántas vidas tocan a su verdadero fin cuando destruimos un mueble, por ordinario que sea. ¿Habrà quien pueda decirlo con certeza?). Las cosas, pues, son mi devoción, mi credo, mi fortuna. Y la soledad mi pasión irremplazable, mi única alegría.

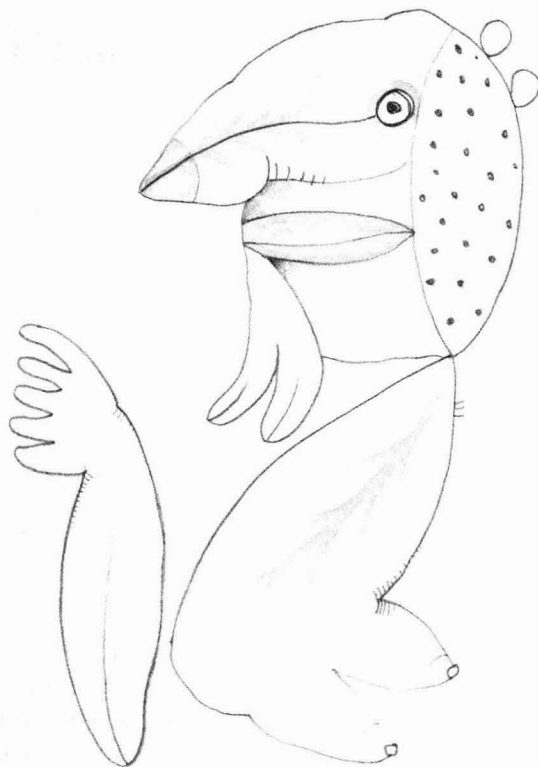
En los días en que da principio esta historia, habitaba yo una casa sólida y amplia, muy antigua, al sur de la ciudad; una casa que mi fervor casi sagrado por los objetos había convertido en un museo, o mejor, en un santuario vedado a la intromisión de cualquier visita. Sólo trasponía sus umbrales la mujer que efectuaba la limpieza, una mujer sin atributos cuyo único rasgo memorable era el de ser callada y eficiente. Mis distracciones eran escasas y humildes: caminar por los alrededores en las mañanas y, en las noches, hacer música al piano o leer. De vez en cuando acudía al teatro y cenaba fuera de casa, pero siempre anónimo, altivo y aislado siempre. Algunas tardes, a la hora del crepúsculo, me complacía en admirarle al cielo sus colores insobornables; cierto atardecer (era verano), mientras los contemplaba con gratitud desde la ventana de mi recámara, percibí una suerte de pasos tímidos en la planta baja. Presté atención con todos mis sentidos. Aunque moderados por la distancia, los pasos se fueron advirtiendo cada vez más precisos, más enérgicos. Y como agudos, como punzantes. Me estremecí. Ignoro durante cuántos minutos estuve a la expectativa, agitado, nervioso, casi febril. Aguardaba. ¿Qué? Quién sabe. Por fin, no sin la mayor cautela, con el cuerpo aterido de ansiedad, decidí averiguar lo que ocurría. Cuando bajé el último escalón, las pisadas cesaron de golpe. Encendí luces, revisé puertas y postigos: nada fuera de lo normal, todo estaba en perfecto orden.

Me propuse no darle importancia a lo sucedido. Sin embargo, vertiginosa y ambigua, indescifrable, perversa, la experiencia se repitió en diversas ocasiones. Infructuosamente busqué aclarar el origen de aquel rumor, de aquellos pasos

furtivos que no provenían de nadie y no obstante, estaba yo seguro, eran reales. Los oía (si estaba abajo, sonaban arriba; si me encontraba arriba, corrían abajo), los oía desparramarse agitados, impacientes, audaces, pero igual cesaban en cuanto yo aparecía. Sólo si efectuaba rondas continuas, obstinadas, conseguía que la casa volviese a su quietud, a su pacífico silencio. Pronto empecé a resentir la falta de descanso, de tranquilidad, de sueño. Mi aprensión, mi incertidumbre iban en aumento; un trastorno creciente arrebatava mis facultades; mi cuerpo y mi mente se veían afectados por una zozobra terca e inubicable; rota mi serenidad, agotadas mis defensas, la persistencia de aquellos ruidos acabó por atormentarme, por oprobarme de inseguridad, por someterme a la humillación del miedo, a los dictados viles del miedo.

Al cabo de poco tiempo (no sé qué pretendo decir con "poco tiempo", ya que el tiempo es inmedible en este asunto), cautivo ya total de la infelicidad, empecé a notar que los muebles cambiaban de sitio o se exhibían colocados en posturas caprichosas, ridículas, indignas, lo que aumentó intolerablemente esa sensación de ultraje, de estropicio interno, de indefensión que padecía. Entonces, una mañana, harto de tanta y tan aciaga conmoción, de tanto y tan tenebroso disturbio, sin tener idea de lo que hacía, como un animal ciego que ejercita sus zarpas en el vacío, hablé con la mujer del servicio y, luego de culparla de insensibilidad, de negligencia, de ineptitud, luego de reprocharle severamente su desapego y su torpeza, le exigí mayor responsabilidad y prudencia en el manejo de mis bienes y la amenacé con largarla de mi casa si incurría en alguna otra desatención. Ella (insustancial, especie de sombra), aunque sin pronunciar palabra, adoptó una actitud de arrogancia y menosprecio que me ensució de rabia. Sonrió, solicitó permiso para continuar las labores del día y me dio la espalda. Tuve que salir a caminar el resto de la mañana para recobrar mi calma habitual. Cuando volví, alcancé a ver a la mujer cómo corregía amorosamente aquellas posiciones inauditas de los muebles, cómo ponía de nuevo cada objeto en su lugar de costumbre, cómo —creo— les hablaba con suavidad, los aconsejaba, les recomendaba tener paciencia, no perder la cordura. Me di un baño de tina muy largo y pensé, absurdamente, en la cantidad de cosas en que había depositado mis miradas, mi aliento, mis huellas digitales. Pensé también en vigilar muy de cerca cuanto hiciera la mujer.

Por la noche reincidieron los pasos, sólo que esta vez más bruscos, más agresivos, más descarados; pasos que se convertían de pronto en saltos, aporreos, derrumbamientos. La casa entera retumbaba bajo esa multitud de pisadas atrocemente coléricas. El espanto se apoderó de mí, de mis huesos, de mi carne, de mi sangre; el frío cruel de la cobardía me impidió moverme, me paralizó por completo, me contuvo de ir a conocer y a enfrentar lo que ocurría. Derribado contra la puerta de mi recámara, abatido, desquiciado, vi asomar las primeras luces del alba. Con la llegada de la luz, se apaciguaron las arremetidas del delirio; con el apoyo de la luz, me



atreví a salir en busca de una explicación a lo sucedido. Y ante el espectáculo brutal de la casa vuelta de revés en forma despiadada, intolerablemente mancillada, fustigada tan sin reparo por la ignominia, endurecí mi corazón y tomé una determinación drástica e inapelable. Llamé de nuevo a la mujer de la limpieza y, con un rigor que no admite justificaciones ni disculpas, la despedí. En ese preciso instante debía recoger sus pertenencias y marcharse. De inmediato. No la quería bajo mi mismo techo ni un minuto más. Me miró con una mezcla de sufrimiento e ironía y por primera vez vi la parte oscura, esa parte ruin y maligna, aviesa que había en ella. Comprendí, de una manera vaga, el porqué de mi miedo. Y supe que tenía que ser implacable en mi resolución, si deseaba volver a vivir en paz. Todavía, azorada, lívida, con los ojos allanados de llanto y la voz trémula y servil, trató de convencerme de su inocencia, de su lealtad, de mi injusticia; apeló a mi bondad, descendió a la súplica, invocó a los cielos en su favor; pero no logró conmoverme, me mantuve en lo dicho. Entonces, ante mi inflexibilidad, quedamente, casi tiernamente, juró vengarse de mí, volverme dócil como un cordero, solícito y dispuesto a la penitencia como un pecador arrepentido; después hizo un breve, un dulce ademán de despedida y se fue. Su pobre amenaza no consiguió ablandar mi fortaleza de ánimo ni los remordimientos, esas formas dañeras de la nostalgia, me privaron de una excelente jornada de sueño.

Durante algunos días, mi vida recobró la calma, la salud, la estabilidad franca de los tiempos normales. Sin embargo, sólo se trataba de una pausa, de un falso sosiego. Mis cosas, mis amadas, mis insustituibles cosas habían aprendido la desobediencia, la insubordinación, y una noche, convertidas

en monstruos inmisericordes, en furias siniestras e inexorables, en abortos de Dios, se amotinaron irrenunciablemente y comenzaron a actuar como criaturas animadas. ¿Qué secreta redención les había sido prometida? ¿Qué esperanza, qué promesa de felicidad las convocaba con su poder formidable? ¿Qué misterioso, qué inverosímil dominio las llamaba a manifestarse con esa impetuosa, con esa ingobernable prestancia? Y, por mi parte, ¿cómo consignar mi incredulidad, mi perplejidad ante el magnífico amotinamiento? ¿Cómo describir el horror que afrontó mi razón al contemplar ese terrible prodigio? ¿Cómo rendir cuenta de mi incapacidad para comprender aquel azar erróneo, aquella alucinación que me socavaba con su certeza?

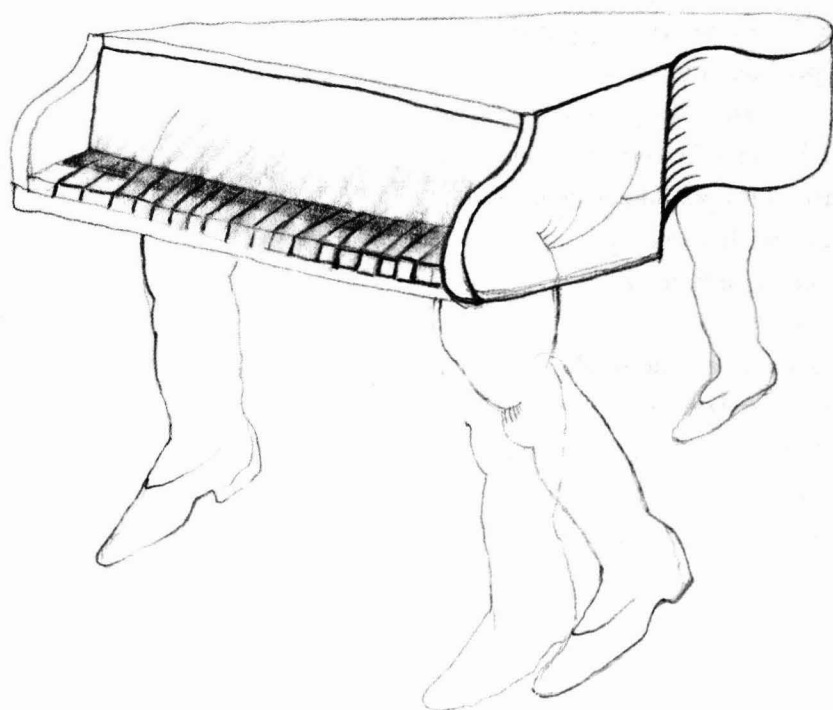
Era grotesco, abominable el inhábil desenfado con que mi sillón de lectura, mi esbelto y sobrio sillón de lectura prodigaba su euforia por los aposentos, seguido por la infame ligereza del escabel y el bailoteo frenético de los divanes de la sala; atrás de ellos, miembros de una procesión espantosa, con un golpear de muletas amortiguado apenas por el espesor de la alfombra, las sillas del comedor saltaban festejando la verdad de su nuevo estado; en seguida venían, arrastrándose con lentitud, con pesadez insufrible, los dos cofres antiguos que hacían las veces de mesas esquineras, y los libreros de la sala que marchaban soberbios, majestuosos. Arriba había dado principio también la danza triunfal y se insinuaba ya por las escaleras el temerario desfile. La puerta de calle, cómplice inválida, se abrió de improviso y permitió la evasión ciega y furiosa y ufana y voluptuosa y artera de aquellos mis muebles que eran la única fe de mi vida, mi única pureza. El piano, alma de mi soledad, refugio de mis ansias y mis desvelos, pasó a mi lado gallardeando su albe-

drío propio recién estrenado; pasaron asimismo, presurosamente, los cuadros y las esculturas nunca terminados de contemplar; y los adornos, esas vanidades en apariencia prescindibles pero parte de mí como mis ojos, como mi lengua, como mis dedos, se deslizaron inelegantes y abyectos lejos de mi alcance. Tropezándose, empujándose, arrollándose, rebañío estrepitoso y feliz, el tumulto de objetos bajaba escalones, cruzaba puertas, se precipitaba hacia las calles, brincando, girando, oscilando; roperos macizos y erguidos lo mismo que vajillas delicadas y espejos taciturnos, candelabros, cómodas, un juego de ajedrez con sus piezas livianas como pájaros, libros, un reloj de pared y uno de arena, todo caminaba, corría, se contorsionaba, se zarandeaba, se distanciaba, se perdía en la oscuridad, huía, se hurtaba de mí, de mi amor, de mi fidelidad, de mi entrega, de mi paciencia. Y, al final de la maniobra, gigante poderoso y resuelto, mi escritorio de toda la vida cruzó junto a mí con apacible desvergüenza, como cautivo que ha roto las cadenas de un destino desdichado. Supe que de nada valdría tratar de interceptarlo, de contenerlo, que me arrastraría con la fuerza de su zancada, que escaparía como escaparon los demás, todos los demás, que era yo impotente para impedir la catástrofe, para atajar aunque fuese mínimamente la unánime fuga.

Atónito y extenuado, sobrecogido de pavor, sentí cómo se me venía encima el peso tremendo de la inmovilidad que acompaña a la ruina, a la desolación. Miré a mi alrededor; recorrí la casa palmo a palmo. Había desaparecido hasta el más pequeño, hasta el más insignificante de los objetos. Las habitaciones, las paredes, los pisos mostraban sólo estrago, abandono, frialdad, vacío. Cerré la puerta principal con llave (admito que innecesariamente, neciamente), me recargué en

ella, me deslicé al suelo y lloré. Lloré con ansiedad, con dolor y fatiga. Lloré. Yo, que nunca había condescendido a las lágrimas.

Al cabo de unas horas, en medio de aquella adversidad impiadosa, apareció la mujer del servicio, pequeña, deleznable, y me dijo, con un imperio dulce en la voz, que la siguiera. Mis muebles estaban en su casa. Desde entonces, envilecido, encanallado, vivo con ella. ¿Esto es la locura? No lo sé, ni me importa. Lo que sí sé es que mi sometimiento a esta mujer es deliberado, que mi cautiverio entre los regocijos de su vientre es un acto de voluntad. Espero, algún día, rescatar mis cosas y salvarlas de esta promiscuidad humillante, de esta feroz pobrecía, de esta ordinariez indigna en que ahora, empecinada, fermentidamente nos encontramos. Se ha modificado mi circunstancia, sí, pero no han variado mis pasiones ni mis principios. Como todo cuanto existe, soy parte del infinito, y soy el infinito. ♦



Dos poemas



ROBERT LOWELL

Hora de zorrillos

Para Elizabeth Bishop

La heredera ermitaña
de la Isla Nautilus
aún sobrevive al invierno
en la austeridad de su cabaña;
sus ovejas aún pastan sobre el mar.
Su hijo es obispo. Su jardinero
es autoridad de nuestra aldea;
todo el día chochea.

Sedienta
de la jerárquica privacidad
de una época victoriana,
compra todo lo que ofende
a la vista frente a ella
y luego lo desecha.

La estación del año está muy mal...
hemos perdido al millonario
que parecía salido de un catálogo
de la L. L. Bean. Su bote de nueve nudos
se subastó a los pescadores de langosta.
Una mancha de zorra roja
se esparce sobre Blue Hill.

Nuestro afeminado decorador
adorna su tienda para el otoño;
una red de pescar llena de corchos
color naranja, esto y lo otro;
su trabajo no da dinero,
casarse sería mejor.

Una noche oscura, mi Ford Tudor
trepó por el cráneo de la colina,
mientras yo observaba a los amantes en sus coches,
con los cuartos encendidos, muy juntos, ahí
donde el cementerio se inclina sobre el pueblo...
No estoy bien de la cabeza.

El radio de un coche chilla
"Amor, oh Amor desenfadado".
Escucho el sollozo
de mi espíritu enfermo
en cada vaso sanguíneo,
como si tuviera la mano en su garganta...
Soy el mismísimo infierno:
no hay nadie por aquí

sólo zorrillos
que buscan un bocado
bajo la luz de luna.
Marchan derechos por la calle principal:
rayas blancas, el rojo fuego de sus ojos
con la luna dentro, bajo la cúspide
blanco gris de la Iglesia Trinitaria.

De pie en la escalera de atrás,
respiro hondo la plenitud del aire...
Una zorrilla, con sus cachorros detrás,
hurga vorazmente en la basura.
Entierra la cabeza en un bote de crema,
deja caer su cola de avestruz;
a nadie asusta.

(De *Life Studies*)

Sudor nocturno

Mesa de trabajo, camastro, libros y lámpara de pie,
cosas simples, mi herramienta descompuesta, la vieja escoba...
Pero si vivo en un cuarto limpiecito
y van diez noches que el rastrero desaliento
flota sobre el blanco ajado de mis pijamas...
La dulce sal me embalsama, tengo mojada la cabeza,
todo fluye y me dice sí, esto está bien;
la fiebre de mi vida está empapada de sudor nocturno,
¡una vida, una escritura! Pero el deslizamiento cuesta abajo,
la oblicuidad de la existencia nos exprime hasta que ya:
siempre dentro de mí está el niño que murió,
siempre dentro de mí está su voluntad de muerte,
un universo, un cuerpo...
en esta urna arden los sudores
de la animalesca noche del espíritu.
¡Detrás de mí! ¡Tú! De nuevo la luz
aligera mis párpados de plomo,
mientras los caballos de cráneo gris
husmean entre el hollín de la noche.
Chapoteo en los charcos del día,
un montón de ropa mojada, las costuras por fuera,
temblorosa, veo mi carne y sábanas bañadas de luz,
mi niño explota, es dinamita,
mi mujer... tu ligereza lo altera todo,
y rasga la negra tela en la bolsa de la araña
conforme tu corazón salta y flota como una liebre.
Pobre tortuga, tortugueta, si aquí no logro apaciguar
la superficie de estas aguas turbulentas,
absuélveme, ayúdame, Corazón, sobrellevando el ciclo
y el peso muerto de este mundo en las espaldas.

(De *For the Union Dead*)

Versiones de Pura López Colomé

Imágenes del cerebro perturbado



AUGUSTO FERNÁNDEZ GUARDIOLA

RODRIGO FERNÁNDEZ MAS

Es muy antigua la idea de que los trastornos mentales se deben a una alteración del cerebro. Ya Hipócrates afirmaba que en el cerebro se integraban aspectos psíquicos como la alegría, la tristeza, el placer y el dolor. Hizo observaciones en cadáveres de epilépticos y de enfermos que ahora llamaríamos psicóticos, que lo llevaron a pensar que esos padecimientos tenían su origen en un trastorno cerebral. Sin embargo, tuvieron que pasar muchos años antes de que se comenzaran a acumular pruebas de ello en relación con las epilepsias, y todavía muchos más antes de que se tuviera evidencia de que lo mismo sucedía con varios trastornos mentales, con la locura. Hipócrates se adelantó más de dos mil años a su tiempo.

Actualmente las técnicas de imagen cerebral, las neuroimágenes, tratan de integrar datos estructurales y funcionales del cerebro vivo, utilizando métodos llamados "no invasivos", porque no es necesario, para obtener la información, abrir el cráneo e introducir dispositivos de medida en su superficie o en su interior, o tomar pequeñas muestras de los tejidos que componen el encéfalo. Ahora bien, las ciencias que tienen como objetivo el estudio del sistema nervioso, las neurociencias, son de lo más variado y distintas entre sí. La neuroanatomía se ocupa de las estructuras micro y macroscópicas; la neurofisiología, de la actividad eléctrica, principalmente, así como de la integración de funciones sensoriales y motrices y de los actos reflejos; la neuroquímica, de las sustancias que lo forman, incluyendo las más diversas moléculas, y sobre todo de los posibles neurotransmisores; la neuropsicología se ocupa de la integración cerebral de la actividad mental. Además, contribuyen a las neurociencias la genética, la física, las matemáticas y, principalmente, las ciencias de la computación. La cantidad de datos que día a día se obtiene con el ejercicio de todas estas ciencias es enorme. Así, al enfrentar el problema de la imagen cerebral, vemos que ésta no puede ser única y revelar *todo*: la estructura y las diversas esferas del funcionamiento cerebral a la

vez. Necesariamente vamos a tener diferentes tipos de imagen cerebral.

Si se observa alguna parte del cerebro en un microscopio, por ejemplo la corteza, es notable la enorme cantidad de neuronas que aparecen conectadas unas con otras de manera ordenada, a través de las cuales viajan pulsos eléctricos. Es evidente entonces que el cerebro es de naturaleza dinámica y que ciertas funciones sensoriales conocidas, por ejemplo la visión, están bien definidas espacialmente, es decir, están localizadas en centros neuronales conocidos (corticales y subcorticales). Para el estudio de estas funciones sensoriales se pueden aplicar diferentes metodologías, unas estáticas, como la histología, y otras dinámicas, como el registro de potenciales evocados, todas ellas técnicas no invasivas de imágenes cerebrales. El estudio de las propiedades dinámicas de estas funciones sensoriales tiene que hacerse de manera simultánea con la estimulación sensorial y la respuesta evocada, de manera que los métodos de análisis que se apliquen requerirán de una resolución temporal suficientemente alta. Esta última necesidad no permite que algunos de los métodos de imágenes descritos hasta ahora puedan aplicarse a experimentos de descripción dinámica de un cerebro perturbado, dado que el tiempo en el que generan una imagen del cerebro es muy largo; sin embargo, hay métodos que por su naturaleza son aplicables a experimentos en tiempo real. Estos métodos son el *mapeo* de la actividad eléctrica cerebral (BEAM), la tomografía por emisión de positrones (PET), la tomografía computarizada por la emisión de fotones aislados (SPECT) y, recientemente, la tomografía por resonancia nuclear magnética funcional (NMRI).

El BEAM es el método que tiene menor resolución espacial pero es el que puede tener mayor resolución temporal, que está determinada básicamente por la velocidad de adquisición del electroencefalograma y la velocidad de procesamiento del sistema de cómputo asociado. Describiremos brevemente estos métodos de imagenología cerebral.

La época de la histología del sistema nervioso

Las primeras imágenes de la organización del cerebro fueron detectadas en cadáveres, tanto de humanos como de animales, fijados y cortados en finas rebanadas, teñidos con las más diversas técnicas y observados en el microscopio. Con ello se logró un gran avance en el siglo XIX y principios del XX. De hecho, este método sigue siendo de vanguardia en la investigación. Con él se obtuvo una imagen decisiva: ¡El cerebro estaba constituido por una sustancia *gris* y una sustancia *blanca*; en la primera se agrupaban las células, en la segunda, las fibras con sus prolongaciones, forradas de mielina! (ésta es una especie de envoltura, como el aislamiento de un cable eléctrico). Pronto se elaboraron técnicas histológicas que permitían teñir por separado la sustancia gris —las neuronas— y la blanca. Esto tuvo mucha importancia epistemológica, ya que se estableció la teoría de la neurona, la cual proponía que estas células son la unidad funcional y de desarrollo del sistema nervioso; tuvo asimismo gran importancia práctica pues se pudo utilizar el fructífero método de la correlación anatómo-clínica, es decir, fue posible relacionar los hallazgos de alteraciones histológicas con el tipo de enfermedad y, sobre todo, con los signos y síntomas de lesión cerebral que presentaron en vida los pacientes. Así se pudieron localizar en el cerebro muchas funciones, tales como la visión y la audición, el movimiento voluntario y el reflejo, las áreas dedicadas a la comprensión y emisión del lenguaje, etcétera; casi no hubo aspecto de la conducta humana que no fuera adscrito a regiones cerebrales. Pero la correlación cerebro-actividad mental de funciones como la memoria y el aprendizaje y sus trastornos, o la imagen mental del sueño y de la vigilia, y la conciencia, seguían siendo muy difíciles de investigar en el hombre; sin embargo, en los animales los métodos invasivos —los obtenidos con técnicas de electrodos implantados a permanencia en la superficie y profundidad del cerebro, para registro y estimulación, y con procedimientos que tomaban en cuenta la lesión crónica y la observación conductual— comenzaban a proporcionar datos e imágenes. También en los años cincuentas se obtuvieron datos sobre la respuesta del cerebro humano a la estimulación eléctrica de la corteza, y más tarde se logró mayor información sobre las estructuras profundas del cerebro; en estos casos, los métodos utilizados eran invasivos, cuya justificación ética era necesaria. Se estudiaba a enfermos epilépticos incurables médicamente, en los que se ensayaban métodos de extirpación neuroquirúrgica de los llamados “focos” epilépticos.

Aire en la cabeza; venas y arterias opacas

El cerebro no es un órgano macizo, tiene cavidades que se llaman “ventrículos”: dos laterales, un tercero medial y un cuarto, que se localiza al final hacia abajo, donde comienza la médula espinal. Estos huecos están llenos de un líquido trans-

parente, llamado líquido cefalorraquídeo (LCR), que también ocupa el espacio subaracnoideo (éste forma parte de las meninges y está entre la aracnoides y la piamadre); es decir, el cerebro, además de estar lleno de líquido en sus cavidades, está cubierto por una especie de colchón líquido que lo protege. Cuando se efectúa una radiografía simple del cráneo no se pueden observar los ventrículos que, como el resto del cerebro, son transparentes a los rayos X. Pero a los neurólogos se les ocurrió vaciarlos del LCR y llenarlos de aire a través del espacio subaracnoideo (neumoencefalograma) o directamente por punción ventricular (ventriculograma). Apareció entonces una imagen clara de hipodensidad. Las cavidades pueden estar deformadas o desplazadas por abscesos, tumores, etcétera, o estar sumamente dilatadas, lo que refleja atrofia de la corteza cerebral suprayacente. Éstas fueron las primeras imágenes de cerebros vivos perturbados o con debilidad mental profunda. Era, desde luego, una imagen “en negativo”; lo que se veía no era la lesión en sí sino la repercusión de ésta sobre el equilibrio del sistema ventricular.

Ante la evidencia de que los ventrículos se deforman y alteran con las lesiones cerebrales, los neurólogos se preguntaron si no pasaría lo mismo con las arterias y venas del cerebro. Y se dedicaron a hacerlas visibles *in vivo*. En los años treintas, Egas Moniz¹ introdujo la angiografía cerebral. Ésta consiste en inyectar sustancias con moléculas opacas a los rayos X en las arterias que irrigan el cerebro y tomar radiografías seriadas de la etapa arterial del recorrido de las sustancias y de la etapa venosa de retorno. Este procedimiento enriqueció mucho el diagnóstico tanto de las lesiones de las propias arterias y venas (muy comunes en la edad madura) como de otros procesos ocupativos cerebrales, que al instalarse y crecer deforman el curso normal de los vasos. En la figura 1 pueden verse dos ejemplos de neu-
mo y angiografía.

La tomografía computarizada: “cortando” el cerebro con un fino cuchillo de rayos X

Actualmente contamos con la tecnología para generar un pequeño haz de rayos X, dirigirlo y enfocararlo en un punto determinado y luego medir con mucha exactitud cuánta radiación se queda en el tejido y cuánta sale de él. Este modelo es el que utiliza la técnica de tomografía computarizada (CT), y consiste en un “cuchillo” de rayos X que además puede moverse dentro del cerebro con mucha precisión sin modificar sus características funcionales. Cuando este fino haz se mueve de manera ordenada y se hacen mediciones simultáneamente, se logra una imagen que muestra las densidades en una rebanada de cerebro. Los médicos han aprendido a darles significados muy precisos a estas imágenes y a asociarlos a patologías bien definidas.

¹ Investigador portugués que recibió el Premio Nobel e inició además la psicocirugía con la lobotomía prefrontal.

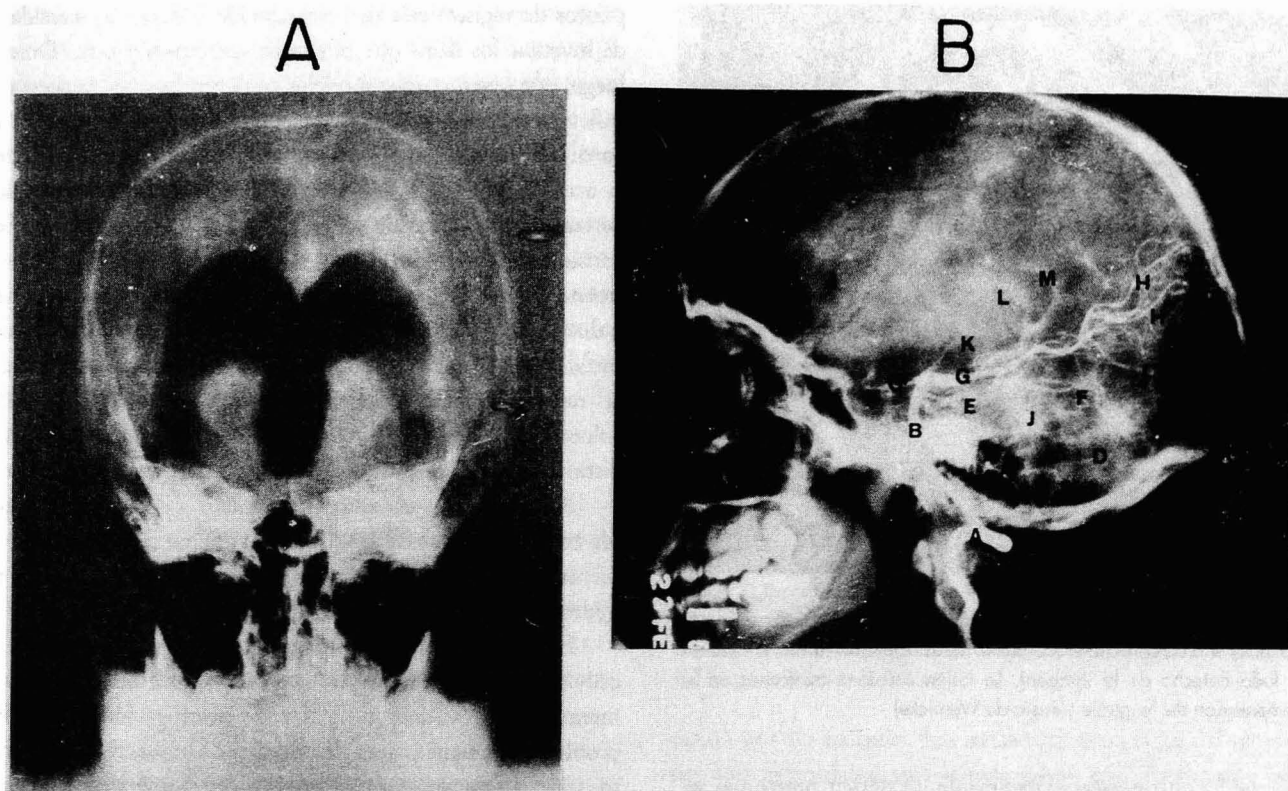


Figura 1. Ventriculografía de un caso de hidrocefalia (A). Angiografía vertebral (arteriograma lateral) (B). Tomado de *Anatomía funcional del sistema nervioso* de Luis López Antúnez, Limusa, México, 1993

Los antecedentes de la tomografía son muy variados y provienen de ciencias tan dispares como son las investigaciones sobre los campos gravitacionales, la astronomía solar y la microscopía electrónica. Muchos investigadores trataron de obtener una imagen de una matriz de coeficientes de atenuación de los rayos X; algunos lo hicieron con métodos rudimentarios, como Cormack en 1963, pero no fue hasta 1967 cuando G. N. Hounsfield, un ingeniero de los laboratorios de investigación de la fábrica de instrumentos musicales EMI Ltd., en Inglaterra, tuvo una idea mientras investigaba técnicas de reconocimiento de patrones. Era simple: estaba convencido de que en muchas áreas de trabajo se perdían grandes cantidades de datos, debido a la ineficiencia en los métodos de recuperación. Pensó que las imágenes del interior del cuerpo podían reconstruirse a partir de medidas de la transmisión de rayos X tomadas desde todas las direcciones posibles, siendo el método más conveniente el tomográfico y utilizando tubos fotomultiplicadores en lugar de la película usual de radiografía. En 1979 Hounsfield compartió con Cormack el Premio Nobel de Fisiología y Medicina. (No faltó quien protestara porque le daban un premio de medicina a un ingeniero de una fábrica de juguetes, que además había hecho las primeras grabaciones de los Beatles.) Desde entonces el adelanto técnico ha sido enorme; en las primeras tomografías se tardaban horas o muchos minutos. En la actualidad con los aparatos de la quinta generación se efectúa el barrido en 16 milisegundos.

La tomografía ha sido de gran ayuda en la investigación de los centros de lenguaje, a través del estudio clínico de las afasias y corroboración tomográfica (Fig. 2).

La gravedad y la cronicidad de las alteraciones mentales asociadas con la esquizofrenia han impulsado a numerosos autores a ensayar los métodos no invasivos con el afán de encontrar una alteración cerebral que explique la enfermedad. Cuando surgió la tomografía por computadora se comprobó en seguida que un grupo de esquizofrénicos mostraba un aumento en el tamaño de sus ventrículos laterales, que no eran patentes en sujetos no enfermos o en enfermos de otros padecimientos nerviosos. Desde luego, los ventrículos deben su forma y tamaño a las estructuras que los rodean; así, la dilatación encontrada en los esquizofrénicos puede deberse a cambios en el tálamo, los ganglios basales y parte de la corteza anterior del cerebro, donde se supone que se integran funciones cognoscitivas. En una revisión hecha en 1990 se encontró lo siguiente: de 1568 enfermos de esquizofrenia (con mucho, la más frecuente y grave de las enfermedades mentales), 1279 (81.56%) presentaban dilatación de los ventrículos laterales, comparándolos con una población de enfermos no esquizofrénicos y con sujetos normales. Es muy probable que si se hubiera hecho la comparación exclusivamente con sujetos normales, el porcentaje de dilatación ventricular en la esquizofrenia hubiera sido mucho más alto pues muchos pacientes con problemas neurológicos o con defectos congénitos de desarrollo pueden presentar dilatación de los ventrículos laterales.

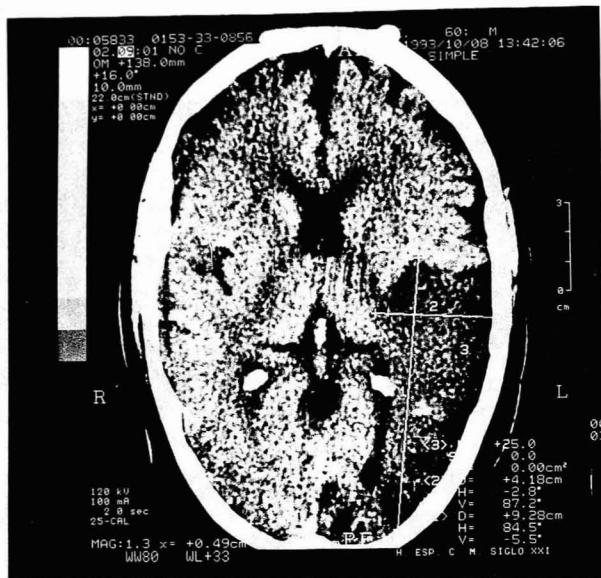


Figura 2. Tomografía axial computarizada que muestra una amplia zona de infarto cerebral en el lóbulo temporal izquierdo (área oscura en el lado derecho de la imagen). La lesión ocasionó trastornos en la comprensión del lenguaje (afasia de Wernicke)

Se ha encontrado evidencia de un déficit prefrontal selectivo en pacientes con esquizofrenia. Estos enfermos muestran una relación volumen ventricular-volumen cerebral más alta de lo normal, además de que su tercer ventrículo es más amplio, lo que sugiere atrofia de núcleos del hipotálamo. Es interesante señalar que desde los años sesentas, el doctor Dionisio Nieto (del Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM), utilizando material *post mortem* de cerebros de esquizofrénicos y empleando las técnicas de la escuela de Cajal, registró estas alteraciones degenerativas del hipotálamo en los esquizofrénicos.²

El cerebro dinámico

Existen métodos generadores de imágenes cerebrales que son inherentemente estáticos en el tiempo o dinámicos por naturaleza. La tomografía computarizada se puede considerar estática, ya que muestra una imagen con estructuras anatómicas que evolucionan muy lentamente. Por el contrario, los métodos que ven la actividad cerebral en términos de voltaje o de cambios químicos son de naturaleza dinámica, ya que es posible hacer imágenes consecutivas, que serán, probablemente, diferentes entre sí. Un ejemplo es la generación de mapas de voltaje sobre la superficie de la corteza cerebral; estos mapas pueden tener una resolución temporal sumamente alta. Pueden generarse miles de mapas en un segundo y describir fielmente un fenómeno eléctrico en el cerebro, como un potencial evocado. Esta metodología tiene una limitación importante respecto a la resolución espacial. El número de

puntos de registro eléctrico es reducido y surge la necesidad de inventar los datos que hay entre un punto y otro. Desde luego, este invento sigue modelos muy precisos que se acercan suficientemente a la realidad y permiten hacer inferencias a partir de los mapas eléctricos. Otra limitación de los mapas de la actividad eléctrica es que sólo ven lo que sucede en la corteza cerebral (porque ahí están puestos los electrodos). Se considera un método no invasivo porque se utiliza el electroencefalograma (EEG), que se registra en el cuero cabelludo y detecta el campo eléctrico generado en las neuronas de las capas superficiales de la corteza cerebral, que tiene que pasar las meninges (dura, aracnoides y piamadre) y el hueso del cráneo. Este campo eléctrico recorre varios milímetros y sufre distintas distorsiones antes de ser registrado por los electrodos.

Este método se utiliza básicamente para hacer seguimientos en la corteza cerebral en tiempo real, y es posible incrementar su resolución temporal simplemente aumentando el poder de la computadora que esté generando los mapas.

El mapeo (algunos prefieren el término cartografía) de la actividad eléctrica cerebral (BEAM) se ha utilizado ampliamente en aplicaciones clínicas y de investigación básica. El problema fundamental en clínica es que las situaciones experimentales no pueden controlarse como en la investigación básica. Es por esta razón que en clínica se han aplicado análisis estadísticos sofisticados y bases de datos normativas.

En investigación básica generalmente se controla el protocolo experimental porque se pueden aplicar estímulos en estructuras internas del cerebro de animales y esperar las respuestas (lo cual no se hace en humanos). Estas respuestas están incluidas en el EEG basal y se pueden filtrar para obtener una señal que corresponda únicamente al estímulo aplicado. Este modelo permite estudiar con mucha precisión diversas vías de propagación y diferentes centros neuronales que estén relacionados y que tengan conexiones con la corteza cerebral.

Las bases de datos normativas que se utilizan en investigación clínica se hacen con grandes cantidades de mapas en situaciones control (sujetos normales) y en diferentes patologías. Las bases de datos luego son comparadas con mapas de sujetos a los que se trata de hacer un diagnóstico para posteriormente determinar un posible desorden. El EEG se considera una señal aleatoria en términos matemáticos, porque no existe una relación formal que lo defina. Este hecho hace difícil su tratamiento numérico y es por esto que se realiza en términos estadísticos y de desviaciones típicas; además, el error al hacer un diagnóstico partiendo sólo del EEG puede ser significativo.

El EEG normal varía en frecuencia y amplitud en relación con diversos estados de actividad cerebral, como la atención, la somnolencia y las distintas etapas del sueño. También los ritmos del EEG varían mucho en enfermedades como las epilepsias, en procesos ocupativos (tumores, infartos o hemorragias) y en el estado de coma. A través de la experiencia estos ritmos han sido clasificados —según su

² D. Nieto y A. Escobar, "Major Psychosis", en *Pathology of the Nervous System*, McGraw-Hill, Nueva York, 1972.

frecuencia, su forma, su amplitud y localización— en *delta* (0.5-4.0 ciclos por segundo, cps), *theta* (5.0-7.0 cps), *alfa* (8.0-13 cps) y *beta* (arriba de 16 cps). Los mapas eléctricos cerebrales se han elaborado siguiendo estas frecuencias y han servido para caracterizar diversos padecimientos o establecer modelos experimentales en animales.

Una técnica que ha enriquecido los mapas eléctricos cerebrales es la combinación del EEG con potenciales evocados sensoriales (PES). Estos potenciales son cambios eléctricos bruscos, debidos a la activación simultánea de miles de neuronas cuando se estimula un órgano de los sentidos; por ejemplo, cuando se ilumina la retina con un destello luminoso o se activa el oído con un sonido intenso y breve. Las respuestas o potenciales evocados sensoriales en el cerebro fueron descritos en los años treinta por Lord Adrian (Premio Nobel) y causaron un gran revuelo epistemológico pues constituían la primera prueba de un cambio en la actividad celular, que se acompaña de una percepción en el campo de la conciencia; es decir, representaban un paso importante en el establecimiento de la identidad mente-cerebro.

En cuanto al cerebro perturbado, en psiquiatría, los datos de los mapas eléctricos cerebrales han sido poco específicos en relación con la esquizofrenia pero sí han revelado un hallazgo de importancia: los enfermos muestran una cantidad mayor de actividad *delta* sobre la superficie total del cerebro que los controles sanos; esto ha sido comprobado por diversos investigadores. Por otra parte, al asociar los mapas de EEG con PES de diverso origen, pero sobre todo los originados por estimulación de la piel, se ha encontrado que en los esquizofrénicos se presentan más difusos y sin la estrecha relación con la intensidad del estímulo que es característica de los sujetos normales.

Resonancia en el cerebro

La diferencia fundamental entre la tomografía computarizada y la resonancia magnética nuclear (NMRI) es que la primera, como ya dijimos, utiliza rayos X y en ella la imagen se forma midiendo la atenuación (que es proporcional a la absorción del tejido) de un haz muy fino; por su parte, la resonancia magnética nuclear forma una imagen del cerebro midiendo la variación de un campo electromagnético que puede ser enfocado y controlado con mucha precisión. Este método utiliza el campo magnético inherente de algunos átomos. El más común es el del hidrógeno, que está ampliamente distribuido en el cerebro (puesto que éste, como la mayoría de los tejidos, tiene una alta proporción de agua), de manera que este método puede generar imágenes muy finas y con mucha resolución espacial de las concentraciones del átomo de hidrógeno, es decir, de agua.

En principio, se aplica un campo magnético (como el de un imán) a todo el cerebro y los átomos de hidrógeno emiten señales de radio frecuencia (RF) que son detectadas a dis-

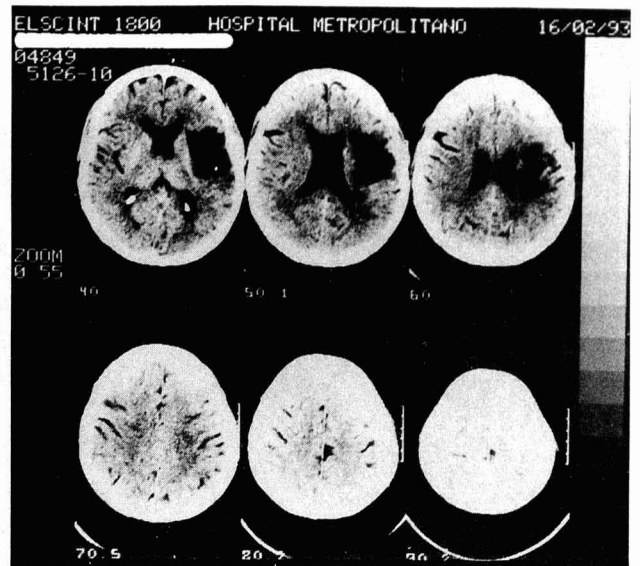


Figura 3. Resonancia magnética nuclear (NMRI) que revela la presencia de un infarto cerebral fronto-parietal izquierdo (área oscura en el lado derecho de la imagen). La lesión ocasionó trastornos en la expresión del lenguaje (afasia de Broca)

tancia por un receptor. Las señales ya procesadas del receptor son aplicadas a una computadora que finalmente las traduce en una imagen con tonos grises, que será interpretada por un médico especialista y mostrará fielmente la estructura anatómica del cerebro y sus lesiones eventuales.

Otro aspecto importante de esta metodología es que se generan imágenes en tres planos (x, y, z) mientras que la tomografía computarizada lo hace en un plano, lo que dificulta la reconstrucción tridimensional de estructuras internas.

La NMRI está teniendo una aplicación indiscutible en neurología (Fig. 3), aunque también comienza a tenerla en los padecimientos mentales. De ser un procedimiento estático está pasando a ser dinámico.

La investigación de la esquizofrenia ha puesto énfasis en el estudio de los lóbulos frontales, el cuerpo calloso y el tamaño global del cerebro.

Jugando con positrones y fotones: el pet scanner y la tomografía computarizada de la emisión de fotones aislados

Desde que se formularon hipótesis sobre el posible papel de la dopamina y otras catecolaminas en las psicosis se desarrollaron métodos para poder medir estas aminas en el cerebro y encontrar posibles diferencias de su metabolismo en sujetos normales y enfermos mentales. Los primeros indicios de que se iba por buen camino provenían de exámenes de los metabolitos en el LCR, la orina y el plasma sanguíneo pero, desde luego, estas medidas no podían suministrar datos sobre localización cerebral.

En 1979, Reivich y Wolf y en forma independiente Phelps y colaboradores describieron un método no invasivo que podía medir cuantitativamente el consumo de glucosa local en áreas cerebrales de seres humanos conscientes y ca-

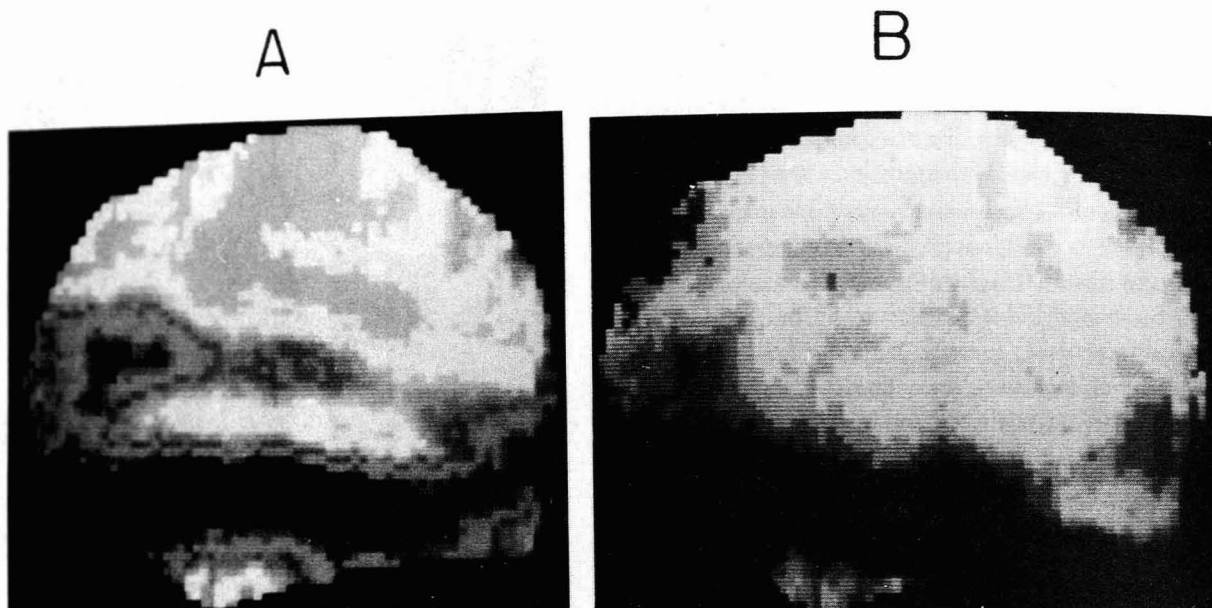


Figura 4. Asimetrías metabólicas izquierda-derecha en sujetos normales (A) y en esquizofrénicos (B), sujetos a una prueba de estímulos cutáneos dolorosos. Los pacientes muestran menor diferenciación en la prueba

paces de ejecutar conductas programadas. Esto se logró combinando los métodos de medida del metabolismo de la glucosa con los de emisión de positrones (PET) y las determinaciones tomográficas del flujo sanguíneo cerebral.

El PET utiliza "radiotrazadores", glucosa marcada, oxígeno u otros componentes del metabolismo cerebral. En principio, los radiotrazadores emiten positrones (con carga positiva); cuando éstos chocan con los electrones libres en el tejido (con carga negativa) se aniquilan y dan origen a dos fotones de rayos *gamma* que parten en ángulo recto, que son los detectados por el PET.

El PET y el SPECT han causado una verdadera revolución, ya que por primera vez se ha logrado relacionar el funcionamiento regional del cerebro con actividades mentales específicas. Las siguientes han sido las medidas más importantes: utilización local cerebral de la glucosa (deoxiglucosa); flujo sanguíneo cerebral y consumo de oxígeno; medidas del receptor a la dopamina (con radiotrazadores) y de receptores a opiáceos y a benzodiacepinas.

Estos métodos han proporcionado datos de interés acerca de la integración de la percepción sensorial y de las diversas fases de la construcción del lenguaje. En cuanto a las enfermedades mentales, han revelado diferencias significativas en las respuestas sensoriales a estímulos dolorosos entre sujetos normales y pacientes esquizofrénicos (Fig. 4). También se ha reportado una diferencia notable de consumo de glucosa en sujetos que duermen y no sueñan y en aquéllos con sueños angustiosos o pesadillas.

El PET es un procedimiento muy costoso debido a los equipos de detección que utiliza. En México no se cuenta todavía con este método. Sin embargo, el SPECT, de mucho menor costo, puede ser una alternativa. Es de reciente invención y no existe mucha experiencia clínica con él pero la

información aumenta rápidamente, sobre todo en farmacología. El SPECT utiliza un solo fotón *gamma* (en lugar de dos como el PET) y determina su punto de origen basado únicamente en su trayectoria. Es muy probable que éste sea un método muy empleado en un futuro.

Existe una nueva tendencia: la búsqueda de imágenes que resuman diversas características de un proceso, utilizando varios de los métodos que hemos descrito someramente. Cuanto más multidisciplinario sea el origen de las imágenes, más fidedignas y cercanas a la realidad serán. Cada día cobra más fuerza la estrategia de combinar la tomografía computarizada, la de emisión de positrones, el flujo regional sanguíneo cerebral y los mapas de EEG y PES para extender las investigaciones sobre las enfermedades mentales. Lo que se ha realizado hasta ahora corrobora la alteración prefrontal de la esquizofrenia.

Sin embargo, siempre nos quedará la duda de la veracidad total de las imágenes, aunque la mayor parte de las veces sean sumamente útiles para, por ejemplo, establecer un diagnóstico clínico. Quizá la imagen ideal sea la que surja algún día no en el *display* de una computadora sino en la imaginación de un investigador, que más tarde se empeñe en instrumentarla. Así como algún día debió suceder con los centros de lenguaje de Broca o la neurona imaginada por Cajal. ♦

Agradecimientos: Las imágenes tomográficas cerebrales de las afasias son cortesía del Dr. José Marcos Ortega, Sección de Neurolingüística del Hospital General de México, SSA. El Dr. Adrián Martínez Cervantes, del Instituto Mexicano de Psiquiatría, colaboró en la adquisición de los mapas EEG y la redacción del trabajo. El señor Raúl Cardozo elaboró el excelente material fotográfico.

Lindee Climo: parodia y utopía

MIREYA FOLCH-SERRA



Lindee Climo,
La primavera,
1992,
óleo/tela,
114 x 172 cm

En los años transcurridos desde 1980 hasta la fecha, durante el apogeo de la corriente postmodernista en la plástica, las letras y la arquitectura, muchos artistas han aparecido como estrellas fugaces en el universo de la deconstrucción, el relativismo y el historicismo. Sin embargo, sólo algunos han podido sustentar creativamente el ámbito de la parodia caracterizada por la inversión irónica.

La obra de Lindee Climo representa esta corriente paródica a través de imágenes inquietantes que nos remiten a un mundo impregnado por la historia del arte occidental. En este contexto magnífico donde Venus y Marte, por ejemplo, se aman delicadamente en el paisaje bucólico del *Quattrocento*, la alusión histórica no necesita envolverse en misterio: como espectadores sabemos inmediatamente las fuentes de la artista porque sus referencias iconográficas son deliberadamente obvias. En este caso la iconografía no es la gran protagonista de la obra. Más bien lo interesante e inquietante en las imágenes de Climo es el juego antropomórfico que transforma una realidad pictórica de sobra conocida y asimilada en un choque cultural y estético sin precedentes.



Lindee Climo,
*Las ovejas de
Da Vinci*,
1993,
óleo/tela,
40 x 40 cm

El humanismo renacentista es desnudado de sus premisas básicas. En la obra de Climo, el “hombre” *no* es el centro del universo. Al contrario, los humildes animales de la granja son transformados en códigos y emblemas que nos obligan a pensar más intensamente en las relaciones con la naturaleza, el arte, la estética y la historia. Esta intención creadora es llevada a cabo dentro de un contexto sin pretensiones trascendentalistas y con mucho sentido del humor.

Lindee Climo nació en Massachusetts pero vive en el Canadá desde 1970. Es muy difícil determinar sus influencias plásticas y sus afinidades culturales. A diferencia de pintores como David Bowes, por ejemplo, cuya obra según Robert Rosemblum se identifica más con el ámbito mexicano que con Nueva Inglaterra (véase el número 514 de esta publicación), Climo trasciende épocas y paisajes nacionales ubicándose no dentro de corrientes norteamericanas o canadienses sino dentro de un historicismo más allá de la geografía. Su lectura del pasado incluye la inversión irónica de humanos por animales, recreando así algunos de los grandes momentos de la historia del arte.

Pero lo interesante en la obra de Climo es observar el proceso de apropiación de las imágenes universales. Podríamos empezar por los aspectos técnicos como son la calidad de sus veladuras y transparencias que recrean, sin imitar, las profundidades metafísicas del mundo interior de un Mantegna (1431-1506) en el cuadro *No entren ahí* o la inmaterialidad de un Botticelli (1444-1510) en *La primavera*. Sin embargo, no nos podemos quedar prendidos en el oficio extraordinario de la artista. Una vez superada la etapa de la ejecución, debemos analizar los aspectos de su peculiar postmodernismo. La obra de Climo en este sentido abarca desde los aspectos lúdicos, el juego por el juego, hasta la reverencia respetuosa de los viejos maestros.

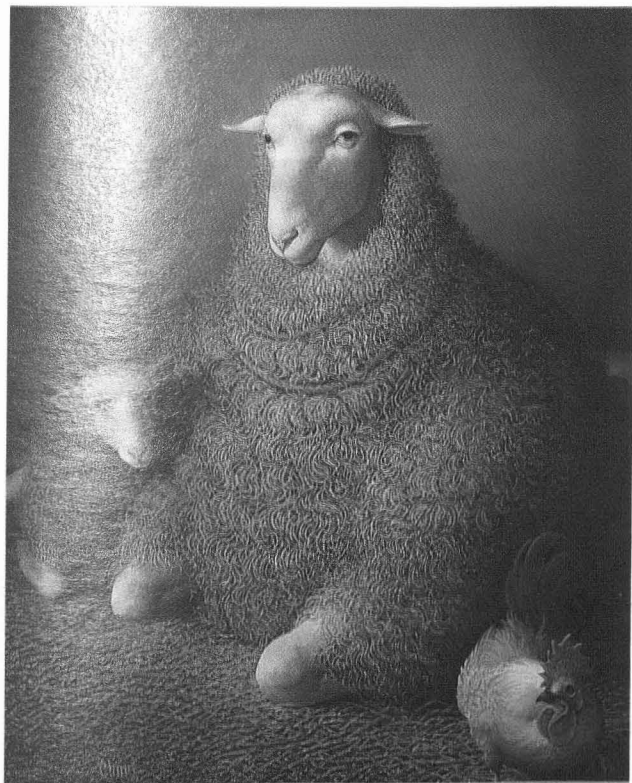


Lindee Climo,
*Ovejas como
Venus y
Marte*,
1993,
óleo/tela,
71 x 172 cm

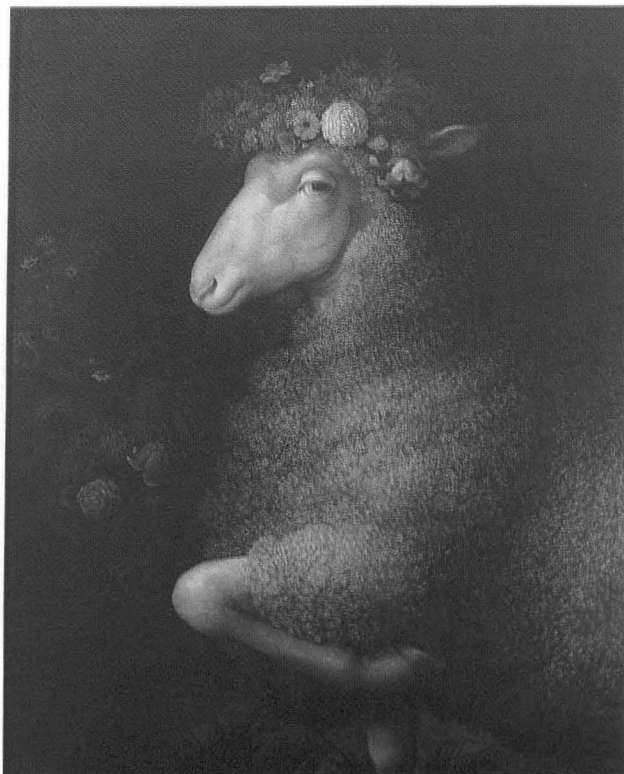
Este espacio constituido por el humor y el respeto marca la intersección entre creación y recreación, inventiva y crítica.

La parodia es una modalidad importante para los artistas contemporáneos. Es una manera de entender el pasado y de ejercer la conciencia histórica. Esto no es nuevo. Los antecedentes históricos de la parodia son las prácticas de imitación tanto clásicas como del Renacimiento. En tiempos más recientes los ejemplos más obvios (entre muchos otros) son las odaliscas de Ingres y Matisse, y la *Olimpia* de Manet, todas ellas parodias de las Venus renacentistas. Pero Climo da un paso más allá con su fauna antropomórfica. Al transformar las posturas y emociones humanas de manera inusitada, su obra se convierte en un documento irónico, subversivo, satírico y autorreflexivo.

Climo asume la total seriedad de la historia del arte pero la revierte. Su juego con la historia de la pintura es un juego muy sofisticado. Como artista inteligente y culta, Climo no sólo invierte imágenes sino también toda una retórica plástica, así como los efectos visuales. Esto es especialmente notable en obras como *Eva prima*



Lindee Climo, *Don Giovanni como una oveja con su madre*,
1993, óleo/tela, 61 x 48 cm



Lindee Climo, *Flora*, 1993, óleo/lino, 61 x 50 cm

Pandora, en la cual Cousin el Viejo (1490-1561) pintó su Eva en la posición que Climo deconstruye con tres figuras en lugar de una.

Pero es importante también analizar los aspectos morales y éticos implícitos en esta elevación o coronación de los animales más comunes. Lindee Climo nació en una granja y ha vivido la mayor parte de su vida como granjera. Su conocimiento de la anatomía animal está basado no sólo en su vivencia empírica del campo y sus estudios de zoología, sino también en un gran respeto por la inteligencia y la belleza del reino animal. Ésta es una pasión genuina que ha evolucionado con el tiempo hasta el punto en que los animales para ella han dejado de ser objetos secundarios para convertirse en los sujetos totales de su obra.

Tomemos por ejemplo *El baño de Betsabé*, en el cual el manierista holandés Cornelisz van Haarlem (1562-1638) describe a Betsabé atendida por dos mujeres, una blanca y la otra negra. Climo subvierte la retórica del cuadro y coloca en el centro a un cisne negro que enfatiza la rotundez de las otras figuras. En el margen izquierdo de la composición una estatua neoclásica acentúa la ironía y el contraste entre la naturaleza humana y el reino animal.

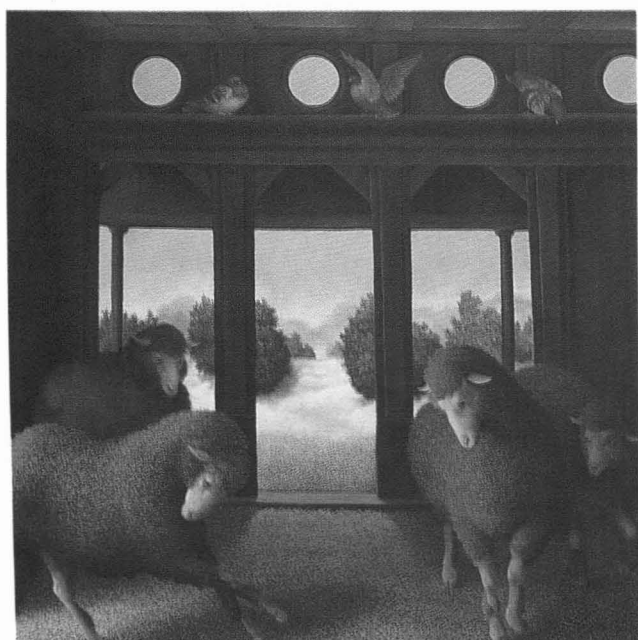
Este sentimiento de ambigüedad que permea la obra de Climo se refleja también en la parodia del retrato que Rembrandt (1606-1669) pintó de su esposa como *Flora*. La expresión de dignidad, el porte majestuoso y la mirada dirigida al espectador contribuyen a borrar la línea entre la estética humana y la belleza del animal.

En el cuadro titulado *Las ovejas de Da Vinci*, Climo explora el amor entre madre e hijo con una atención al detalle y al claroscuro que muestra su reverencia por los interiores de Leonardo (1452-1519). Tanto la composición como la interacción de los personajes permanecen fieles al original. Pero es una suprema ironía no sólo invertir los sujetos sino terminar el cuadro mostrando las figuras incompletas. Otra "maternidad", inspirada esta vez en Bronzino (1503-1572), nos muestra la opulencia y la inescrutable expresión que el pintor manierista impartía a sus modelos. En el cuadro titulado *Don Giovanni como una oveja con su madre*, Climo coloca sus figuras contra un intenso fondo azul, al tiempo que emplea también los tonos metálicos que Bronzino impartía a la piel de sus modelos.

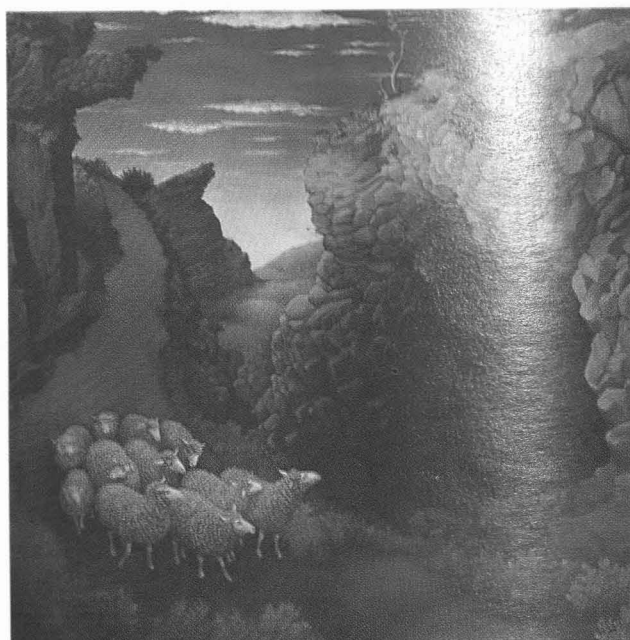
La escuela florentina representada por Lorenzo di Credi (1459-1537) forma parte también de la trayectoria historicista que Climo se ha propuesto como proyecto estético. En el cuadro titulado *Puerta de ovejas* la Anunciación toma lugar en un interior donde se refleja la luz prístina del paisaje al fondo. La modesta actitud de los protagonistas recuerda las figuras piadosas del Renacimiento temprano. En esta ocasión la feminidad y la modestia son atributos que atañen también a los animales.

Finalmente *Leda y el cisne*, obra inspirada en la versión de Tintoretto (1518-1594), recrea los efectos de la luz y el dramatismo del pintor veneciano. La ironía exquisita en el cuadro de Climo consiste no sólo en la inversión irónica del tema sino en la idea juguetona de un cisne enamorado de una oveja.

La obra de Lindee Climo ha sido expuesta principalmente en Toronto y Halifax pero también en varias galerías de los Estados Unidos, donde su versión personal de una utopía postmoderna asombra, deleita e ilustra. ♦



Lindee Climo, *Puerta de ovejas*, 1993, óleo/tela, 71 x 71 cm



Lindee Climo, *No entren ahí*, 1992, óleo/tela, 91 x 91 cm

Arte y locura



MARÍA CONSTANTINO

La locura —por lo menos ciertos tipos de locura en que prevalece la salud del cuerpo— es sólo una cierta clase de relación con la realidad. El verdaderamente loco se halla en un estado de ánimo distinto de todos los estados de ánimo normales porque pierde noción de la realidad. El loco auténtico no puede saber que está loco. Forma su mundo sin las interferencias de la razón o, mejor, de la cultura. Es un universo en sí mismo, para sí mismo; una especie de mecanismo autosuficiente dentro del cual no se siguen ni obedecen las reglas más elementales. Sin embargo, dentro de esa locura, ¿existiría el orden? ¿Orden o caos? Si se trata de una locura perfecta, entonces no importa que se exista dentro del orden o del caos. ¿Cómo denominar a esa estructura, a ese conjunto de mecanismos que, aunque no obedezcan las leyes ni se hallen sumergidos en el caos —o sea, sean el caos— permiten que exista, que no se disuelva esa existencia mental? No puede ser la nada porque dentro de ella sólo existe la inexistencia. Puede ser una estructura abstracta, sí, que de tan general no puede asirse en lo concreto. La perfecta estructura abstracta es la locura. ¿Qué puede ocurrir dentro de ella? Debe ser ese conjunto de acciones que no dejan de conformar el *drama* porque si no, se trataría tan sólo de una mente animal. La locura: la más perfecta estructura abstracta dentro de la cual ocurre una sucesión de acciones que procrean lo dramático aunque este drama no pueda medirse con los parámetros lógicos. Sólo puede percibirse. Y ello con la condición de que se establezcan los vínculos comunicativos o las expresiones adecuadas. Involuntarias porque... No. Puede un loco auténtico desear el establecimiento de una red de comunicaciones con alguien o con el exterior. Bien: la estructura abstracta debe de poseer vasos comunicantes. ¿Puede uno —no loco— imaginarse cómo establecer vinculaciones con un mundo de signo distinto? Como se trata de una persona humana deben intervenir, de alguna manera, los sentidos: la vista, el tacto, el oído, el olfato, el gusto... Pero por definición un elemento de comunicación requiere de un emisor, de un elemento que se emite y de ese núcleo que recibe el mensaje. Entonces, ¿la locura sólo podrá emitir sentidos en su forma más pura, precisamente más abstracta? Sí. De otra manera comenzaría uno a pensar que fallan las condiciones básicas de la locura y que el “sistema” de la locura comienza a resquebrajarse. El sentido sería el único elemento “limpio”, posible de ser transmitido. El loco debe tener la sensación de que quiere transmitir el sentido de algo —más que el algo— y debe hacer salir de su mecanismo, de su universo ese sentido. Palabras incongruentes, inexistentes en el vocabulario normal —si hablamos de sonidos. ¿Combinación de palabras, acciones, sonidos, excreciones orgánicas? El loco, que autopercebe su mundo, debe “querer” decir las cosas, expresarlas. ¿Traducirá entonces sus percepciones de su mundo hacia el de fuera o bien traducirá sólo sus intenciones de transmisión? Tal vez el que recibe el mensaje debe hacer esta traducción, para lo cual debe haber codificado con anterioridad algunos de los elementos que se emiten, algunas de las acciones. Puntos de contacto entre la locura y la no-locura. En esta combinación se halla la clave de las percepciones de la realidad de la locura. Como si se creara una obra de arte que utiliza medios de expresión que jamás han sido considerados artísticos. Se trata, como de la lengua, del mito, del espectáculo, de una sencilla convención. Pero, ¿cómo establecer un pacto entre el mundo racional y razonable y el mundo conformado por ese loco? ¿Por medio del amor? ¿Arte en sí mismo, la locura? ¿Y cómo manifestar las reglas que rigen este arte? Sólo reglas de una comunicación. Tal vez eso es el arte en general, todas las artes que han existido y que existen. Pero, ¿y el transcurrir de las artes, del arte, su historia, sus historias? Tal vez no pueda existir una historia de la locura puesto que hay tantas locuras como locos. En cambio, sí hay historia de las manifestaciones artísticas. Existe el conocimiento de las obras puesto que de otra manera no estarían registradas en la historia como obras artísticas. ¿Obras de la locura? ¿Estructuras abstractas que no pueden agruparse ni clasificarse? Sí. Todo esto es así. Sólo al ser traducidas a “obras de arte” las locuras pueden ser registradas, preparadas para ser reconocidas y entendidas. Por ello se confunde mucho al artista con el loco. Pero en última instancia el loco que desee o haya deseado expresar su locura —establecer una vinculación con el mundo cuerdo de los cuerdos— debe haber sido el gran artista, creador de ese mundo interno, vasto en, por sí mismo, suficiente y creador asimismo de las vías de comunicación adecuadas, aquellas que le van a permitir —dentro de su locura— desear establecer los vínculos, inventar los sistemas de comunicación. Locos perfectos, algunos artistas. Locos que se hallan tan a gusto en su locura que llegan a percibir en qué consiste la trascendencia dentro del mundo de los humanos; llegan a desearla y a construirla... ◆

Demencia y muerte neuronal



HERMINIA PASANTES

El deterioro de la mente humana es una de las realidades biológicas más patéticas. Mientras que en todas sus otras funciones el ser del hombre no se distingue del de sus congéneres animales, el trabajo de su cerebro lo sitúa a distancias incalculables del primitivo mundo animal. Es por eso que, al perder su función mental, el ser humano pierde su esencia y descende, en una involución degradante, a su nivel animal. Un trastorno funcional de la mente puede llevar a estados distintos de pensamiento, a mecanismos de procesamiento de la información tergiversados, deformados, pero que muestran todavía al cerebro en acción, aun cuando sea una acción que se desvía de la generalidad, del estereotipo. Sin embargo, cuando el deterioro de la mente se debe a la muerte de las células que la sustentan —las neuronas—, lo que se observa no es una transformación sino una pérdida. La muerte neuronal es una de las grandes tragedias del hombre, sobre todo del hombre de nuestro tiempo, que ha conseguido dominar un número grande de factores y situaciones que otrora lo llevaban a la muerte cuando aún su mente se encontraba en plena actividad. En el pasado, los individuos morían a los veinte años de apendicitis, a los treinta de complicaciones del parto y a los cuarenta de accidentes cardiovasculares o de tifoidea. Los que llegaban a los sesenta eran ya irremediablemente viejos y alcanzar setenta o más era una verdadera hazaña. El deterioro mental de los individuos longevos se interpretaba como el declive lógico de la naturaleza, reflejado en la torpeza en el andar o la fatiga en la visión; la sociedad aceptaba con paciencia a estos ancianos, sus cambios de humor, las frecuentes lagunas en su pensamiento, el terco aferrarse a recuerdos de un remoto pasado. Esta declinación de la mente en los viejos —ahora lo sabemos— se debe a la muerte de las neuronas, muerte progresiva, inexorable, fatal. Sin embargo, se dice que las neuronas del hombre comienzan a morir ya desde la juventud temprana y que cada día que pasa el cerebro pierde más y más células. Cuántas son las neuronas que se pierden en realidad es asunto no muy claro pero la muerte de las neuronas existe. Puede acon-

tecer por muchas razones; algunas conocidas, muchas desconocidas. Las neuronas pueden morir por asfixia o por una hiperactividad violenta e incontrolable. Pueden morir envenenadas por calcio que, si en cantidades pequeñísimas es vital, en exceso asesina. O por el desgajamiento de sus membranas atacadas por un oxígeno activado y letal. Pueden morir de “muerte natural” en respuesta al cumplimiento de un programa determinado o pueden, en fin, suicidarse bajo el gatillo de proteínas mortíferas, las tanatinas, que desconociendo los tiempos del programa aceleran su cumplimiento.

La muerte de las neuronas lleva consigo un deterioro de la función que estas células cumplían en vida. Los millones de procesamiento cerebrales tienen su origen en la compleja disposición y ordenamiento de las neuronas y en las intrincadas redes que las interconectan. Cuando un grupo de neuronas mueren, la función que desempeñaban queda alterada o suprimida y se afecta también la de aquellas neuronas con las que se comunicaban. Aunque hay algunos mecanismos de recuperación, principalmente por la formación de nuevas conexiones entre las neuronas remanentes, si el daño está muy extendido, la pérdida de la función es notoria. Pero, ¿cuándo ocurre la demencia? El término demencia ha sido empleado popularmente, de manera imprecisa, asociado a distintos estados alterados de la conciencia o del razonamiento intelectual. Desde el punto de vista clínico se describe como una perturbación o pérdida generalizada de las funciones corticales superiores incluyendo la memoria, la capacidad de discernimiento, de elaboración de juicios y de pensamiento abstracto.

La muerte natural

La muerte natural de las neuronas ocurre en el cerebro en desarrollo cuando se desechan las células en cierto modo suplementarias, que no encontraron su posición una vez organizada la arquitectura cerebral. Este fenómeno, al que se le dio el nombre de apoptosis (que corresponde a la palabra griega para designar la caída de las hojas), se ha considerado como

una posible causa de la muerte de las neuronas, que ocurre al pasar el tiempo y en particular en la vejez. Un cambio típico en la apariencia del DNA, la macromolécula que contiene la información genética, que aparece cortado como los dientes de un peine, es característico de las células en apoptosis. Las investigaciones actuales están encaminadas a conocer los mecanismos que desencadenan este proceso y aquellos que lo retrasan o lo controlan, con el interés de manipular a voluntad el envejecimiento de las células incluyendo las neuronas. Se ha descubierto así la existencia de los llamados “genes de la muerte”, *ced-3* y *ced-4*, que se expresan en el momento de ocurrir la apoptosis, y también un “gene de la vida”, el proto-oncogen *bcl-2*, que al ser sobreexpresado incrementa la sobrevivencia celular. Otras moléculas, como los llamados factores tróficos, y un cierto nivel de calcio intracelular parecen también desempeñar un papel en el control de este proceso de muerte. El interés de los científicos en este tema, además de su fascinación natural, es el investigar si participa en los padecimientos neurodegenerativos que conducen a la demencia.

Los accidentes mortales para las neuronas.

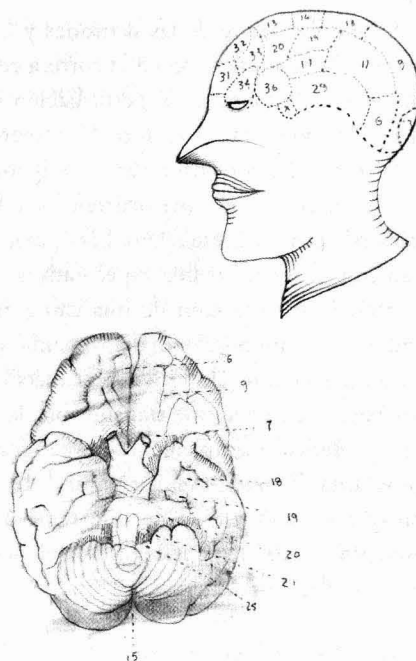
La muerte por asfixia

La muerte por asfixia ocurre siempre que las neuronas se ven privadas de oxígeno, del que son muy dependientes. Es por ello que cuando disminuye el flujo de sangre que transporta el oxígeno, ya sea porque por alguna causa accidental los vasos sanguíneos se rompen o porque los depósitos de colesterol obstruyen la luz del vaso, las neuronas que no reciben suficiente oxígeno mueren. Esto ocurre como parte del proceso de envejecimiento, cuando la pérdida de elasticidad de los vasos hace que se vuelvan frágiles aumentando el riesgo de ruptura. Un accidente vascular de este tipo puede ocurrir en cualquier zona del cerebro y según la ubicación de las neuronas que hayan muerto serán las consecuencias. Al ocurrir estos accidentes vasculares cerebrales son comunes los trastornos del lenguaje o la pérdida parcial del movimiento, o alteraciones más o menos severas en la actividad intelectual, llegando hasta la pérdida casi total o total de la conciencia.

La muerte en la enfermedad de Alzheimer

Otro tipo de muerte neuronal, asociado tal vez más que ningún otro con la demencia, es el causante de la enfermedad de Alzheimer. Ésta es un padecimiento que degrada enormemente la calidad de vida en los últimos años del individuo que lo sufre. Las víctimas de esta enfermedad, identificada en 1906 por el doctor Alois Alzheimer, se han detectado cada vez más en las sociedades modernas, en las cuales la expectativa de vida se ha incrementado notablemente. En particular, en las últimas dos décadas comenzaron a presentarse cada vez en mayor número casos de individuos no tan viejos, es decir entre los sesenta y los setenta años, que mostraban una alteración en la memoria, sobre todo la de

hechos recientes, de frecuencia y magnitud claramente superiores a las habituales distracciones que ocurren en cualquier edad. El patrón de evolución de este padecimiento se fue definiendo, caracterizado por una marcada disminución en la capacidad de razonamiento, en el que la memoria desempeña un papel clave y, finalmente, en la aparición de un cuadro claro de demencia. A estos cambios dramáticos en la actividad intelectual a menudo se sumaban perturbaciones severas en la conducta, tales como depresión o ansiedad. El fenómeno se deslindó ya claramente de una asociación con la edad y comenzó a considerarse como una enfermedad que no tardó en identificarse como la descrita por Alzheimer.



El examen de los cerebros de los individuos con enfermedad de Alzheimer mostró, en forma consistente, alteraciones histológicas muy claras, particularmente en dos regiones estrechamente vinculadas con la actividad cognitiva y con la memoria: la corteza cerebral frontal y el hipocampo. En el cerebro de los individuos con enfermedad de Alzheimer, las grandes neuronas piramidales de la corteza cerebral están muertas, como estranguladas por una apretada maraña de filamentos enroscados como un tirabuzón. Las fibras que causan la muerte de las células piramidales se originan por la transformación del citoesqueleto de las neuronas: una especie de armazón formado por túbulos a través de los cuales tiene lugar un intenso tráfico de sustancias que la neurona debe llevar y traer de las distintas y a veces muy alejadas zonas de su compleja estructura celular. En algún momento, por circunstancias que no conocemos, este armazón transforma su estructura en la maraña de fibras característica del padecimiento. Lo que sí sabemos es que este cambio se debe a una modificación bioquímica en una de las proteínas del citoesqueleto conocida como la proteína *tau*. Otra alteración característica de la enfer-

medad de Alzheimer es la presencia de placas de una sustancia extraña, el β -amiloide, que tienen la apariencia de un grano de almidón, rodeado de prolongaciones de células nerviosas alteradas. La abundancia de estas placas es tal vez el marcador más específico para el diagnóstico de la enfermedad de Alzheimer. Las placas de β -amiloide rompen la compleja red de comunicación interneuronal en la corteza y son muy probablemente una de las principales causas de la demencia en este padecimiento. Los dos tipos de alteraciones morfológicas descritos para la enfermedad de Alzheimer se presentan también en los individuos de edad avanzada pero siempre en menor cantidad y muchos años después de la edad en la que aparecen en la enfermedad de Alzheimer, así como en individuos jóvenes con síndrome de Down.

Es indudable que la muerte de las neuronas y la alteración de su proceso de comunicación en la corteza cerebral y en el hipocampo son la causa de la perturbación en las funciones intelectuales que caracteriza al padecimiento. Sin embargo, hasta la fecha, desafortunadamente, se ignora por qué se forma el β -amiloide o por qué ocurren los cambios químicos que distorsionan el citoesqueleto. Las opciones que se han analizado son en gran medida especulativas y consideran, entre otras, la intervención de una causa externa —como un cambio en las proporciones del consumo de calcio y magnesio, o un exceso de aluminio en la dieta o en el agua—, la participación de un agente transmisible, la expresión de un factor genético o simplemente la manifestación acelerada del programa de muerte celular natural. La intensa investigación que se lleva a cabo en este tema permite esperar una respuesta a las muchas incógnitas que persisten en torno a la enfermedad de Alzheimer.

La muerte neuronal en el sida

Dentro del conjunto de perturbaciones causadas por el VIH-1, una de las que fue identificada más recientemente fue la aparición en algunos individuos infectados con el virus de un cuadro de demencia asociado a veces con alteraciones en la conducta emocional. En un principio se pensó que se trataba de una encefalitis causada por ataques infecciosos debidos a la baja generalizada en la eficiencia del sistema de inmunidad que caracteriza al síndrome. Sin embargo, el análisis *post mortem* de los cerebros de los individuos afectados mostró un cuadro muy característico de alteraciones morfológicas junto con una clara disminución en el peso del cerebro y en el número de neuronas. Estas observaciones llevaron a considerar que las alteraciones mentales de muchos pacientes con sida tenían su origen en la muerte de las neuronas. Sin embargo, se ha detectado en forma muy consistente que, si bien el virus efectivamente se encuentra en el cerebro, nunca infecta a las neuronas. La razón es la siguiente: el VIH-1 tiene en la membrana que lo envuelve dos proteínas, la gp 120 y la gp 41. Cuando el virus invade a un individuo, la proteína gp 120 reconoce la presencia de otra proteína en las células de la

persona infectada, la proteína CD4, y, cuando la encuentra en una célula, hace contacto con ella; mediante esta interacción se forma un poro a través del cual el virus penetra a la célula. La proteína gp 41 desempeña también un papel clave en este proceso inicial de infección del virus. No todas las células del hombre tienen la proteína CD4 en su membrana; la tienen esencialmente algunos elementos del sistema inmune como las células dendríticas y una subpoblación de linfocitos, del tipo que se conoce como linfocitos cooperadores o linfocitos T. Aún entre estos linfocitos T, únicamente los de un subtipo tienen en su membrana la proteína CD4 y sólo éstos van a ser infectados por el VIH-1. Sin embargo, la función de estas células, conocidas justamente como LTCD4⁺ (linfocitos TCD4⁺), es clave para el funcionamiento del sistema inmune al producir un grupo de sustancias químicas, las citocinas, sin las cuales los otros componentes del sistema inmune no funcionan. En ausencia de las citocinas formadas por los LTCD4⁺, los linfocitos B no se multiplican a la velocidad debida, casi no forman anticuerpos y los macrófagos, que son células que devoran a los intrusos, están imposibilitados para cumplir su función. Por todo esto, la muerte de los LTCD4⁺ causada por el virus lleva a las consecuencias que todos conocemos. En el cerebro solamente algunas células tienen la proteína CD4 y se ha visto que, efectivamente, se encuentran infectadas por el virus. Pero las neuronas que no tienen CD4 no se infectan nunca. Lo que se observa es que el cerebro de los individuos con sida es invadido por células transformadas del sistema inmune, macrófagos gigantes infectados por el virus, que forzaron la barrera habitualmente infranqueable del cerebro sano y que, junto con otras células nerviosas, las de la microglía, que sí tienen la proteína CD4 y por lo tanto también se infectan, son los sitios en los que el virus se aloja y desde donde, posiblemente, causa la muerte de las neuronas. El VIH-1 en el cerebro afecta además, de manera importante, a la mielina, una cubierta aislante de los nervios que permite la rápida conducción de los mensajes de las neuronas; esta alteración contribuye seguramente al cuadro neuropatológico característico del sida. Apenas muy recientemente han comenzado a examinarse las hipótesis que explicarían la causa de la muerte de las neuronas en los individuos con sida. La investigación en este sentido es muy prematura pero se piensa que la proteína viral gp 120 podría ser, al alterar la homeostasis del calcio o al acelerar la producción de toxinas de las células que sí están infectadas, la causante de la muerte de las neuronas.

Degeneración y muerte neuronal en la corea de Huntington

En 1630 llegaron a establecerse en Salem, Massachusetts, tres hermanos provenientes de Suffolk, en Gran Bretaña. Sus hijos, los hijos de sus hijos y los hijos de éstos se diseminaron por Norteamérica llevando entre sus genes una información equivocada, que espera con paciencia hasta la cuarta década de la vida del individuo para enviar una orden de muerte. Las células condenadas se encuentran en estructuras nervio-

sas situadas debajo de la corteza cerebral, los llamados ganglios basales, que desempeñan un papel muy importante en el control del movimiento y tienen extensa comunicación con la corteza frontal. La muerte de los distintos tipos de neuronas de los ganglios basales es progresiva y a medida que van muriendo se pierde el dominio voluntario del movimiento. Los individuos que padecen esta enfermedad experimentan movimientos violentos e incontrolables, sobre todo en los brazos y en las piernas. Después, cuando el programa fatal de muerte celular alcanza a otras neuronas, a esta falta de control para movimientos que no quieren hacerse, sigue un cuadro de rigidez. Los músculos se endurecen y el individuo queda inmovilizado en posiciones extrañas, como si formara parte de una extravagante coreografía. Estas posturas, como de bailarines imprevistos, dieron el nombre a la enfermedad, "corea", junto con el del hombre que la describió clínicamente por primera vez. La enfermedad evoluciona inexorablemente, alterando no sólo el movimiento sino también la memoria, el razonamiento, el juicio y muchos individuos terminan perdiendo la razón. Más insidiosamente se advierte también en los individuos con corea de Huntington un cambio en el humor que va desde alteraciones emocionales ligeras hasta cuadros profundos de psicosis.

George Huntington era el descendiente de una familia arraigada en Long Island, Nueva York, en la que el ejercicio de la medicina era tradición familiar desde el año 1800. Su padre y su abuelo habían atendido a las generaciones de colonos en el área. Huntington describe su impresión cuando, aún niño, al acompañar a su padre durante una de esas largas jornadas de médico familiar, se halló frente a un grupo de estas figuras inmovilizadas en las posiciones más extrañas o haciendo muecas simiescas. Su padre saludó amablemente a las apariciones y le explicó al pequeño que esas personas padecían una enfermedad común en esa zona, entre ciertas familias que transmitían su mal de padres a hijos con una precisión fatal. Cuando uno de los padres estaba enfermo, la mitad del grupo de los hijos, hombres o mujeres, podía padecerla. Así, crecían con el horror de detectar, al acercarse a la madurez, los insidiosos síntomas del padecimiento. Un parpadeo violento, un movimiento brusco del brazo a la hora de la comida, serían el anuncio fatal de que el gene maligno les había tocado en esta siniestra lotería. La evolución de la terrible enfermedad era bien conocida por los miembros de la familia: los movimientos violentos, las posturas grotescas o la rebeldía de los músculos les impedirían muy pronto llevar una vida normal para terminar perdiendo la razón. Huntington llamó la atención acerca del carácter claramente hereditario de este padecimiento en un documento escrito que elaboró con base en el testimonio de las familias y de su padre y abuelo. Estudios subsecuentes llevaron a detectar que estas familias procedían de aquellos mismos hermanos que desembarcaron en Salem. Se ha llegado a pensar que algunas de las célebres poseídas de Salem podían no ser otra cosa que pobres mujeres víctimas de la corea de Huntington.

Más tarde se descubrió en América otro foco geográfico de la terrible enfermedad. Un marinero inglés se asentó en la cuenca del lago Maracaibo, en Venezuela. Era portador del gene defectuoso y sus descendientes se multiplicaron en las poblaciones de las orillas. Muchos de ellos se casaron entre sí e incrementaron con precisión matemática el número de individuos afectados. En la actualidad existen en esa zona alrededor de trescientos individuos con la enfermedad. En esta región del Maracaibo se hicieron casi todos los estudios gracias a los cuales hoy se conoce la corea de Huntington. Las alteraciones son causadas por la muerte celular en los ganglios basales y en la corteza pero no se sabe por qué se mueren esas células; por qué mueren éstas, precisamente, y no otras, ni por qué esperan para morir cuatro largas décadas. Con base en observaciones experimentales en animales en los que se puede reproducir un cuadro similar a la corea de Huntington, ha surgido la hipótesis de que la causa de la muerte celular en las neuronas de los ganglios basales y de la corteza se debe a que reciben una descarga continua de órdenes de otras neuronas obligándolas a trabajar hasta la muerte.

Los científicos saben también la duración del programa que sigue el proceso de muerte celular y saben también en cuál de los veintitún pares de genes que todos recibimos al ser concebidos (la mitad del padre y la mitad de la madre), se encuentra la información equivocada. Se trata del cromosoma número cuatro y el gene responsable se encuentra muy cerca del extremo terminal del cromosoma. Estos estudios permiten saber con bastante precisión si un individuo es portador de este error genético, en cuyo caso, al menos hasta ahora, la enfermedad evolucionará inexorablemente. El conocimiento de esta información en este momento tal vez no haga sino cambiar la agonía de la espera por la desesperación de la certeza. En el ámbito de la vida diaria este conocimiento puede influir en la decisión del individuo acerca de la forma de organizar sus años de vida activa pero también la información puede ser utilizada en su contra, cerrándole el acceso a la educación superior o al empleo. Puede, dependiendo de la naturaleza de cada uno, convertir su vida en un torbellino de experiencias, de acción y creación, en una vertiginosa carrera contra una muerte inexorable, pero puede también sumirlo en una depresión paralizante. Sin embargo, este conocimiento genético ayudará a saber cuál es la diferencia entre la información que contiene el gene de los que nunca tendrán la enfermedad y el de los que van a tenerla. Puede, en fin, en un futuro posible aunque ciertamente no muy cercano, permitir mediante los procedimientos de ingeniería genética, el reemplazo del gene defectuoso por uno normal.

La investigación científica es como una pirámide en continuo crecimiento. Los descubrimientos de hoy se apoyan, más pronto o más tarde, en las observaciones del pasado. Es por ello que el interés de los que trabajan en los misterios de la muerte neuronal que conduce a la demencia ayudará algún día a conocer el sustrato anatómico, funcional y molecular de la mente perturbada. ♦

Sombra blanca

♦
ALBERTO DALLAL

*Lo invisible es materia pero una materia
ligera que puede cruzar más fácilmente
las barreras temporales y espaciales del cosmos.*

Alfredo López Austin, *Los mitos del tlacuache*

El sitio en el que me hallo confinado es un pabellón completamente blanco, tan blanco que aun en la noche resulta luminoso. Los objetos, en ciertos momentos, son apariciones. La mesa es esa superficie elevada del suelo sobre la cual coloco las palmas de mis manos. Vive en sí misma, por sí misma; reverbera su existencia porque creo que fue colocada para mi servicio pero sé ahora que existe aunque yo no pose las manos, aunque jamás las hubiese posado sobre su superficie y su existencia y materialidad revelan la trascendencia de su suerte: es tan bella que por hallarse cerca de mí justifica la existencia de todas las mesas del mundo, de la historia, del universo. Su presencia es una expectativa. ¿De qué? Me quita el sueño por la noche porque quisiera descifrar la razón de existir de esa mesa, de su superficie, de su elevación sobre el nivel del suelo. ¿Qué de ella si jamás hubiese recibido las palmas de mis manos? ¿Cómo hubiera soportado su existencia si nadie, ni yo, hubiese posado jamás las palmas de sus manos? Su blancura se habría disipado, confundido con la nebulosa luz del pabellón. Sus funciones y los objetivos de su existencia se hubiesen disipado. Tal vez hubiese echado a volar, como vuelan tantos objetos inexistentes que han penetrado en este mundo vasto, en este universo invisible e indivisible, por la vía de la fantasía, de la incredulidad, del deseo puro. Permanezco despierto en medio de la oscuridad, percibiendo esa blancura que existe en el envés del espacio. Y siento la presencia de todos esos objetos que no existen pero que han sido el deseo de existir de mucha gente, de todos los pobladores de la Tierra. Es una blancura opuesta a la oscuridad. El signo contrario de la oscuridad. La no-oscuridad, igual de volátil que la oscuridad, inasible para las reducidas fuerzas que me quedan por la noche, cuando los etéreos sabores de la comida se han disipado dentro de mi boca. El tiempo no existe sino como el remedo del instante en que mis padres o mis opresores echaron a andar el mecanismo de mi estancia en el pabellón. El tiempo ha comenzado a transcurrir desde el momento en que me encerraron. Ese tiempo se llenó de objetos nonatos, de sencillas frases que jamás me dijeron, de mis pensamientos, de mis imágenes. Llevo tantas imágenes transcurridas, unidas a esas imágenes que la blancura y la oscuridad echaron a volar que he perdido la noción de existencia, de vida, de la misma manera que he perdido la sensación de ser. Sensaciones puras que me han penetrado por los poros. ¿Seré yo una imagen dentro del bloque blanco, hiriente del pabellón? Eso me gustaría ser: una imagen. Debe alguien pensarme dentro de este cuarto para que yo reconozca mi existencia. ¿Soy yo acaso quien me creo? Hay una intemperie interminable dentro de este universo que carece de denominación, de palabra-clave. Soy yo-imagen-yo. Soy el inicio del deslizamiento hacia la nada. Nada más yo. Nado en la blancura líquida y en la exacta combinación física de su contraparte oscuridad. Sobrevivo como contrasentido. Nado o vuelo: es lo mismo. Posición idéntica de mis miembros corporales y de mis pensamientos. El pabellón es la mente del gigante que me piensa y que, por tanto, me contiene. Huy, la sensación de ser. Me despierta por la noche para plantearme la gran incógnita: ¿qué ha sido de esta mesa surgida para detener las palmas de mis manos? ¿Qué era yo antes de no ser? ¿Qué será de la mesa si no ha sido ya esa otra cosa ambigua, abstracta, general que no llegó a ser puesto que yo le di la vida que merecía y he colocado las palmas de mis manos sobre ella? Ojalá pudiese percibir con la misma facilidad, con la misma felicidad todo lo que hubiese sido yo de no ser este ser sumergido en el líquido blanco e invisible que cubre el cuarto. Sólo quiero saber. Puedo hacerlo. Es lo único que hago sumergido en este cuarto lleno de blancura y oscuridad. Y debo dejarme llevar por esas sensaciones de ser yo y ser todos los yo posibles al mismo tiempo. Tal vez allí se inicie mi vida. El tiempo que me corresponde se echará a andar en el momento en que alguien cierre la puerta del pabellón y me imponga la tarea de ser yo y todo yo, yo y todos mis yo-imagen-yo, yo y todos esos yo que pululan por el espacio de este pabellón cuyos límites se alargan y se acortan, nacen y mueren, se hacen anchos y se bifurcan para que yo, a mis anchas, me percate de que vivo, vivo, vivo, vivo. ♦

El discurso improbable: algunas reflexiones sobre el autismo

JOSÉ EDUARDO SAN ESTEBAN

*Afuera, afuera tú no existes, sólo adentro
afuera, afuera no te cuido, sólo adentro
afuera, te desbarata el viento sin dudarlo
afuera, nadie es nada, sólo adentro.*

Saúl Hernández, de Los Caifanes

A Él le gusta repetir. Él repite. Es un placer. Una necesidad dolorosa. Repetir. Repetir. Él siempre gustó de repetir. Re, Re, Re, Re... A Él le da miedo. A Él le gustaría que todo el exterior se repitiera como dentro de Él se repite el pensamiento. A veces se engrana con una repetición accidental y entonces el exterior es bueno. Él quiere que nadie se acerque mucho. Él quiere que no lo toquen. Él quiere que el exterior esté tan lejos de Él como Él del exterior. ¿Por qué quieren tanto mirarme en los ojos? Bueno: a él. Ahora menos. Ahora más. Él puede hablar ahora pero no pudo por mucho tiempo. Hablar fue así un suplicio. Aprendí(ía) las palabras pero no podía expresarlas. Él sólo existe en la limitación de su membrana pero se pierde en un mundo interior y sin fronteras. Todo ha de ser igual. Él quiere que todo sea igual. Él quiere que el mundo se repita con una (in)dependencia introspectiva. Las membranas que se acercan pero que no se tocan. Existen los demás, sólo en la conciencia de que existe Él. Pero Él no sabe y no quiere saber. Sólo repetir. Entonces el exterior no existe. Sólo Él. Él puede pensar ahora. En el exterior creyeron que no, pero sí. Él sabe que el exterior tiene al menos dos componentes. Uno estático y repetitivo en su inmovilidad. Otro cambiante, movable y amenazador. A Él le gustan los que se repiten. Teme a los otros. Temor. —¿Por qué sé tantas cosas?— Bueno... Él.

Probablemente siempre han existido personas que si fueran examinadas el día de hoy llenarían los criterios para diagnosticar: autismo. También hay variadas referencias, algunas muy antiguas, de personas que mostraban pruebas de “enfermedad mental”, algunas de ellas muy características. Ha existido una marcada dificultad para su clasificación en los niños, desde la “demencia praecocissima” de princi-

pios de siglo hasta las clasificaciones internacionales de nuestra época. Por un tiempo se difundió la idea, soberbia y egocéntrica, de que estábamos ante un hecho más, singular de las sociedades occidentales de fines del siglo XX; sin embargo, éste no parece ser el caso. Es indudable que durante los últimos años se ha establecido una definición más precisa del problema. Leo Kanner, en 1943 en los Estados Unidos, y Hans Asperger, en 1944 en Austria, describieron un cuadro clínico muy similar. Años violentos de locura universal que sirven de cuna, en campos enemigos, para evidenciar una problemática común. Lo que Kanner llamó “autismo infantil” y Asperger “psicopatía autista” son probablemente dos momentos de una misma patología o, al menos, dos expresiones semejantes (que no idénticas) de una alteración común. Posteriormente trató de verse como un “continuum autista”, aun cuando ambos síndromes pueden caracterizarse. El común denominador es un trastorno en la interacción social, que se acompaña de una dificultad en la comunicación, sobre todo verbal, de intensidad variable y que altera tanto la recepción como la expresión de la palabra (aunque, con mucho, la severidad del trastorno eferente es mayor). Completan el cuadro una serie de alteraciones del comportamiento, entre las que sobresale una extraña limitación en el repertorio de la conducta, que lleva a síntomas que incluyen repetición obsesiva, preferencia por la relación con los objetos, conductas motrices estereotipadas (como caminar de puntas o aleteo manual), fascinación por los objetos que giran y deleite por los patrones y diseños repetitivos.

La tríada sintomática se manifiesta con diversas intensidades y prácticamente nunca se repite de manera exacta en dos pacientes. Aquellos en quienes las dificultades para llevar a cabo la interacción social son la manifestación fundamental, sufrirán un severo aislamiento y ensimismamiento, con imposibilidad para realizar un contacto visual significativo, rechazo al contacto físico y una constante actitud de separa-

ción del medio ambiente. Aquellos en que el trastorno de comunicación es la tónica, tendrán nulo o mínimo lenguaje verbal pero también una limitación no verbal de interacción. Los síntomas conductuales, con frecuencia los más aparatosos, no son, por otro lado, específicos del autismo y por tanto puede postularse que su presencia obedece a una alteración cerebral inespecífica que puede encontrarse en otras encefalopatías, dando lugar a las llamadas "conductas o rasgos autistas", presentes en niños con otros síndromes.

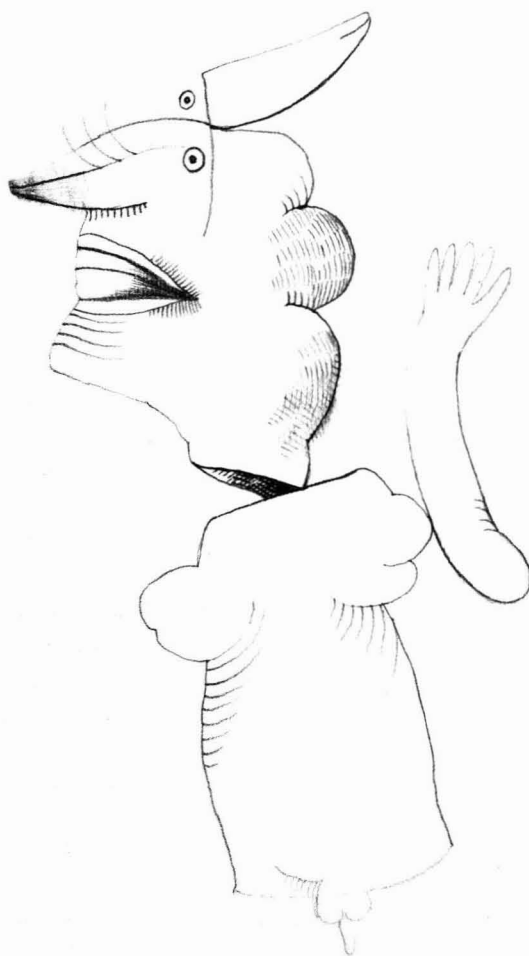
Existe una serie de anomalías concomitantes que con cierta frecuencia se registran y que, por un lado, oscurecen el diagnóstico y, por otro, son evidencia del carácter generalizado de la alteración, quizá relacionado con su expresión génica. Algunas series estudiadas muestran que 65%, y otras que hasta 88% de los enfermos, tienen retardo mental, lo que revela, igualmente, que una tercera parte puede tener inteligencia normal. Es común que tengan trastornos visuales o auditivos; uno de cada tres tendrá crisis epilépticas, habitualmente focales, otros tendrán disfasia expresiva superpuesta a su déficit de comunicación y una buena parte sufrirá dificultades en la coordinación motriz, sobre todo a medida que avanza la edad.

Recientemente se han encontrado relaciones entre el autismo y diversos padecimientos, sobre todo, aun cuando no exclusivamente, de origen génico. Éstos incluyen a la neurofibromatosis, esclerosis tuberosa, síndrome del cromosoma X-frágil, fenilcetonuria y distrofia muscular de Duchenne. Varias de estas condiciones afectan al cromosoma X, lo que en algún momento habrá de ligarse al hecho de que el autismo infantil es tres veces más común en varones, y si se considera el síndrome de Asperger, la enfermedad se presenta hasta diez veces más en este género. Su frecuencia varía alrededor de uno a cinco por cada 10 000 nacidos vivos, según las series estudiadas, y aumenta si se considera el síndrome de Asperger, que es más común.

Las diferencias fundamentales que presenta el cuadro descrito en Austria con el cuadro clásico de Kanner se refieren a que en el primero la inteligencia es mayor y la dificultad de comunicación adquiere características muy singulares. El lenguaje, que aparece tardíamente, parecería no tener alteración en su expresión pero a medida que pasa el tiempo se desarrolla una prosodia extraña, con una voz muy peculiar y un contenido pedante y formal. La comprensión está mal desarrollada. Hay también dificultades del contenido no verbal de la comunicación como la expresión facial y corporal escasa y a veces inapropiada. Estos niños y jóvenes pueden integrarse de una mejor manera a la vida cotidiana, aun cuando siempre serán considerados "extraños", "inmaduros" o "peculiares".

Realizar el diagnóstico es un hecho clínico por excelencia. No hay un patrón electroencefalográfico característico. No hay una prueba de laboratorio incontrovertible. No hay una imagen radiográfica específica, aunque en neuroimagen se han encontrado algunas anomalías con más frecuen-

cia de lo que podría considerarse una casualidad. Incluso el estudio histológico del tejido cerebral no proporciona información patognomónica. Con frecuencia los resultados de todos los exámenes son normales y, de encontrar alguna patología, ésta se relaciona más con una condición subyacente, como lo serían la esclerosis tuberosa, el síndrome del cromosoma X-frágil u otros más. El diagnóstico es, pues, una práctica clínica apoyada en una evaluación neuropsicológica sagaz y experimentada, que pueda superar el terrible obstáculo que representa la imposibilidad de establecer una comunicación significativa con el sujeto en estudio. Considerando la tríada a la que nos referimos, los síntomas aparecerán de manera consecuente; así, el trastorno en la interacción social se manifiesta en un niño autista como la falta de capacidad para darse cuenta de la existencia de los



sentimientos de los demás, como la incapacidad para evitar las situaciones de incomodidad física o emocional, lo que puede incluir una extraña y exagerada tolerancia al dolor, o como la incapacidad para imitar, establecer relaciones afectivas o participar en juegos de carácter social. La dificultad en la comunicación se manifestará como la ausencia de mecanismos utilizados habitualmente con ese fin, así sean palabras, balbuceos, expresiones faciales, gesticulación o mímica.

Igualmente habrá una falta de contacto visual y una incapacidad para realizar actividades que requieren imaginación o fantasía. De existir el lenguaje verbal, éste puede carecer de prosodia o revelarse con una auténtica disprosodia, receptiva y expresiva; puede ser repetitivo y estereotipado, y en aquellos casos en que la producción de palabras es satisfactoria, puede haber una auténtica incapacidad para iniciar o mantener una comunicación de significación social. Es impactante la preferencia que algunos niños tienen para usar la tercera persona al referirse a ellos mismos. Finalmente, los trastornos conductuales, manifestados por una restricción en el repertorio de actividades e intereses, se observan en la historia clínica como la presencia de movimientos estereotipados, ya sea aleteo manual o braquial, giros corporales, cabeceos, golpeteos repetitivos de la cabeza o complejos y obsesionantes movimientos corporales. La preocupación por partes insignificantes de los objetos es habitual y lo mismo ocurre con una necesidad constante de mantener el mundo exterior inmovible. Los más pequeños cambios en la posición de objetos familiares pueden escandalizarlos. Las rutinas se vuelven indispensables, a tal grado que se convierten en rituales en los que se sustenta una agobiante necesidad de repetición y de mantener la consistencia, inviolable, de un mundo exterior que les es ajeno.

Él conoce lo que ha aprendido a re-conocer como su cuerpo. Cuerpo es una palabra que ahora significa el límite exterior de su universo. Lo observa interminablemente. Lo vigila. Le atemoriza que de pronto adquiera un movimiento inesperado y cambie sin su consentimiento. Le tranquiliza ser testigo de su inmovilidad y aprende, por otro lado, a realizar con él repeticiones interminables. Me gusta el silencio de la tarde, el vacío de la noche. Cuando todo, estático y callado, me envuelve y me limita puedo escuchar, y sobre todo, sentir la repetición, que no se agota, de un golpeteo constante. Dentro de mí. En mí. Conmigo. Es una incomprensible sensación de certeza. Un latir —¿latir?— que se repite y le asegura un futuro inmediato, en todo similar a su pasado. Lo siente en todas partes. Simultáneo. Invariable. Constante. Viene de todos lados y siempre dentro de Él. He aprendido a contar, y paso el tiempo contando el cotidiano latir que es mi presencia, hasta que se termina el número que sé, y entonces tranquiliza el empezar de nuevo. A veces, desde adentro, hay otro objeto que simula mi palpitación interna. A Él le gusta contemplar, escuchar, sentir cómo se repiten algunos movimientos incesantes que le dan segura identidad con el espacio que quisiera ignorar habitualmente. Vigila con la misma constancia el ritmo de las cosas y cuando éste termina vuelve a su ritmo interno. Otras partes de este su cuerpo limitante se repiten en un movimiento que me gusta sentir. Las manos, la cabeza, los dedos y, sobre todo, el cuerpo mismo que puede girar y revolverse sobre sí. Él vigila otros cuerpos. Unas veces alguno singular se le aproxima. En otras ocasiones, los mismos cuerpos se mueven alrededor de Él, sin su permiso, sin su voluntad, sin su deseo.

Eso me aterroriza. A Él lo mortifica más que nada. Sus

movimientos, imprevisibles e inconstantes, son una amenaza que, al mismo tiempo, le sorprende y agota. Objetos que se mueven y que no se repiten. Cuerpos como el de Él pero distintos. Una vez me detuve ante mí mismo y me vi repetido. Un espejo ante otro y ante otro me dieron una imagen constante que a la vez sólo actuaba si así yo lo quería. Un espejo ante otro y ante otro. Mil veces repetido. Él inmóvil, a gusto. Me tranquiliza verme repetido. Bueno... a Él.

Desconocemos la causa del autismo. Desconocemos la secuencia de los eventos que dan lugar a los síntomas. Desconocemos la relación que guardan los factores genéticos y la influencia del medio ambiente. Desconocemos las variables que determinan por qué de dos sujetos, aparentemente similares en todo y expuestos a condiciones comparables, uno es autista. Por otro lado, hay una gran cantidad de información dispersa que, como piezas de un rompecabezas, nos presenta evidencias difíciles de entrelazar. Como siempre que esto ocurre, y dependiendo de qué información se considere significativa y de quién sea el observador, las hipótesis se multiplican y nos ofrecen posibilidades que pueden ser, incluso, contradictorias. Hace unos años, a la sombra del clímax psicoanalítico, estuvo muy de moda la teoría de que el problema se desencadenaba como la secuela de una relación distante entre los padres y el niño. Se consideró que los progenitores, habitualmente profesionistas exitosos, mantenían una fría relación con su descendencia. Se acotó el inverosímil término de "madre refrigerador" y por lustros se hizo cargar a los padres con la culpa del problema. Interminables horas de terapia familiar jamás rindieron resultados favorables. A medida que nuestro conocimiento de las funciones cerebrales superiores fue creciendo, se fue deshilvanando la factibilidad de que se tratara de un problema de índole exclusivamente medioambiental, o lo que entonces llamamos "psicológico". Comenzaron a perfilarse las piezas inconexas de aquel rompecabezas. No hay duda de que la genética juega un importante papel. Estudios familiares cuidadosos y el seguimiento de parejas de gemelos mono y dizigóticos mostraron que hay una clara tendencia familiar y probablemente un gen predisponente. Sin embargo, no sabemos cómo se determina su expresión o qué tan variable es su penetrancia. En conjunto, los niños autistas han tenido más problemas perinatales que quienes no lo son pero no se ha podido esclarecer la forma en la que este factor pudiera ser la causa. Hay millones de personas que han sufrido alteraciones alrededor de su nacimiento que no son autistas y a la vez hay quienes sí lo son y han tenido una historia perinatal completamente normal. Parecería que el denominador fuera una alteración cerebral inespecífica, que afecta los sistemas precisos (cualesquiera que éstos sean) y determinan la conducta. Su asociación con otras enfermedades genéticas también apunta en una dirección similar pero, una vez más, no todos los niños con alguna de ellas tienen este complejo sintomático y no sabemos de qué depende su convivencia. Parecería ser que el autismo es una evidencia de desorden cerebral inespecífico

que puede provenir de diversas etiologías y que fundamentalmente es sólo un signo de que algo no funciona correctamente en la organización de una urdimbre bioquímica. Asimismo, no es raro que, como compañía inconstante, existan otras deficiencias, ya sean motrices, sensitivas, auditivas o mixtas. Probablemente hay un mecanismo común a varias enfermedades. O varios mecanismos capaces de producir la misma alteración.

Los hallazgos obtenidos por el estudio de los cerebros en autopsia no son, hasta la fecha, más que anecdóticos. El principal problema es que no existe una serie grande de casos y no se han aplicado metodologías consistentes. El estudio por imágenes radiográficas ha sido más sistematizado, observándose que los lóbulos temporales y el tallo cerebral han estado implicados. Otras imágenes parecen también involucrar al cerebelo, las áreas prefrontales y los ganglios basales. Esta localización anatómica ha hecho suponer que existe una alteración en el neurotransmisor dopamina. De hecho, las fibras dopaminérgicas que nacen del tallo cerebral terminan en las estructuras mesolímbicas de los lóbulos temporales, en las áreas prefrontales y en los ganglios basales. El sistema de la dopamina podría, pues, tener un papel en todo el evento. El estudio de niños nacidos de madres adictas a un derivado de la cocaína conocido como *crack* ha mostrado que éstos con frecuencia tienen síntomas autistas. El *crack* afecta los sistemas dopaminérgicos del cerebro. Hay otros hallazgos que apuntan hacia otro neurotransmisor: la serotonina. La sangre periférica de algunos niños autistas tiene un contenido alto de serotonina, aunque también se encuentra este trastorno en algunos pacientes con retardo mental y sin autismo. Otro aspecto aún confuso en ese panorama es que no existe una relación entre la serotonina de la sangre periférica (presente en las plaquetas) y la serotonina central. De hecho algunos estudios de la dinámica de la serotonina postulan que lo que hay es una disminución de la misma en el cerebro. Algunos péptidos neurotransmisores, y las endorfinas en especial, se han considerado probables actores en el problema. Cómo encajan estos hallazgos o cómo se complementan, potencializan o contraponen, es un misterio por dilucidar. Si algunos son causa o son efecto, si son incidentales o significativos, no lo sabemos. Pudiera ser que no sean aspectos excluyentes sino que cada uno tenga un papel definido que se expresa a través de la influencia de algunos otros, fisiológicos o medio-ambientales. Como puede verse, nuestro conocimiento es todavía limitado y no parece estar a la vista la metodología que en un futuro cercano lo amplíe de una manera drástica y definitiva.

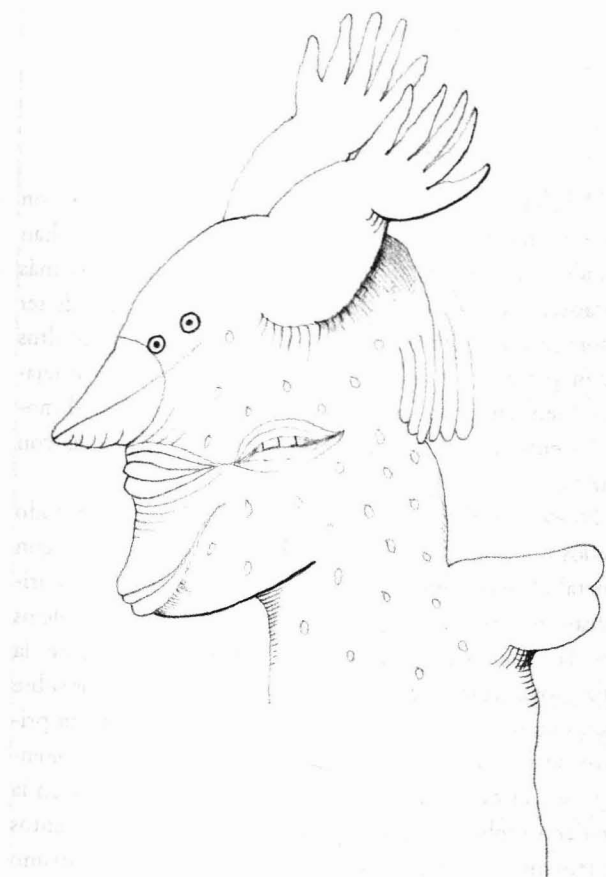
Es su voz. Lo reconozco. Es un sonido inesperado. Hace intentos diversos de modularla y organizar palabras. Las mismas que le dicen y que aprendió a reunir en su continuo movimiento interno. Así aprendí también lo que eran las palabras. Le gusta repetir con esa su voz inesperada, que surge desde dentro y a veces le sorprende. Le gusta repetir lo que percibe. Es fácil repetir, como es difícil controlar las palabras que se dicen. Me

disgusta tratar y no poder escuchar lo que digo. Lo que aquí es placentero y me conforta, me asusta cuando sale de mí. Es mejor repetir. Una y mil veces. A pesar de que Él puede distinguir casi todo y veo dentro de mí lo que imagino y encuentro las palabras que dicen lo que quiero o rechazo. No puedo usar mi voz. Es su voz. La reconozco en su sonido agudo, pero es extraña e incontrolable y fea y es entonces, quizá, hasta innecesaria. Me confunden las luces y las noches. Me pregunto qué es eso a lo que llaman tiempo. Él es así y únicamente así, no fue distinto. Y desconoce lo que será mañana. O lo que fue. Palabras inconexas. Sólo sé que aquí estoy y que a medida que puedo repetirme me tranquilizo y pienso que todo es así siempre. Palabras que no le representan más que un vacío angustiante.

Palabras que sí escucho pero que no concibo. Palabras que no puedo encontrar en lo aprendido. Por eso es que me gustan los sonidos. La música que lo contiene todo. A Él le gusta el sonido que se repite siempre. Cuando llueve es un sonido suave. Le gusta poner su oído a la ventana y escuchar repetirse el agua contra el suelo. Puede repetir el sonido. La música constante dentro de sí le dice cosas. Imágenes que no concuerdan con palabras. Palabras que no contienen las imágenes. Me desespera. Quiero seguir en mí, que nada cambie.

Es un discurso improbable. Una fantasía que se produce en una dimensión inexistente. Él no podría pensar lo que yo pienso, mas como "Yo" soy "Él" lo hago posible. Es un discurso carente de sentido pero es mi discurso. Bueno... el de Él. A través de mi voz podría, quizá, decir de su visión del mundo. De cómo los colores le fascinan y aterran, alternativamente. Que los rojos no son pasión ni encanto matutino sino una espesa sustancia pegajosa que no puede quitarse de la vista. Que el amarillo es tierra y el azul un recuerdo que no posee y que nunca fue suyo, pero existió en el tiempo. Un mundo de color distorsionado en su vibrar continuo, amenazante y rígido y, casi nunca, una caricia de color violeta. Un discurso improbable, pero ya que es ajeno, su existencia la obtiene de mi otro yo, que es Él y soy yo mismo. Sus palabras, que sólo son compuertas en un abstracto al que no tienen acceso los demás, pueden contar que sueño. No tiene fantasías. Pero cuando eso pasa, los sueños son la vida misma que se solidifican en un instante y aparecen cada noche ante Él, con un continuo balanceo improbable. Improbable. Como Él, como Yo. Sumergido en este paraíso interno, con límites impuestos por una imposibilidad de sustraerse a su aquí y a su ahora. Prisionero de un tiempo que no entiende. Lejano en su interior hasta de él mismo. Quisiera conocer lo que no existe. Quisiera prolongar su latido interior hasta el espacio que lo rodea y le presta una imagen alterna que lo oculta. Los objetos que mueven su destino, los inquietos objetos que le acosan y que Él quisiera a veces atraer o sentir o acariciar o amar o no sé cuántas cosas improbables, en este discurso que no es suyo. Objetos animados. —¿Como Él?— Si pudiera inventar una palabra, quizá hubiera escogido aquella que define su sensación íntima, que se supone no puede comprender. Yo sé que en este mi discurso improbable, la soledad no existe pero es. Dicen que no puede sufrir porque tolero con una mueca impávida lo

que destruye mi cuerpo (conocido), pero cómo llamarle a la distancia que aquí siento, dentro de mí. —¿Será así siempre?— Ya sé que siempre es otro de esos conceptos que no debo tener. Pero es éste un discurso improbable. —¿Será así siempre?— ¿Qué cosa es el destino?— Hay veces en que siento que al aceptar sus ojos en los míos fluye un poder oculto que despierta dentro de mí una necesidad de ser de otra manera. Y me duele. Y me angustia. Y yo quisiera que Él no sufriera. Pero sufre. Vuelvo entonces a mis giros, eternos y predecibles y torpes, pero míos. Giros que me contienen y protegen, círculos incesantes que no encuentran ni principio ni fin. Esferas de colores sin ayer ni mañana, sin rumbo y sin destino. Y a esperar, por alguna razón desconocida, que un día termine todo igual a como inició. Entre tanto mis vuelcos y rutinas y repetir constante me dan seguridad y trascendencia y puedo así dejar mi discurso improbable y contenerme en mí, lo que al final me otorga compañía. Bueno... a Él.



No existe un tratamiento curativo para el autismo, para el "continuum autista", en cualquiera de sus formas, o de hecho para cualquiera de las enfermedades que acompañan o producen el síndrome o los rasgos en sí. Sin embargo, hay una vastísima serie de procedimientos para lo que podríamos llamar el "manejo" del autismo. Entiendo por "manejo" todas aquellas actitudes, tratamientos, enseñanzas, consejos y procesos que se utilizan de una manera u otra en la búsqueda de una vida mejor, para el paciente y para su familia. Pocas entidades clínicas requieren de una dedicación tan abnegada, de una inteligente y experimentada actitud tera-

péutica, de una tolerancia a la frustración tan grande. Hay una multitud de acciones a tomar y en ellas han de participar la familia, la inmediata y la no tanto, el médico, el psicólogo, el pediatra, el dietista, el fisiatra, el maestro, los terapeutas de varias disciplinas. Casi me atrevería a decir que el manejo de un niño con autismo es una experiencia social en donde han de converger todos los miembros de su comunidad cercana. El trato, por otro lado, ha de ser singular. No hay dos niños iguales. De hecho no hay dos seres humanos estrictamente iguales. El manejo ha de ser personal. Lo que en uno es exitoso en el otro puede ser frustrante. Lo que en un grupo empeora a uno, en el siguiente puede ser favorable. Esto será de la misma manera para quienes los atienden. La complejidad del manejo hace al fenómeno, por lo mismo, sumamente difícil y costoso, y por la misma razón lo vuelve apasionante.

Los tres principios fundamentales del manejo son: un diagnóstico a tiempo, un personal experto y una continuidad que evite la búsqueda constante de experimentos nuevos y de esperanzas vanas. El diagnóstico temprano se refiere no solamente al problema específico de la conducta sino a la posibilidad de descubrir otras alteraciones que acompañan a los síntomas y que requieren de un manejo específico. Un buen ejemplo es el tratamiento dietético de algunos errores congénitos del metabolismo, como la fenilcetonuria, o la acidosis láctica, en donde el manejo temprano puede controlar los síntomas o, mejor aún, puede prevenir su desarrollo.

El manejo educativo y conductual debe prepararse con metas definidas. Es mejor el manejo en la casa que en una institución, aunque resulta difícil. La familia debe estar informada y para ello es indispensable tener reuniones, a veces prolongadas, para convertirla en parte integral del tratamiento. Todos, hermanos inclusive, han de participar y para ello es indispensable aceptar el problema y convertir el dolor en una motivación que los aliente. El ejercicio físico es deseable. El medio ambiente debe mantenerse constante y ser lo menos agresivo y peligroso posible. Volver rutina los eventos cotidianos. Formar parte de los rituales y a través de ellos buscar un cambio progresivo, metódico y muy lento. Ya mencionaba la importancia de la continuidad en el manejo. La educación centrada en las actividades de la vida diaria pudiera ser, acaso, un principio del desarrollo de habilidades posteriores que pueda dar origen a una posible capacitación para el trabajo. El manejo del autismo no es cuestión de aprendices, mucho menos de aficionados y de oportunistas. La experiencia es fundamental. Debe darse énfasis a la importancia de la formación de personal, académicamente sólido y emocionalmente apto.

El tratamiento considerado clínicamente como "médico" incluye al menos dos aspectos: la psicoterapia y la farmacoterapia. La psicoterapia analítica clásica no tiene lugar ni fundamento en el manejo de los niños autistas. No sólo ha demostrado su cotidiana inutilidad sino que hay reportes de efectos negativos. Otros tipos de psicoterapia, en el sentido

más amplio del instrumento, pudieran ser de alguna ayuda. Los adolescentes autistas que tienen un nivel intelectual alto pueden favorecerse de un intercambio de opiniones, con un terapeuta experto y muy consciente de su limitación, quien puede ayudar a que se acepten y manejen sus diferencias con el resto de su comunidad. Ya comenté que la terapia familiar es inútil, aun cuando el contacto con la familia ha de ser cercano, tanto para ofrecer un apoyo constante y una información oportuna, como para discutir algunos aspectos fundamentales del consejo médico.

El uso de los fármacos ha ocupado decenas de trabajos. No hay un fármaco útil para todas las ocasiones. No hay farmacoterapia curativa. Frecuentemente los medicamentos no dan los resultados esperados y a veces su efecto es paradójico. Jamás deben usarse como el manejo único y deben orientarse al combate específico de algunos síntomas. Cuando las crisis epilépticas forman parte del cuadro, la farmacoterapia antiepiléptica es habitualmente exitosa. Entre los fármacos que pueden utilizarse en el manejo del síndrome se encuentran la piridoxina y el magnesio suplementario, aunque desconozcamos su mecanismo de acción. Los neurolépticos, como el haloperidol, pueden ser útiles pero hay que cuidar sus efectos secundarios extrapiramidales. Los sedantes, y en particular las benzodiazepinas, como el valium, producen con frecuencia efectos paradójicos agravando las conductas de irritabilidad, angustia y autoagresión. Estos mismos medicamentos limitan aún más las posibilidades cognitivas. Su uso, pues, parece improcedente. El litio, particularmente en los adolescentes y en los adultos, y la fenfluramina, se han usado recientemente con entusiasmo pero con éxito de corta duración. La naloxona, un fármaco que bloquea los receptores opiáceos, se usó a raíz de que la posibilidad de un trastorno en esos transmisores se esbozó como una causa más del autismo. En algunos casos ha existido mejoría en el caso de la autoagresión pero no es constante su éxito ni hay suficientes estudios controlados. En su conjunto, los fármacos tienen un papel limitado pero eventualmente se puede encontrar un caso en el que coadyuven a mejorar un problema específico y de esta manera participen en el manejo integral.

Desde cualquier punto de vista, el pronóstico es triste. Una parte de los niños autistas, en especial los que unen su problemática a otra enfermedad, mueren en los primeros años. Los que sobreviven tienen una esperanza de vida ligeramente menor a la población en general. Respecto a sus posibilidades funcionales, la estadística muestra que 60% será toda su vida dependiente de los demás; esto quiere decir que es totalmente dependiente; el 25% lo es de manera parcial; sólo el 10% puede realizar trabajos (habitualmente protegidos) y contribuir a su manutención pero siempre serán considerados, de cualquier manera, "raros", sobre todo en lo referente a su interacción social. Se puede considerar que uno de cada veinte se ha curado, y no hay relación con ningún tratamiento específico determinante. Es una realidad



que el pronóstico es más favorable para los enfermos con cocientes intelectuales más elevados, y en quienes se han realizado diagnósticos más tempranos y tratamientos más constantes. La adolescencia es un periodo crítico y puede ser el momento en que se presenten más daños. Los adultos pueden permanecer autistas, ser pasivos, afectuosos y lejanos, o bien tener conductas aberrantes e hiperactividad mortriz. La enfermedad se manifiesta de maneras distintas con los años.

Nuevos métodos de estudio del cerebro, sobre todo aquellos que abordan la función integrada y su relación con el metabolismo celular, pueden ofrecer caminos que enriquezcan nuestro conocimiento de campos tan complejos como la relación entre la conducta, el medio ambiente, la célula y los circuitos neuronales. Nuevos conocimientos sobre el genoma humano (el autismo parece ser un problema privativo de nuestra especie) pueden esclarecer los componentes genéticos del mismo y quizá ofrecer una esperanza en la ingeniería molecular. En tanto que eso llega, los elementos que tenemos para la comprensión y tratamiento del autismo giran alrededor de nuestra capacidad de acercamiento a los complejos mecanismos bioquímicos y, sobre todo, a una profunda solidaridad humana con quien padece y con aquellos que padecen con él. Buscar las rendijas que permitan una luz que ilumine desde afuera. Una voz que trascienda la membrana. Una mano que ofrezca compañía a quien no sabe todavía que la requiere. Una actitud sensible, inteligente y enterada que busque comprender, en su silencio, a quien existe desde atrás de un niño apesadumbrado, lejano, solitario —sin saber que lo está—, y que de vez en cuando, logra fijar sus ojos en los nuestros, buscando una esperanza y ofreciendo su afecto. Bueno... el de "Él". ♦

Vltava



MIGUEL ÁNGEL FLORES

En esa orilla se agita el río. El cielo es gris
Pero el trazo de las fachadas anima la escena.
Una trabe ahí, un arco allá, la torre y la lanza con remate
de oro:

Son levadura del recuerdo.
Has visto la hora en la torre del reloj,
La campana que tañe el esqueleto:
Huesos que pule el tiempo.
Y el combate de los signos del zodiaco.
La torre abre los párpados,
Los apóstoles nos saludan y vuelven a sus sombras,
En sesenta minutos cumplirán su eterno retorno
Hasta que la noche sea toda la noche
Y las sombras resuciten puntuales
Y la oscuridad nos haga hermanos de nuestros temores.
Es como si la danza de la vida recibiera el elogio de la
muerte.

Tañe la campana el esqueleto,
La torre cierra los párpados,
La muchedumbre es lo mortal y se asimila a la oscuridad
de las calles.

Crecen tilos que velan el sueño del río.
Las jóvenes parejas olvidan el tiempo en prolongados besos.
El río arrastra el polvo de las promesas incumplidas.

Una corriente de luz es gemela del río.
Los cisnes buscan refugio,
Son embarcaciones flotando a la deriva.
Riberas de piedra,
Ensoñación del arquitecto,
Virtud del alarife.
El tiempo madura lo que un día fue fantasía.
Ángeles y arcángeles, santos y mártires,
Cariátides que llevan en vilo tanto artificio.
No prevalecerá el olvido:
La poesía de las piedras será eterna.

La garganta tatuada



ADOLFO CASTAÑÓN

Ya no sé cuántas veces he visto quemarse el alfabeto. En una chimenea ardiendo con periódicos, en aquellos crematorios al aire libre adonde llegaban en caravana camiones con libros de texto usados, en aquellos cigarros de marihuana que iba forjando un italiano con hojitas arrancadas a una Biblia. Al alfabeto, como digo, lo he visto incendiarse muchas veces. Yo mismo escribí cierto día un poema en la nieve y, luego, con ayuda de un poco de gasolina, fui incendiando cada una de sus palabras. También reduje a cenizas aquellas envolturas premonitorias de los chicles gitanos que traían escritas con “tinta invisible” vagas prescripciones para el porvenir. Ignoro, en definitiva, si en todos esos casos no actué movido por cierto afán de venganza contra los signos que, como un hierro ardiente, me fueron estampados en la garganta para obligarme a escupir letras. No ignoro que algunos fueron quemados en una pira hecha con sus propios escritos y que la historia no ha sido avara en bibliotecas incendiadas. Desde luego, no diré que aplaudo esos hechos bárbaros. Me limito a consignar mi pasión por el fuego. No creo engañarme. Tampoco pretendo sorprender a nadie. Me limito a hacer constar que las palabras producen quemaduras en ciertos casos y que el fuego, por decir así, tiene lenguas. Sería imprudente multiplicar los ejemplos sin necesidad y no voy a caer en la tentación de enumerar las órdenes que se clavan como espinas. Más bien debo traer al caso aquellas vocales constantemente repetidas en voz baja y que, después de años, florecen como una rosa incandescente entre ceja y ceja. Sin embargo, nada de esto se entendería si no evocara mi origen: —recuerdo, antes de nacer, el relámpago de unas miradas—, si no me apresurara a dar parte de un hecho ridículo pero que conmovió a mis parientes más cercanos y me granjeó para siempre sus burlas. A estas alturas resulta secundario saber si el acto fue o no intencional. Cierta Navidad quise incendiar la casa de mis padres y empecé por el Nacimiento. El resultado —no lo oculto— fue modesto. Unos reyes magos chamuscados, una virgen en llamas, San José negro, pero indemne, el portal en cenizas. El acto, al parecer, no tuvo mayores consecuencias. Ciertas inclinaciones no del todo explicables recuerdan ese hecho a mi paladar. Sólo puedo comer lo que hierve y, si arde, tanto mejor. No soy enemigo de los postres flameados y en los días de gran invierno agradezco, después del ayuno, un buen vaso de aguardiente. Entonces, las palabras salen naturalmente de mi boca y exhalo frases envueltas en un fluido en llamas. En esos momentos, mi discurso no produce esa penosa impresión de tartamudez que delata mi indecisión y que hace sentir a los demás que mastico las palabras antes de decirlas como si fueran piltrafas correosas o que las escupo como si fuesen las semillas de una fruta que no me resigno a compartir. No quiero abundar en detalles. Podría multiplicar los ejemplos y extenderme innecesariamente. Deben bastar, por el momento, estas observaciones. ♦

M I S C E L Á N E A

Lectura ideológica de Calderón. "El médico de su honra"

MARÍA ANDUEZA

La fascinación que la lectura de *El médico de su honra*, de don Pedro Calderón de la Barca, ejerció sobre José Amezcuea fue pronto obsesión que se impuso como "necesidad de búsqueda que, una vez alcanzada una certeza, parecía no satisfacerse y pedía siempre más" (p. 13). Esa atracción y deslumbramiento, fruto de una lectura, impulsó al autor a realizar una investigación exhaustiva sobre la famosa tragedia de Calderón, *El médico de su honra*, en un principio tesis doctoral en El Colegio de México con el título de *La esfera humana. Espacio y personajes en "El médico de su honra" de Calderón de la Barca*, que luego cambiaría por otro título "más general, que en definitiva, nombra mejor la inquietud que me hizo escribir el trabajo" (p. 14). Y así nace el sugestivo libro y ejemplar estudio *Lectura ideológica de Calderón. "El médico de su honra"* que publican conjuntamente la Universidad Autónoma Metropolitana y el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. El autor recuerda el primigenio carácter de tesis doctoral que tuvo el libro en sus comienzos y por ello justifica la abundancia de referencias cruzadas, citas y notas al pie de página, precisiones reiteradas y toda la erudición que conlleva este tipo de trabajos, lo que contribuye a dar gran solidez y consistencia al estudio de José Amezcuea.

El libro se halla dividido en dos partes. La primera: "El espacio y los objetos"; la segunda: "Los personajes". Ahora bien, si el autor ha dado preferencia a estos puntos entre otras muchas opciones, no ha sido por mero capricho elegido de manera arbitraria sino porque "ambas cuestiones resultan tan relevantes en el sistema, que su ligamen constituye un todo a explorar, tan importante como los otros niveles" (p. 15) que pudieran estudiarse como, por ejemplo, "la estructura de la acción dramática o

la del nivel lingüístico" (*ibid.*). La interpenetración de estas dos categorías —el espacio y el carácter de los personajes— parecería que se aleja de la lógica pues aparentemente no hay algún indicio que vincule estos términos. Sin embargo, José Amezcuea señala ponderativamente:

la imagen visual del teatro, con su doble representación de figura humana y escenario, ha sido determinante como intuición primera de un esquema dramático que resultaría central para conocer el teatro como sistema (*ibid.*)

ya que la indagación topológica del "espacio teatral revelaba su fuerza integradora como una demanda de examen y de reflexión sobre la teatralidad" (p. 16). Sucede que "los objetos, pero insólitamente también los personajes, daban en asimilarse a los conceptos espaciales" (*ibid.*); así "el topos dramático confería a la obra una atmósfera de irrespirable encierro" (p. 17). En *El médico de su honra* el espacio, la casa —territorio original del bien— se ha llenado de presagios funestos, de lugares de ignominia y envilecimiento. Por otra parte, la mayor frecuencia con la que se dan en la obra los espacios *cerrados* (jardines, interiores) frente a los espacios *abiertos* (el camino, la calle) determina la oposición que, según el autor, es reveladora de las ideas que sustenta la obra. En las casas de don Gutierre ocurren los acontecimientos más importantes de la trama. La casa es el sitio central de la obra. Hay que tener en cuenta también que, en el contexto de la época, la casa es el lugar asociado a la mujer (*casa-mujer*). Por el contrario, los varones entran y salen, van y vienen y transitan por los caminos. El honor halla su espacio en la casa aunque ésta se vuelva cárcel, lugar del crimen, donde se ventila la cuestión del honor. El sitio que sigue en importancia a

la casa es el palacio, morada del rey, presente también a lo largo de toda la obra, el sitio real por excelencia, recinto sagrado, emplazamiento donde se resuelven los casos de justicia. El palacio, en un principio espacio donde imperan la ley y el honor, se ha llenado también de nefastos augurios.

Los objetos son decisivos en el desarrollo de la trama. José Amezcuea llega a la conclusión de que en *El médico de su honra*, la *llave* no es tan relevante como la *daga*, la cual es objeto determinante en varios episodios importantes de la obra. Cuando don Enrique deja olvidada su daga en casa de doña Mencía, este descuido se vuelve clave de la infidelidad de la esposa a los ojos del esposo, don Gutierre. El *caballo* representa papel de primer orden en la tragedia: es un elemento del espacio exterior y confiere honda significación a ese ámbito. La *caza* será la noble actividad que se relaciona con el caballo y con el camino. El arte de cetrería, tópico frecuente en la literatura de los Siglos de Oro, era un recurso del que se servía ampliamente el teatro. Este tema de la cacería aparece siempre con fuertes implicaciones eróticas ya que el cazador —el amante— acosa en la presa a la mujer.

El estudio de los personajes nos traslada a la sociedad de los Siglos de Oro. El mundo representado en la obra de Calderón estaba regido por la autoridad de los varones de alcurnia (el rey, el marido, el seductor de linaje), pero "la voz de la razón, por tanto, no era de ellos" (p. 18). La injusticia cometida por hombres de la nobleza era ya bien conocida por el público del teatro español. Don Gutierre, el protagonista, toma la decisión de ser médico de su honra porque quiere curar su deshonor (que no existe). Totalmente ofuscado exclama: "Mira que médico he sido / de mi honra" (Esc.III) y se erige no sólo en juez de su honra sino también en ejecutor de la sentencia que su obcecación le dicta y que lavará su deshonor: matar a su esposa, la inocente doña Mencía. Con este fin, don Gutierre llama a un barbero, el sangrador, para que dé muerte a la honesta doña Mencía, de forma infame y sádica. Con este bárbaro acto, don Gutierre ("Médico de mi honra / me llamo, pues procuro mi deshonor / curar; y así he venido / a visitar a mi enfermo") presenta verdaderos indicios de disolución de la personalidad por efecto de la alternancia de papeles incompatibles: médico y tirano, enemigo de su

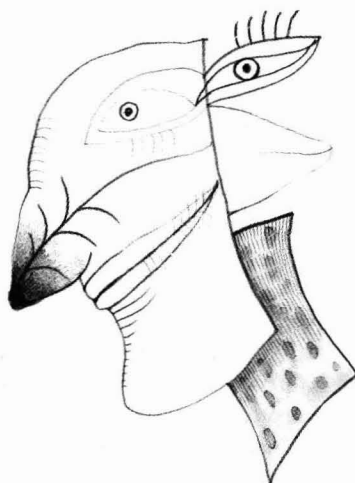
propia esposa, médico curador de su honra que permanece intacta (no cabe dudar del amor de don Gutierre por doña Mencía, solamente que en el proceso en el que se desarrollan los celos del personaje, junto a la exagerada idea del deber ser, está la necesidad de castigar a la presunta culpable), termina por señorear de tal suerte su espíritu que la esposa se convierte en enemiga, en un miembro enfermo que necesita ser amputado del cuerpo.

El ciego don Enrique, causante de la cadena de fatalidades, el infante seductor, aguarda para ejercer justicia ciega con su propio hermano y coronarse él como nuevo monarca de Castilla. Recordemos que la acción se sitúa en la época de Pedro I el cruel, y en la ciudad de Sevilla. Enrique fue el homicida de su hermano, el rey Pedro, en Montiel (1364). La relación de dominio es también causa eficiente de la fábula en *El médico de su honra*. El honor de doña Mencía queda en entredicho por la soberbia del príncipe frente al cual la mujer aparece como un ser indefenso. La injusticia había de parecer mayor a causa de la impunidad del agresor de linaje. Calderón de la Barca aleja de los hechos en las últimas escenas al infame seductor. El rey don Pedro el cruel, el justiciero, muestra celo paranoico por guardar el reino incontaminado de injusticia. Sin embargo, se advierte la perversión ideológica del sentido del poder real. Queda plenamente satisfecho al concluir el caso del crimen de don Gutierre pero deja impune el atroz asesinato de doña Mencía. Ciego para detectar el horrible homicidio marchará él, ciego, a la muerte fratricida. Coquín, el criado, el gracioso, la figura del donaire, la risa restauradora, llegará fatalmente tarde para obtener la ayuda para la víctima inocente sacrificada sin misericordia.

Por su parte doña Mencía comete imprudencias que dan ocasión para que su marido interprete mal sus acciones y muere también en un acto ciego, absurdo e inútil. La antagonista, doña Leonor, abandona la imagen convencional de la mujer resignada y sometida al varón, deja la reclusión para abrazar otra vida que considera valiosa y consigue su propósito de casarse con Gutierre y atarse al yugo del que pretendía huir —monstruoso convenio, presagio de futuras calamidades.

José Amezcua, al hacer la lectura ideológica del mundo de Calderón, ha tratado de calar en el sentido de ideología que define como “sistema estructurado por la cul-

tura que da cuenta del pensar sobre la sociedad” (p. 26), conjunto de creencias características de un grupo o comunidad. Calderón de la Barca en su tragedia tipifica la ideología de la época, fundamentada en la función simbólica de los ambientes y su texto se convierte “en una obra maestra de contestación social” (p. 19) de la España de los Siglos de Oro. El famoso dramaturgo español da auténtica respuesta a la sociedad de su época. Porque era necesario buscar un juicio sobre esta sociedad injusta en otros personajes muy distantes de la supremacía social “que confundía el entendimiento” (p. 18). Por ello pone de relieve voces como la de la mujer indefensa, doña Leonor, y el criado, Coquín, a quienes se les otorga la voz que antes de ser proferida, permanecía anulada; ellos desconocen el



miedo a la autoridad y acrecientan la fuerza de la conciencia opuesta a la del señor. Por supuesto que la sociedad que presenta Calderón de la Barca va regida por los imperativos del silencio, el miedo y el sigilo. La conciencia de culpa hace aparecer presagios funestos que crecen paulatinamente y llenan de prevención a los personajes, quienes para preservarse se esconden o se internan en la oscuridad, ceguera en la que viven privados de la luz de la verdadera razón.

El matrimonio de Gutierre y Mencía se ha constituido no sobre las bases del amor, ya que ha sido ordenado por la voluntad del padre, ajena al deseo de los contrayentes. No le interesa a Calderón de

la Barca rastrear el amor en *El médico de su honra*, más bien devela la perversión que contamina el amor y otras conductas transgresoras, el progreso degenerativo del amor, los imperativos sociales que adulteran el significado original de los sentimientos. La cadena de errores de los personajes —Gutierre, Mencía, Leonor, don Arias, el infante, don Pedro— ponen de relieve la irresponsabilidad aunque ellos pretendan ser responsables y humanos. Las figuras del poder (el monarca, don Gutierre), antes de ser fuentes de justicia verdadera, manifiestan claros rasgos de una perversa idea de dominio, complicidad en un hecho criminal, desbordante sentido de autoridad. La locura los encadena como seres tiránicos, enfermos por la idea de preservar el cumplimiento del deber, carentes de toda idea de misericordia para quien verdaderamente la merece.

El pesimismo de Calderón llega a límites intolerables de amargura pues no ofrece salida alguna para esta sociedad degradada en la que seres ciegos caminan y tropiezan sin poder alcanzar la luz y navegan a la deriva en un mundo sin esperanza. La imagen que acude una y otra vez a la mente del espectador es la del infierno al que se le ha negado toda salvación. Los personajes claman inútilmente para pedir ayuda al cielo ante la muerte inminente. Las conclusiones de José Amezcua son contundentes: “Dios está ausente de esta sociedad retratada por un escritor cristiano” (p. 321). Pareciera que la “Divina Providencia ha dado la espalda a estos seres violentos y ciegos” (p. 322), inmersos en una “fatalidad sin remedio” (*ibid.*). Calderón de la Barca quiere mostrar en *El médico de su honra* el precio que concede al libre albedrío del hombre al que no pone límites, al hombre que, cegado por sus violentas pasiones, elige por sí mismo el camino de su perdición. La libertad humana es el don precioso al que se inclina respetuosa la omnipotente voluntad divina. ♦

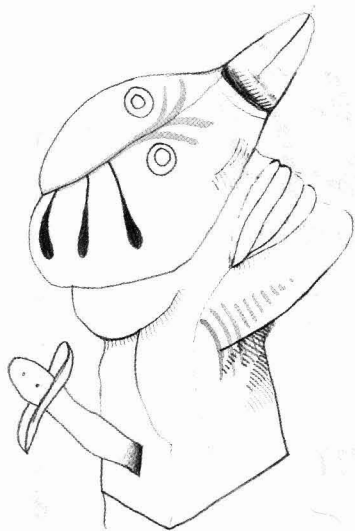
José Amezcua: *Lectura ideológica de Calderón. “El médico de su honra”*, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1991. 343 pp.

William Faulkner: en busca de una *anunciación*

LUIS MANUEL ZAVALA

Como toda *ópera prima* de un escritor consagrado, *La paga de los soldados* se aparece al lector como una invitación difícil de rehusar, sobre todo en el caso de alguien por quien se ha tenido desde siempre un especial aprecio. Casi puede escucharse un cosquilleo que recorre los sentidos y alcanza a rozar la conciencia. Curiosidad, morbo o interés, el deseo no puede resistirse; entonces sucede lo inevitable: abrimos el libro y empezamos a leer.

Un hilo intangible, poderoso y frágil se tiende entre los ojos y las ávidas palabras; aun la marcha empecinada del metro



parece espolear la lectura. Pienso que es irreverente leer a bordo de un tren cargado de contradicciones; pienso, más tarde, que tal vez sea el ámbito apropiado para acercarse a la obra de Faulkner. Más adelante descubro, inopinadamente aunque sin sorpresa, un punto de contacto entre los personajes y el lector, compartimos una misma empresa: hemos emprendido un trayecto en busca de una *anunciación*.

Después de cumplir el recorrido —404 páginas—, algo parece quedar en claro: los

resultados de dicha búsqueda son muy diversos. Preocupado por un tema que le atañe en lo íntimo (a uno de sus bisabuelos se le erigió un monumento por su valor; se había alistado como voluntario de la Real Fuerza Aérea Británica en el Canadá), William Faulkner nos muestra la suerte de los ex combatientes norteamericanos de la Gran Guerra, a través de las peripecias de tres personajes: el cabo Julián Lowe, el soldado Joe Gilligan y el oficial Donald Mahon. Su regreso de la guerra es eufórico, sazonado con un alto consumo de alcohol. Para sorpresa de Gilligan —los demás soldados lo conocían como Yaphank—, algunas personas que viajan con ellos expresan su molestia ante la creciente alharaca; no pueden comprender esa clase de recibimiento: ¿así se premia el heroísmo de los soldados de la patria?

Gilligan y Lowe andan a la caza de un gesto luminoso, un síntoma o un signo de reconocimiento, un anuncio de redención que logre sanar los horrores de la guerra. Pero la sociedad se muestra indiferente, incluso parece rechazarlos. Y es que se han alejado de lo civilizado; deben reconocer y someterse a una serie de códigos que ya les resultan extraños, una labor, al mismo tiempo, ética y semiótica: la vida social exige de ellos la eliminación de una serie de impulsos primarios despertados por los combates. Hay un episodio paradigmático, el tradicional *Baile de los jóvenes*. Por breves momentos constituidos en foco de atención, los soldados terminan por pasar inadvertidos a medida que se disipa la curiosidad de los otros. Ellos se muestran ajenos a los nuevos bailes cuyos pasos les resultan incomprensibles; como si no estuvieran presentes, convertidos en “flores de la pared”, se hermanan con las chicas a quienes nadie invita a bailar. El entusiasmo con que es recibido Gilligan por sus compañeros no hace sino acentuar su condición de seres marginales; agrupados en una especie de *gheto* se han convertido en extranjeros en su propia tierra.

Se pensaría que Donald Mahon corre con mejor suerte; aunque disminuido físicamente por las heridas de guerra cuenta con el apoyo incondicional de su padre y la decidida amistad de Gilligan y de una mujer, Margaret Powers, con quien contrae nupcias. Sin embargo, si ella lo acepta es solamente por misericordia, sabe que Mahon ha perdido la vista y que pronto morirá. Las palabras que martillea la mente de Emmy (antigua novia de Donald y después empleada de los Mahon) son por demás reveladoras: “¡Pero si es un muerto...” Margaret lo quiere pero de una manera impersonal. Desde la muerte de su primer esposo —en esa misma guerra— quedó prisionera de la imagen del combatiente desventurado, una imagen casi platótica que potencia la figura de Mahon, transformada en metáfora del infortunio. De ahí que ella no pueda corresponder al amor de seres concretos como Lowe o Gilligan.

Mientras Mahon adquiere definitivamente su imagen de un muerto en vida, Lowe y Gilligan —sobre todo el segundo— continúan sin conocer la gratitud o la recompensa de los *otros*; entonces deben seguir peregrinando en busca de la *anunciación*, de esa ciudad, mujer o amigo que los reconozca y termine por acogerlos como algo propio.

Falta comentar la otra búsqueda, la del lector. Puedo atreverme a afirmar que es más fructífera. Si se trataba de identificar un conjunto de elementos en los que se advirtiera la promesa de ese torrente narrativo que es la obra total de Faulkner, se ha cumplido con creces. Desde luego no comparto el juicio de José María Valverde (es una novela “pre-Faulkner”), y no lo comparto porque ya aparecen los rasgos definitorios de su estilo, en palabras del propio Valverde:

...no impone su persona como pequeño dios omnisciente, valorador de sus personajes y las acciones de su cosmos, sino sólo como instrumento de visión, aplicando los más finos matices líricos a un tono desprendido, impersonal.¹

En *La paga de los soldados* ya tenemos a un narrador instalado a sus anchas en el llamado *estilo indirecto libre*, lo que le permite acceder al punto de vista de cada personaje y, de esta manera, ofrecer en bruto las experiencias al lector.

¹ De cualquier manera, el estudio de Valverde sobre Faulkner es francamente lúcido, *Historia de la literatura universal*, vol. 3, *Del romanticismo a nuestros días*, pp. 439-444.

Podríamos simplificar la fórmula de Faulkner: subjetividad, a través de los apuntes del narrador que otea detrás de los personajes; objetividad mediante el desplazamiento del punto de vista. Pero la objetividad no puede ser plena, ya que la percepción de los personajes se tiñe por la manera en que reaccionan ante los hechos que los envuelven; en esto, según Claude-Edmonde Magny, radica la "sagrada atracción" que ejercen las novelas de Faulkner.² Debido a esa mirada que reacciona, un personaje, Robert Saunders hijo —inocente por su corta edad— puede resultarnos molesto, ya que lo percibimos por medio del desasosiego que su inquieta curiosidad provoca en los adultos. Otros efectos, no menos importantes, se desprenden de este tipo de narración: a) siempre vemos a los personajes por vez primera, b) estamos imposibilitados de conocerlos cabalmente.

Condenados a permanecer en la penumbra, los personajes se nos escapan; se escabullen como la atractiva Cecily, quien ambiguamente se ofrece y se niega a los azorados hombres. Quizá el único medio

de acercarnos a ella lo proporcione la metáfora progresiva que va construyendo el narrador hasta identificarla con un álamo estático y vano (los *flash backs* iluminarían más sus motivaciones que su conciencia). Si ya Cecily Saunders es un personaje faulkneriano, más lo es Januarius Jones, "que naciera descuidadamente quién sabe de quién". Feo, corpulento y lascivo, prefigura al Popeye de Santuario. Sus "ojos de chivo" pregonan su descomposición moral, pero a diferencia de los soldados encaja mejor en la vida de Georgia: todos lo desprecian y sin embargo todos lo toleran, es como excrecencia que no pudieran eliminar.

No obstante la presencia vigorosa de elementos decididamente faulknerianos —estilo, composición, algunos personajes—, en otro sentido, *La paga de los soldados* sí sería una obra "pre-Faulkner". Ante todo lo sería por la mirada, lejos todavía de la ironía acerba (sólo cuando se dirige hacia Januarius Jones se torna despiadada). Creo que Faulkner simpatizaba con los soldados y se hace solidario de su destino, tanto que por momentos la historia roza el melodrama; sobre todo en la relación entre Gilligan y Margaret Powers. Si no se sostiene un

tono melodramático es porque hay un desplazamiento del punto de vista del narrador. Por otra parte, es la mirada de alguien que no ha cumplido los treinta años; aún faltan muchos años y muchos litros de alcohol para que pueda arribar al desencantamiento.

La fortuna acompaña al lector; él sí encuentra la *anunciación* anhelada, suficientes indicios luminosos de lo por venir, como algunas imágenes y comparaciones espléndidas: "La tarde agonizaba en las calles, como una mujer recientemente amada." "La penumbra era un sueño de tiempo detenido, que un pájaro trataba de deshacer..." En *La paga de los soldados* no todo es brillante, existen desniveles; no es, como dice Borges a propósito de *The Unvanquished*, uno de esos "libros que nos tocan físicamente como la cercanía del mar o de la mañana". Tampoco amerita la "sagrada atención" de Magny. Sin embargo, ya es, sin duda alguna, una obra con el estilo característico de William Faulkner; por tanto, merece del lector una atención humana, profundamente humana. ♦

William Faulkner: *La paga de los soldados*, Col. Los placeres y los días, Aldus, México, 1993. 404 pp.

² Óscar Tacca, *Las voces de la novela*, p. 146.

La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA

NÚMERO 291

MARZO DE 1995

Manuel Gutiérrez Nájera
1859-1895

♦ ♦ ♦

Textos seleccionados y presentados por
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ



Lucha y resistencia: historia de los indios en México

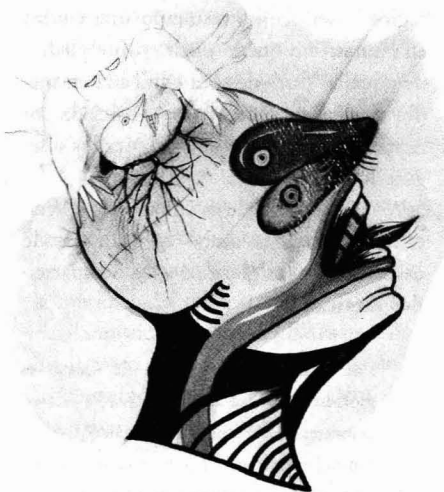
ARTEMIO LÓPEZ QUIROZ

Más que el conocimiento, o que la conciencia poseída en torno a los sucesos históricos del país, ha sido la pura simpatía, la natural conmiseración de los seres humanos ante el sufrimiento de sus semejantes —máxime si se trata de individuos marginados por una sociedad clasista como la nuestra—, lo que nos ha impulsado a inclinar la balanza de nuestras simpatías en favor de aquellos que, por una u otra razón, han levantado su voz o tomado las armas para reclamar un derecho inveterado, una justicia no ejercida, desde hace siglos, sobre sus comunidades. Ocasión muy propicia es ésta que nos ha ofrecido el pueblo de Chiapas —o, si se prefiere, una fracción todavía escondida bajo el velo (o el pasamontañas) del anonimato, independientemente de los móviles que hayan impulsado la “insurrección”, o de los intereses económicos y políticos que pudieran ocultarse en la selvática geografía del sureste del país—, para reflexionar sobre los problemas que han ofuscado a nuestras comunidades indígenas desde la conquista hasta nuestros días, y para transformar esa actitud puramente conmiserativa en una indignación que, si bien nacida de un impulso humano justificable, esté también sustentada en el conocimiento de nuestro pasado histórico.

Silvia Soriano Hernández, en su libro *Lucha y resistencia indígena en el México colonial* (1994), nos ha obsequiado con una investigación suficiente y comentarios certeros en torno a los levantamientos que las etnias —o lo que quedó de ellas— han protagonizado a lo largo de quinientos años, a causa de la opresión de que han sido víctimas. Partiendo de una base histórica, Soriano Hernández analiza las causas que dieron lugar a la actual marginación indígena, desde las “relaciones de producción y explotación” que unieron a los recién llegados españoles peninsulares con los habitantes naturales de las tierras ame-

ricanas, hasta las rebeliones en que desembocó la situación forzada en que se vieron inmersos los grupos étnicos del país.

Tomando como punto de referencia el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo o, mejor dicho, la implantación de las instituciones peninsulares en tierras americanas, junto con la compañera indispensable del imperio, la religión, se puede llegar a comprender la situación de los grupos marginados.



En efecto, los españoles, que veían en el Nuevo Mundo “un recurso gratuito que les donaba el cielo”, redujeron a sus habitantes al ámbito de la encomienda y del repartimiento; este último convirtió al orgulloso tenochca en un simple minero, malacatero, faenero, recogedor o rayador, con bajas remuneraciones desarrollando una de las principales actividades económicas de la Nueva España: la minería. A su vez, la explotación de la riqueza mineral trajo consigo graves consecuencias; por un lado, sometió a los indígenas a un trabajo

excesivamente arduo en el que su salud y su vida se ponían en peligro y, por otro —como señala Soriano Hernández—, “en el norte las minas dieron nueva geografía a la región y los grupos nómadas fueron transformados (o aniquilados), a beneficio del conquistador-colonizador, que buscaba los metales preciosos”. Ésta fue, sin duda, la causa principal por la que el número de indios disminuyó considerablemente con el paso de los años y, también, el motivo de una “fuerte rebelión” que, en las postrimerías de nuestro siglo, comienza a renacer. La economía novohispana estuvo, pues, fundada en el despojo material y el desconocimiento de los derechos concedidos por el antiguo régimen; de esta manera, ante la llegada de los conquistadores —“aventureros ávidos de riquezas fáciles”, según el fallo de Soriano Hernández—, los sacerdotes, los pochtecas y los guerreros, castas privilegiadas por el tipo de sociedad jerarquizante que distinguió a las antiguas civilizaciones americanas, se confinaron en un plano de igualdad forzada; si bien con la excepción de los caciques, indios que se mantuvieron en una zona de privilegio, intermediando entre el conquistador y el conquistado, se abolieron las concesiones de que hubiera gozado cualquiera de estas jerarquías antes del arribo de las huestes cortesanas, junto con los títulos de propiedad expedidos por el gobierno anterior. “Las haciendas —dice la autora— se fincaron sobre antiguas comunidades de indios, de tierras que les fueron arrebatadas.” El cacique cumplió para los españoles un papel fundamental; además de su utilidad como emisario entre él y su trabajador o esclavo, convenía mantener a alguien de la misma raza, adaptando así su nuevo sistema a otro ya establecido; de allí la necesidad de conservar la existencia de gobernadores indios. La división de clases, como puede notarse, no fue sólo una relación de desigualdad entre españoles (explotadores y dueños de los medios de producción) e indígenas (trabajadores con bajos salarios o en situación de esclavitud), sino también entre estos últimos; gracias a la oportunidad de intermediación que ofrecían a los caciques, algunos de ellos se ladinizaron (adoptaron costumbres, lengua, religión, etcétera, propios de los peninsulares) y formaron además una clase social más o menos acomodada en relación con el resto de los naturales.

Esta división de clases, aunada a los distintos modos de vida y a la gran varie-

dad de razas que florecieron en Mesoamérica, impidió la formación de una verdadera nacionalidad y trajo consigo la marginación y el abandono de quienes, sin poseer recursos para ello, no pudieron sobresalir económicamente y sufren, ahora, carencias que les impiden subsistir desahogadamente. Las comunidades o “naciones” —si partimos de la definición de Stalin, citada en el texto—,¹ en tanto que centros de sí mismas, formaron pequeños segmentos en la periferia de una sociedad que nació a partir de la invasión europea; se volvieron parte de una sociedad “multiétnica” y obstáculo a vencer para consolidar la unidad nacional.

No obstante los dictámenes de los reyes españoles, que en diversas ocasiones ordenaron el fin de la encomienda y de los tratos excesivos, estos “conquistadores-colonizadores” se refugiaron en el “obedézcase pero no se cumpla” que hizo que la Nueva España, a la larga, quisiera alcanzar su independencia bajo el mando de los criollos. El empeño de misioneros como fray Bartolomé de las Casas, en una empresa que tenía como fin aparente consolidar la religión cristiana como única y verdadera, se vio frustrado y mereció las críticas de quienes no salieron beneficiados. Recordemos, además, que el cristianismo fue una de las armas de las que los españoles se sirvieron para añadir nuevos territorios a la corona. La Contrarreforma hizo que la iglesia ortodoxa cuidara sus dogmas más que nunca y sentenciara a todo aquel que simpatizara con las nuevas ideas; ¿cómo, entonces, no tratar con todo rigor a quienes, no obstante haber sido evangelizados por Santo Tomás (identificado y confundido con Quetzalcóatl, sacerdote que había logrado ensalzar la toltequidad en grado sumo), no ocultaban sus tendencias “salvajes” y adoraban a “demonios” como Huitzilopochtli, Coatlicue o Tezcatlipoca? La cruzada por la salvación de las almas constituyó un espléndido pretexto para alcanzar la dominación del Nuevo Mundo.

Es una lástima —dice Soriano Hernández— que esos misioneros viniesen sólo a

salvar almas y no se ocuparan de los cuerpos, bajo el pretexto de ganar almas para la vida futura, la vida presente se les podía ir y salvo contadas excepciones el clero fue cómplice en el etnocidio realizado por los españoles; quizás su lógica era apresurar a las almas de los nativos para que llegaran al cielo.²

Fueron las ideas sobresalientes en aquel tiempo las que se impusieron no sólo al imperio español sino también a todo aquel territorio que estuviera bajo su mando, puesto que “las ideas dominantes de determinada época son las ideas de la clase dominante” de ese mismo lugar histórico. La imposición de una nueva religión fue, sin duda, uno de los puntos más dolorosos para los indígenas: el templo, dedicado otrora a los dioses de la lluvia o de la guerra, quedó aplastado bajo la inmensa mole de una catedral que significó el inicio de una nueva era: la de la sumisión.

El amanecer colonial estuvo teñido de un rojo intenso. El enfrentamiento del rey “más poderoso de la tierra”, a decir de sus súbditos, con el “más poderoso de la región”, dejó como resultado una ciudad en ruinas; “no quedó piedra sobre piedra” de aquella “flor” de roca edificada en medio de un lago esplendoroso. Iniciada por Alvarado —“español sin escrúpulos”, según lo llama Soriano Hernández—, que aprovechó el viaje de su jefe Cortés a Veracruz, la matanza acabó con un pasado excelso y a la vez glorificó a los desaparecidos mexicas:

...si el ataque del ejército de Cortés es glorioso —cita la autora a Riva Palacio—, la resistencia del caudillo de México [Cuahtémoc] es heroica... Los mexica resolvieron que querían más morir que hacerse esclavos de los españoles y así quedó concluido que era mejor morir... Borráronse entonces las diferencias de clases, y lo mismo el macehual que el sacerdote, todos peleaban unidos por la patria.

Acostumbrados como estaban a dominar, los antiguos mexicanos prefirieron

ver su ciudad en ruinas antes que vivir esclavizados por extraños. “Tras setenta y cinco días de sitio” y de la derrota de los aztecas, dio inicio el régimen colonial; sin embargo, no acabaron allí el asecho ni las hostilidades: al norte del país quedaban grupos de “bárbaros chichimecas” que causaron estragos durante mucho tiempo a virreyes como Antonio de Mendoza. Fue en 1591 cuando, gracias a métodos más persuasivos (a través de los misioneros), dio inicio su relativa pacificación. Sin embargo, no fueron sólo los chichimecas quienes protagonizaron las rebeliones; debido a la sobreexplotación, lo más lógico era que el resto de las etnias, incluso los aliados “tlascaltecas amigos”, se resistieran y, en varias ocasiones, terminaran revelándose contra su explotador. Los caciques, si bien hubo ocasiones en que trataron de unirse para acabar con el dominio peninsular, las más de las veces sirvieron a los españoles para controlar las insurrecciones; fueron, pues, un arma eficaz contra las revueltas. Lo mismo sucedió con los sacerdotes: desposeídos de su antigua investidura y suplantados por los frailes, no pocas veces encabezaron estas luchas de resistencia e inconformidad.

Sin duda alguna —señala Soriano Hernández—, una de las rebeliones que mayor impacto y trascendencia tuvo, es la rebelión de Mixtón (también conocida como la guerra de Jalisco, la guerra de los peñoles o la rebelión de la Nueva Galicia), ocurrida en 1541.

Tras ésta, empero, existe una lista interminable, que Silvia Soriano Hernández nos ofrece en una “Cronología de las rebeliones y resistencia” surgidas por distintas causas y en diversas circunstancias: trabajo excesivo, tratos inhumanos, sometimiento religioso, marginación, etcétera. Ello ha significado en la historia de nuestro país una interminable cadena de violencia moral; de fuertes enfrentamientos, en los cuales los grupos étnicos han obtenido la peor parte, una historia —como apunta Soriano Hernández— “de lucha y resistencia en la que los indígenas de México aún no han puesto el punto final”. ♦

Silvia Soriano Hernández: *Lucha y resistencia indígena en el México colonial*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1994. 385 pp.

¹ “Nación es una comunidad estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura.”

² Si bien es cierto que la religión fue utilizada para fines de represión y la Iglesia poseyó, también, muchas riquezas, no debe caerse en excesos que deformen su presencia en las tierras hasta entonces inhóspitas; el refrán atribuido a los franciscanos, “donde no hay plata, no entra el evangelio”, me parece uno de ellos.

La copa derramada: aproximaciones heterodoxas a la obra de Sor Juana Inés de la Cruz

GABRIELA VALLEJO CERVANTES

La figura de Sor Juana Inés de la Cruz siempre ha provocado miradas inquisitivas, fascinadas ante la perspectiva de saber cómo fueron los laberintos que formaron su vida y la llevaron a la corte para, finalmente, abrazar las órdenes religiosas y dedicarse a actividades intelectuales antes que claudicar. Su obra enmascara un mundo inescrutable e hipotético de su vida privada: existe una continua evaluación de las pistas sobre su sexualidad, sus conflictos internos y los conflictos con la ideología de su siglo. Al cumplirse este año el 300 aniversario de su muerte las preguntas siguen en el aire, impulsándonos a investigar nuevas rutas de acceso a la vida y la obra, tan indisolubles, de la monja novohispana. Un camino sin duda singular es el libro de Sergio Fernández, *La copa derramada*. Partiendo de un conocimiento amplio del siglo XVII y del mundo barroco (es autor, entre otros, de los libros *“Los sueños” de Quevedo, Ensayos sobre literatura española de los siglos XVI y XVII y Las grandes figuras españolas del Renacimiento y el Barroco*), Sergio Fernández se entrega a un trabajo ensayístico de introspección alrededor de los *Sonetos de amor y de discreción* (dedicados a la virreina, la señora de Paredes). Sor Juana se desdobra en un narrador que explora, en 22 sonetos, las ambigüedades del sentimiento amoroso en sus correspondencias y relaciones. El juego oscuro del amor se proyecta, en el terreno literario, primeramente en los arquetipos de la tradición poética, vigentes desde el neoplatonismo; en un segundo nivel, penetra en los vericuetos formados por la pasión y el deseo sexual, hasta llegar al deseo de conocimiento, constante en la obra de Sor Juana.

Tomando como hilo de Ariadna la “Qábala” y algunos arcanos del Tarot, Sergio Fernández (enmascarado él mismo con la personalidad hipotética de Sor Juana) inicia un viaje de exégesis personal alrededor de la tesis del mito del eterno retorno; retomando a Mircea Eliade,

existen concepciones ontológicas primitivas en las que ‘un objeto o un acto no es real más que en la medida en que se imita o se repite un arquetipo’. Así la realidad se adquiere únicamente por repetición. Todo lo que no tiene un modelo ejemplar está ‘desprovisto de sentido’, es decir, carece de realidad.¹

Los paradigmas y arquetipos que pueden estar presentes en los sonetos, además de los temáticos y formales, son los de la tradición ocultista que desde el Renacimiento (e incluso antes) han provisto un puente de relación entre los autores más disímiles: desde Dante hasta Tirso, pasando por la mitología centrada en la leyenda del Santo Graal. La “Qábala”, representación del eterno retorno, es un movimiento de mística religiosa que ha existido desde la época talmúdica hasta nuestros días, debido a lo cual se poseen alrededor de trescientos textos místicos impresos, entre los que se encuentran los escritos de los antiguos cabalistas españoles. Como un sustrato de conocimiento de contracorriente, la mística judía pudo contribuir o influenciar la mística cristiana del Renacimiento y del Barroco, y de ahí llegar a Sor Juana en su inquietud de conocimiento. Después de todo, dice Gershom Scholem,

el consenso de la opinión cabalística considera que el camino místico hacia Dios es el reverso del proceso por el cual nosotros emanamos de Dios. Conocer los estadios del proceso creador significa conocer también los estadios de nuestro retorno a las raíces de la existencia.²

La copa derramada es el ejercicio donde se intenta dar forma a esta especulación: es

un viaje lúdico a través de lo literario, que toma como eje comparativo el árbol sefirotal (las séfiras —palabra que significa “esferas” o “regiones”— como intermediarias o emanaciones de lo divino), desde Malkuth (el Reino del hombre) hasta Kether (la Corona), donde se asienta la divinidad. Si tomamos como punto de partida lo que dice Harold Bloom (“todas las categorías qabalísticas de la emanación son al mismo tiempo teorías del lenguaje”),³ o lo que dice Gershom Scholem (“el Dios que se manifiesta es un Dios que se expresa”),⁴ lo que implica que las séfiras son lenguaje), el encuentro con los sonetos de Sor Juana es el espacio por el cual se puede entrever el fenómeno complejo de la creación y de la creación poética a través del poder de la palabra. En un campo tan amplio, profundo, oscuro e indiscernible como el mar, Sergio Fernández toca algunos puertos en su trayectoria: la tragicomedia de Calixto y Melibea, las novelas de Cervantes, las vanguardias literarias, haciendo un sinfín de relaciones a través de sus coincidencias estructurales, de sus “esquemas geométricos” a la manera de los cabalistas. En un *juego* de espejos con los *Sonetos*, aparecen y desaparecen, como en acto de prestidigitación ante un lector pasmado, las entretelas ocultas en los poemas: el sexo social arquetípico y el sexo íntimo, el eros pasional que se expresa pero nunca deja su ambigüedad y la presencia del Andrógino en la figura de Sor Juana, a la vez personaje y constructora de sus objetos verbales.

Tanto *La copa derramada* como los *Sonetos* aquí estudiados invocan necesariamente el trabajo de una tercera parte ya implícita en el texto: el lector, que se involucra con la obra y la interpreta a la luz del campo del silencio; de aquello que *no se puede decir*, del que habla Octavio Paz en *Las trampas de la fe*,⁵ de un conocimiento atrapado en las limitaciones de la forma o de la expresión. Este libro, sin duda heterodoxo, de Sergio Fernández es una abertura fantástica por la cual los lectores pueden penetrar y ser tentados por la gran riqueza interpretativa que subyace en la obra de Sor Juana. ♦

Sergio Fernández: *La copa derramada*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1992. 206 pp.

¹ Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno*, Alianza Emecé, Madrid, 1982, citado por Sergio Fernández, p. 43.

² Gershom Scholem, *Las grandes tendencias de la mística judía*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1993, p. 29.

³ Harold Bloom, *La Kabala e la Tradizione Critica*, citado por Sergio Fernández, p. 41.

⁴ Citado por Sergio Fernández, p. 41.

⁵ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, Fondo de Cultura Económica/Círculo de Lectores, 1994, p. 22.

Chiapas, visiones al origen

CARLOS ENRÍQUEZ VERDURA

El México de mis recuerdos era aquél en donde todo parecía que funcionaba, todo parecía mantenerse en calma y el progreso —simulado y recreado por pantallas de televisión— no dejaba lugar a dudas del México del mañana. Sin embargo el México de mis recuerdos era sólo eso, un México que con el recuerdo sacrificaba parte de la verdad, que a la luz de la nostalgia se olvidaba de sufrimientos y de realidades menos afortunadas. Hace más de un año que ese México dejó de ser de los recuerdos para ser el México de los presentes insuperados y los agravios merecidos.

Parecía —y ahora nos lo parece más— que a partir del 1° de enero de 1994 la realidad se tiñó de otro color, pero olvidamos que la realidad no cambió de un día para otro, eran tan sólo nuestros ojos los que no querían o no podían verla.

El levantamiento armado en Chiapas puso en tela de juicio el presente y el futuro de este país y demostró que detrás de las pantallas y los diarios hay un mundo —igual que el “primer” mundo al que aspiramos— que, cansado de dislocaciones y corrupción, hambriento o manipulado, sediento o ideologizado, habló y nos recordó al México de mis recuerdos más añejos, aquél de colonialismos insuperados y persistencias antidemocráticas.

Las explicaciones del conflicto chiapaneco y de todo lo que ello develó son muchas —aun cuando en un principio los medios y algunos intereses se esmeraron por simplificar el problema y hablar de intervenciones extranjeras, líderes caducos con aspiraciones maoístas, o de la vieja historia del indígena frente al cacique. Sin embargo, la realidad ha demostrado que (como sucede siempre que se aspira a conocerla), el problema es mucho más complejo, incluye a muchos más actores y pone de manifiesto muchas más carencias que la “simple” escasez de bienes materiales.

Y es precisamente al estudio de esta serie de interrogantes, al esfuerzo por proponer explicaciones y a la búsqueda de soluciones a lo que se aboca el libro que tengo en mis manos: *Chiapas: los problemas de fondo*, compilado y presentado por David Moc-

tezuma Navarro, y que cuenta con la colaboración de varios especialistas en diversos temas que van desde la antropología social hasta la política; desde el estudio de la salud hasta el estudio de los suelos; desde la ecología hasta la iglesia.

A diferencia de otras muchas publicaciones que descubrieron a Chiapas apenas después del 1° de enero de 1994, el presente volumen demuestra el enorme trabajo de especialistas que habían descubierto Chiapas y sus profundos conflictos desde mucho tiempo atrás. El propósito fundamental de este libro no es el de brindarnos la noticia inmediata sobre los últimos acontecimientos sino “ofrecer al lector, opiniones y análisis de investigadores que conocen, a veces en carne propia, la realidad chiapaneca”.

Quizás un mejor título para este esfuerzo compartido sería: “¿Por qué Chiapas?” o “¿De dónde Chiapas?”; las respuestas, o al menos varias pistas, para este laberinto dantesco las podemos encontrar en sus páginas.

El libro es atinado porque presenta una perspectiva multidisciplinaria, como multidisciplinarios son el quehacer del hombre y los mecanismos de la realidad. Este fin de siglo demuestra que las explicaciones meramente políticas, económicas o culturales nunca abarcan realmente la complejidad de la verdad. Chiapas es parte de esta verdad a la que debemos aspirar; por lo tanto, una visión más amplia y que contemple más elementos será siempre más veraz, más explicativa, mejor. En esto está de acuerdo Lourdes Arizpe, colaboradora del libro, quien sostiene que

el levantamiento armado del EZLN fue una sorpresa para quienes piensan que el desarrollo tiene que ver únicamente con crecimiento económico y no con un proyecto nacional, ética, cultura y un sentido de pertenencia que otorgue dignidad, identidad y valores compartidos.

En los trabajos que compila David Moctezuma Navarro existen ciertos hilos conductores que conviene destacar. Por un lado, está el problema central de la crisis chiapaneca: la falta de tierras con el consecuente minifundis-

mo, peonaje y migración —destacan aquí los trabajos de María Fernanda Paz y Margarita Nolasco. Sin embargo también es un común denominador en los trabajos presentados el hecho de que no se trata sólo de un problema de “indígenas” (tzeltales, tojolabales, tzotziles, etcétera) contra “ladinos” o mestizos sino que se trata de un problema de indígenas contra indígenas, ladinos contra indígenas y ladinos contra ladinos —Rosalba Aída Hernández Castillo, María del Carmen Legorreta Díaz, Xóchitl Leyva Solano y Pablo González Casanova Henríquez son quienes más lo subrayan. Por último, todos coinciden en afirmar que la pobreza por sí sola no es la causa de los levantamientos y que es necesaria una ideología detrás, más o menos justificada, más o menos estructurada pero indispensable —ya sea la iglesia y la fe, como lo subraya el estudio de Vicente Godínez Valencia, o la ideología del “no futuro”, como la describe María Herlinda Suárez Zozaya. Por último, los trabajos de Julio Moguel y de Adalberto Saldaña están al final del libro, y no por casualidad sino porque lo estudiado a fondo por ellos son los orígenes sociales, políticos e históricos del EZLN, que supone el extremo del libro, en todos los sentidos.

Los estudios aquí presentados demuestran que en Chiapas se han dado todas las condiciones para que se establezca un círculo vicioso que es necesario romper, y que el levantamiento armado fue un intento desesperado por hacerlo. Es curioso que cuando uno termina de leer un libro como éste la pregunta que se hace no es ¿por qué Chiapas? sino, ¿por qué hasta ahora?, y parece que esa misma pregunta se la plantean varios de los colaboradores y su respuesta es, de alguna manera, el tono del libro. Tenían que converger varios factores, actores y tiempos para que el intento por romper el círculo vicioso se diera como se dio.

En lo personal no apoyo la violencia; sin embargo, en el conflicto chiapaneco y en el tiempo mexicano que le tocó vivir queda siempre la pregunta de si había o no otro camino. La respuesta está en el pasado pero el problema sigue presente, y serán necesarios muchos estudios como éste para poder entender mejor la realidad de México y aspirar a soluciones más completas, a soluciones que tomen en cuenta los más de los quehaceres del hombre y a los más de los hombres. Enhorabuena por estos esfuerzos compartidos y comprometidos con la verdad. ♦

David Moctezuma Navarro, comp.: *Chiapas. Los problemas de fondo*, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, México, 1994. 167 pp.

San Juan de la Cruz, los pájaros y la Dama de las dos sílabas

RUXANDRA CHISALITA

Uno de los más logrados lenguajes literarios contemporáneos es sin duda el de la novelística de Juan Goytisolo, autor controvertido que abandonó la España franquista para radicar en París y Marruecos, donde practica las libertades de una vida barroca, deudora de las raíces árabes reconocibles en la cultura hispánica. Novelista y ensayista que ha construido en diversas novelas un ámbito y una voz que dialogan con la cultura árabe, en *Las virtudes del pájaro solitario* (1988) fusiona aspectos ya abordados anteriormente —barroco hispánico, homosexualismo— con la preocupación generalizada de los noventa, el sida; aquí el narrador oscila entre el recuerdo de su iniciación en la homosexualidad; un estadio donde una milicia sanitaria concentra a quienes se han contagiado del virus del sida y la sustancia pecaminosa intuida en los versos de San Juan de la Cruz, recordados en diferentes momentos de la novela.

El seminarista o la seminarista, el Archimandrita o la Archimandrita, el narrador o la narradora arropada en floridas telas de colores y zapatos excéntricos de *travesti* recuerdan a las personalidades versátiles, mutantes, proteicas de los libros de Sarduy. La referencia a San Juan se enlaza con “esa cámara negra de la alhama que todos los sentidos suspendía y en donde se guardaba entero el hincón o amarradero de nuestras ansias”; es decir, con las celdas orgiásticas de la clandestinidad homosexual. Para Goytisolo, escribir es un acto sexual solitario que conjunta la vivencia con la lectura selectiva: así, el apasionamiento por el erotismo árabe —erótico, como todo lo desconocido— coincide con la vivencia a su vez erótica de los místicos árabes y cristianos, identificados mediante las coincidencias literarias que, antes que formulaciones nuevas de viejas lecturas, son transcripciones del acto sexual, escasamente veladas.

El ámbito de lenguaje que Goytisolo recrea afianza literariamente un ámbito poético —es decir, puramente sexual—, donde confluyen las *Soledades* de Góngora, los versos del místico español y de místicos o poetas islámicos: Ibn al Farid (“Al Jamriya”), Mawlana (“Odas a Chams Tabrizi”), Al Attar (“El lenguaje de los pájaros”), citados por el autor. Como en otras ocasiones, el rompecabezas de la novela se inicia con la inmersión en la

pesadilla de la nueva plaga y la escritura del *Tratado de las propiedades del pájaro solitario*, que señala la salida a la superficie y a la sobrevivencia. La identificación con los otros visitantes frecuentes de la alhama —el núcleo secreto, la cámara negra— propicia la asimilación de la pesadilla colectiva de la persecución, el aislamiento en el *ghetto* de un balneario o de un estadio, y finalmente el descubrimiento de los momentos anteriores a la plaga, los arrebatos carnales del misticismo.

El libro abunda en

pasajes y pasajes de belleza enigmática, incoherencia reveladora de la ebriedad y consumación gozosa del alma, entronque esotérico con la cábala y experiencia sufi, audaz apropiación del Otro en el verso Amada en el Amado transformada.

La nueva y la vieja textura del amor sexual sólo exigen el cambio de indumentaria y la ardua reincidencia en la heterodoxia: en la “sinuosa coyunda de enamorados”, llámese “alquimia, dilatación, calor, goce, luz, anodamiento” (así, suspendiendo el texto y sin punto final).

Con la extensión de la plaga irrumpen los cazadores con sus redes, y la persecución se convierte en carrera donde el dramatismo está entrecortado por detalles ridículos: el plumaje del sombrero y los velos se agitan, a la vez que el tacón del zapato se tuerce. En sí, los aspectos carnavalescos se reducen a elementos exteriores: la presencia de un prior de monasterio griego que lee el Cántico, el seminarista fámulo de Archimandrita, un *kirghis* de edad indefinible y la Doña o zancuda, dama angulosa con un cigarrillo filipino en su boquilla de ámbar. Representan cuadros pintados en colores sombríos, antes que excesos coloridos esperados como contraste necesario de la plaga. Ante la amenaza de la Dama de las dos sílabas, el recurso boccacciano de cultivar las artes de Shezade se ha revelado falaz. La novela es a la vez lectura carnal de San Juan de la Cruz, cómic goyesco que registra el avance de la zancuda, ficción apocalíptica que apunta el terror ante los infectados, desfile de la indumentaria antiatómica de los enfermeros y descubrimiento de la *utopía* perversa que se reconoce en toda la literatura erótica de aspectos místicos.

La enfermedad adquiere una multitud de significados: exilio, designio sagrado, for-

ma reconocible de las lecturas pecaminosas de una misteriosa biblioteca con manuscritos antiguos, “no sólo griegos y latinos sino incluso hebreos y árabigos” (“¿nos mantenían apartados de los demás a causa de nuestras lecturas o tests sanguíneos?”); en un principio, la enfermedad *se lee*, como *grafitti*, o se cuenta como chisme; es la amenaza imprecisa que rastrea y ataca a sus posibles víctimas, también a través del flashback encarnado que dilucida el “enigma insoluble del Cántico... oscilando entre la anchura y lobreteje de su noche espiritual”. El camino hacia atrás, hacia los precursores de los arrobados y transpuestos modernos, revela tal vez la lectura de Ibn Arabi e Ibn al Farid pero ante todo la imposibilidad de hablar del cuerpo y del sexo, de volverlo directamente compatible con la santidad, el misticismo, lo que es reverenciado públicamente y sin reservas.

De ahí la dificultad de la afirmación, ya que no de la lectura y del contagio rítmico del cántico, más cercana a la misteriosa vivencia del adolescente que al congreso de especialistas en la obra del santo. La maldición ha cambiado de forma, y no de contenido: una plaga u otra han diezmando las alhamas y a sus devotas de la noche oscura; ante la amenaza de los perpetuos cazadores ha desaparecido *El elogio del vino* de Ben Sida (¿vencida? ¿Ven, cita?) y por siglos se han diluido las citas de los versos, a la vez que ha cobrado fuerza de vaticinio la frase “soy de una gente que, cuando ama, muere”.

Asamblea de los pájaros cierra el libro con una bella metáfora del oficio del escritor: movilidad inmóvil, multitud de trinos y gorjeos en la soledad del amor herido. La distorsión hipócrita proveniente del cristianismo obliga a buscar referencias de lo prohibido en textos antiguos o arábigos e impone la metáfora que conduce a una pluralidad de figuras de lo mismo: el señor mayor, el Archimandrita y su fámulo, el seminarista torturado por la justicia exclamando “¿por qué no vendrá el Turco y ganará esta tierra para que cada uno viva como quiera?” Este deseo enlaza de nuevo con *La reivindicación del conde Don Julián* y con la invasión de París por letrados en escritura árabe y voces roncadas, en *Paisajes después de la batalla*. La estrechez moral del mundo occidental se angosta aún más a partir de la nueva plaga, de modo que la nostalgia por los tiempos de la convivencia árabe y española es aún más marcada.

Se revela una vez más el espíritu agudo de Goytisolo, su sentido del humor amante de disfraces y escenografías truculentos, su gran conocimiento de la literatura española, en esta novela gozosa, aunque ubicada en tiempo presente de la Dama de las dos sílabas. ♦

Juan Goytisolo: *Las virtudes del pájaro solitario*, Alfaguara, Madrid, 1994. 238 pp.

COLABORADORES

María Andueza. Colabora en la revista *Universidad de México* desde 1976. El texto más recientemente publicado en la revista se halla en el número 506-507 (marzo-abril de 1993).

Ricardo Anguía. Ya ha colaborado en esta revista. Véanse los números 506-507 (marzo-abril de 1993), 510 (julio de 1993), 512-513 (septiembre-octubre de 1993) y 514 (noviembre de 1993).

Juan Carvajal (Guadalajara, Jalisco, 1934). Escritor y poeta. Ha sido catedrático de filosofía en diversas universidades y colaborador de numerosas publicaciones culturales. Miembro del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM. Es el primer traductor al español de la poesía completa de Cavafis y de la obra poética íntegra de Saint John-Perse. Es autor de *Arte antiguo de México* (premio Grand Aigle d'Or, de la Feria Internacional del Libro de la ciudad de Niza), *Un poema del mar*, *Occidentalmente* y *Runa llena*. Próximamente aparecerá su traducción de las *Elegías de Diuno* (en colaboración con Lorena Fernández del Valle) y su libro de poemas *Precipitaciones*.

Adolfo Castañón. Colaboró en el número 511 (agosto de 1993) de esta revista. En 1994 recibió el Premio Nacional de Literatura Mazatlán y fueron publicados sus libros *Sombra pido a una fuente*, *La gruta tiene dos entradas* y *Macrocefalia* (este último en colaboración con Jaime Moreno Villarreal y Fabio Morábito).

Lindee Climo (Massachusetts, Estados Unidos, 1948). Artista plástica. Reside en Canadá desde 1970. Ha presentado exposiciones individuales y colectivas en diversos

museos y galerías canadienses. Su obra se encuentra en el National Museum for Women in the Arts (Washington, D. C.) y en la Confederation Centre Art Gallery and Museum. En 1994 presentó la exposición "New Paintings", en Toronto, Canadá.

María Constantino. Ya ha colaborado en esta revista. Véanse los números 511 (agosto de 1993), 518-519 (marzo-abril de 1994) y 530 (marzo de 1995).

Ruxandra Chisalita. Colaboró en el número 527 (diciembre de 1994) de esta revista.

Alberto Dallal. Dirige la revista *Universidad de México*. Véanse los números 506-507 (marzo-abril de 1993), 510 (julio de 1993), 515 (diciembre de 1993), extraordinario sobre *La Puebla intemporal* (1993), 525-526 (octubre-noviembre de 1994), 527 (diciembre de 1994) y 530 (marzo de 1995).

Carlos Enríquez Verdura (Ciudad de México, 1970). Pasante de la licenciatura en relaciones internacionales en El Colegio de México. Es miembro de la Conferencia Mariano Otero. Actualmente trabaja en la Gerencia Editorial del Fondo de Cultura Económica.

Augusto Fernández Guardiola. Ya ha colaborado en esta revista. Véase el número 518-519 (marzo-abril de 1994).

Rodrigo Fernández Mas (Ciudad de México, 1964). Pasante de la licenciatura en ingeniería por la UNAM. Fue investigador en el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía y actualmente lo es del Instituto Mexicano de Psiquiatría. Ha obtenido en tres ocasiones el 1er lugar del Concurso Nacional

de Instrumentación de la Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas. Ha colaborado en la *Revista Mexicana de Ingeniería Biomédica* y en *Epilepsy Research*, entre otras publicaciones nacionales y extranjeras. Es autor de un capítulo del libro *Kindling 4*.

Miguel Ángel Flores (Ciudad de México, 1948). Escritor. Es profesor de tiempo completo de la Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Azcapotzalco. Ha desarrollado actividades como periodista, funcionario público y diplomático. Es autor de los libros de poesía *Contrasuberna*, *Saldo ardiente*, *Sombra de vid*, *Erosiones y desastres* y *Plegaria* (selección de los anteriores), y de ensayo *Horas de recreo* y *El tiempo que pasó*. Ha recopilado la obra crítica de Ali Chumacero con el título *Los momentos críticos* y las traducciones de poesía de José Emilio Pacheco en *Aproximaciones*. Prepara actualmente un tomo con la poesía de Salomón de la Selva para el FCE. Parte de su labor como traductor está recopilada en el libro *Transcripciones*. Recientemente preparó una *Antología de la poesía brasileña contemporánea*.

Mireya Folch-Serra. (Tarragona, España, 1937). Doctora en geografía por la Queen's University de Canadá. Ejerció el periodismo cultural en México en las revistas *Diálogos* y *Artes visuales*, entre otras. Se ha desempeñado en la enseñanza e investigación de temas relacionados con México y América Latina en diversas universidades canadienses. Próximamente aparecerá su libro *Voices of Place. A Dialogical Landscapes of the Catalan Pyrenees*.

Francisco Hernández. Colaboró en el número 511 (agosto de 1993) de esta revista. Recibió el premio Carlos Pellicer de Poesía 1993 y el Xavier Villaurrutia 1994, por su libro *Moneda de tres caras*.

Pura López Colomé. Colaboró en el número 527 (diciembre de 1994) de esta revista.

Artemio López Quiroz (Pinotepa Nacional, Oaxaca, 1970). Estudió lengua y literatura hispánicas en la UNAM. Es miembro del Seminario de Cultura Literaria Novohispana del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de nuestra casa de estudios. En colaboración con el doctor José Pascual

Buxó recopiló y editó *Varias poetas espirituales*, de Juan de Palafox y Mendoza.

Robert Lowell (Boston, 1917-Nueva York, 1977). Poeta estadounidense. Es autor de *Land of Unlikeness*, *Lord Wearys*, *Castle* (Premio Pulitzer 1946), *Life studies* (poesía y prosa) y *The Dolphin*, entre otros libros. Sus traducciones se recopilaron en *Imitations*.

Agustín Monsreal (Mérida, Yucatán, 1941). Escritor. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores; recibió el Premio Nacional de Cuento del INBA y Casa de la Cultura de San Luis Potosí por su libro *Los ángeles enfermos*. En 1982 fue galardonado en el XVI Certamen Nacional de Periodismo por su columna *Tachas*, del periódico *Excelsior*. Ha publicado en revistas y suplementos literarios nacionales del país. Forma parte del consejo de redacción de la revista *El Cuento*. Es becario del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Autor de *Canción de amor al revés*, *Punto de fuga* (poesía), *Cazadores de fantasmas*, *Sueños de segunda mano*, *Pájaros de la misma sombra*, *La banda de los enanos calvos* (Premio Antonio Mediz Bolio 1987) y *Lugares en el abismo*.

Herminia Pasantes. Colaboró en los números 518-519 (marzo-abril de 1994) y extraordinario sobre el *XL Aniversario de Ciudad Universitaria* (1994).

Héctor Pérez-Rincón (Ciudad de México, 1942). Egresado de la Facultad de Medicina de la UNAM, con especialidad en psiquiatría por la Universidad de París. Ha sido profesor invitado de las universidades Complutense de Madrid y René Descartes de París; es profesor de psicopatología en la Facultad de Medicina de nuestra casa de estudios. Editor de las revistas *Salud mental* y *Gaceta médica de México*; es miembro numerario de la Academia Nacional de Medicina, así como de diversas sociedades psiquiátricas y humanistas nacionales y extranjeras. Ha escrito numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales. Es autor del capítulo sobre México en la *Nouvelle Histoire de la Psychiatrie*, y compilador de *Imágenes del cuerpo*. Próximamente será publicado su libro *Apuntes para una historia de la psiquiatría mexicana*.

José Eduardo San Esteban (Ciudad de México, 1938). Médico cirujano por la UNAM; realizó estudios de posgrado en Cleveland Clinic, Ohio, y en la Universidad de Ottawa, Canadá. Se ha desempeñado profesionalmente en los institutos nacionales de Neurología y Neurocirugía, de Pediatría y de Salud Mental del DIF. Fue coordinador de Investigación y Estudios de Posgrado de la Facultad de Estudios Superiores Zaragoza; actualmente es maestro de tiempo completo y director del Programa Universitario de Investigación en Salud de nuestra casa de estudios. Ha sido presidente de la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría y de la Academia Mexicana de Neurología, entre otras instituciones. Ha publicado diversos artículos sobre su especialidad en revistas nacionales e internacionales.

Ricardo Tapia. Ya ha colaborado en esta revista. Véanse los números 508 (mayo de 1993) y 518-519 (marzo-abril de 1994).

Gabriela Vallejo Cervantes (Ciudad de México, 1964). Licenciada en letras hispánicas por la UNAM. Fue becaria de investigación durante cuatro años en El Colegio de México. Actualmente trabaja en el Fondo de Cultura Económica. Ha publicado en los periódicos *La Jornada*, *El Sol de México* y *Novedades*.

Luis Manuel Zavala (Morelia, Michoacán, 1952). Licenciado en lengua y letras hispánicas por la UNAM, donde cursa la maestría en letras iberoamericanas. Es profesor de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán de nuestra casa de estudios.

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

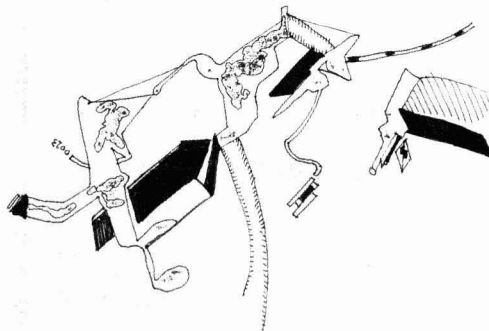
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Marzo 1995 ♦ Núm. 530

Ilustra Ramiro Jácome

LA EXPERIENCIA LATINOAMERICANA

Colaboraciones de Valquiria Wey, Aline Pettersson, Juan José Barrientos, Luisa Valenzuela, Saúl Yurkievich, Samuel Gordon y Juan M. Lope Blanch, entre otros.

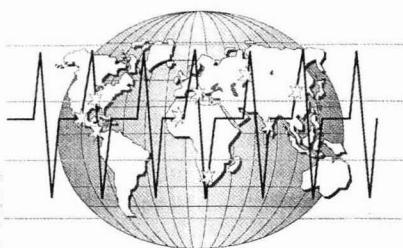


F A N T A S I A E S P A C I A L

De venta en las oficinas de la propia revista
Tels. 666 3972 y 666 3624

El corazón
del mundo
no deja
de latir.

Por eso,
diariamente
le tomamos
el...



PULSO

La noticia al alcance de su oído

DE LUNES A VIERNES

Pulso de la mañana: 8:00 hrs.

Pulso de la tarde: 14:30 hrs.

Pulso de la noche: 20:00 hrs.

EN FINES DE SEMANA

Pulso sábado: 14:30 hrs.

Pulso domingo: 14:30 hrs.



Cultura con imaginación

Canal 22 *Toda la cultura
se transforma en imagen*



El espectáculo de la imaginación

Canal 22 *La cultura también se ve*



EL SISTEMA DE TIENDAS UNAM

lo espera en cualquiera de sus tres unidades,
de lunes a domingo de 9 a 20 hr.

ACATLÁN

Av. Alcanfores y Sn. Juan Totoltepec, Sta. Cruz, Edo. de Méx.

METRO C.U.

Circuito Exterior, frente a la Fac. de Ciencias Políticas y Sociales,
C.U.

ESTADIO

Estacionamiento 9, atrás del Estadio Olímpico, C.U.

COMPROMISO DE CALIDAD TOTAL
DE UNA EMPRESA UNIVERSITARIA

Ediciones UNAM

LA UNIVERSIDAD EN EL ESPEJO

Presentación de José Sarukhán

1a. edición: 1994, 183 pp.

Universidad Nacional Autónoma de México

ISBN 968-36-3926-7

Clave: 020007 TC Precio: N\$ 230.00

CARTAGENA. AT

Víctor M. Navarro

1a. edición: 1994, 87 pp.

Coordinación de Humanidades

ISBN 968-36-3775-2

Clave: 019667 RP Precio: N\$ 20.00

LA RAÍZ FRACTURADA. TESTIMONIOS SOBRE LOS INDIOS DE MÉXICO

Introducción, selección de textos e investigación iconográfica de

Cristina Barros y Marco Buenrostro

1a. edición: 1994, 217 pp.

Coordinación de Humanidades UNAM-

Grupo Financiero ASEMEX-BANPAIS

ISBN 968-36-4143-1

Clave: 019735 RE Precio: N\$ 300.00

Informes y ventas

Dirección General de Fomento Editorial UNAM

Av. del IMAN No. 5 C.U., C.P. 04510, México, D.F.

Tel. 622 65 83 Tel. y Fax 622 65 82



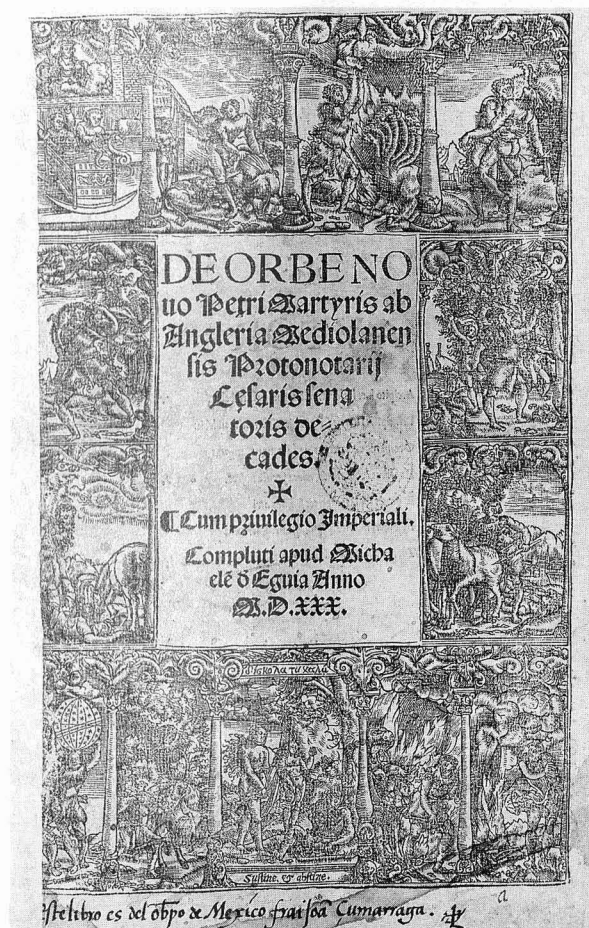
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
Dirección General de Fomento Editorial



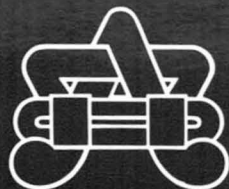
PATRIMONIO UNIVERSITARIO

Uno de los tantos tesoros que custodia la Biblioteca Nacional de México, administrada por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, es el libro cuya portada se reproduce aquí.

Se trata de la primera edición completa de las *Décadas del Nuevo Mundo*, de Pedro Mártir de Anglería, impresa en Alcalá de Henares por Miguel de Eguía en 1530. El texto, escrito en latín, comprende el estudio de ocho décadas, cada una tratada en diez capítulos. En la imagen, el título aparece encerrado en un recuadro grabado con mucha elegancia, donde se representan las labores de Hércules. El ejemplar que posee la Biblioteca Nacional reviste, además, el enorme valor de haber sido propiedad del primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, cuyo autógrafo se aprecia al pie de la figura.



Maqueta del Ciprés y Tabernáculo del Altar Mayor de la Catedral de Puebla



MUSEO AMPARO
Encuentro con Nuestras Raíces

2 Sur No. 708, Puebla, Pue.
Centro Histórico de Puebla
Teléfono: 91 22 46 46 46
Fax: 91 22 46 63 33

Abierto de miércoles a lunes
Horario: 10:00 a 18:00 hrs

Esta maqueta del ciprés y tabernáculo del altar mayor de la Catedral de Puebla, que se exhibe en el Museo Amparo gracias al apoyo de la Catedral y de Sedesol, fue realizada en 1798 en madera ensamblada y tallada policromada y dorada. La maqueta reproduce el monumental tabernáculo neoclásico construido con mármoles policromados, estucos, plata y bronce dorados y cincelados, bajo la dirección del artista valenciano Manuel Tolsá (1757-1816).

Con ligeras variantes, se representa el ciprés actual, constituido por un zócalo de planta circular, con cuatro altares entre los cuales se abren las portadas de los accesos al panteón de los obispos. Sobre éste se levanta el primer cuerpo, formado por dieciséis columnas corintias que soportan un gran entablamento, con frontones que se rompen en cada una de las cuatro fachadas que soportan ángeles de estuco blanco y albergan grandes ráfagas de metal dorado con monogramas. El conjunto está rematado por una gran cúpula peraltada, con ventanillas en cada fachada. Esta fachada sostiene una escultura de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y cubre el sagrario que soporta una gran escultura de bronce dorado que representa a la Purísima Concepción de María, obra maestra de Manuel Tolsá. En los intercolumnios del primer cuerpo, sobre las puertas del panteón, hay grandes esculturas de estuco que representan a los Doctores de la iglesia: San Gregorio, San Jerónimo, San Agustín y San Ambrosio.

Esta obra es hasta hoy el único ejemplo conocido en América de un modelo a escala de un retablo, construido en el siglo XVIII y que formó parte de un proyecto presentado a las autoridades eclesiásticas para su aprobación.

Su autor, Manuel Tolsá, nació en 1757 en España; estudió en las Reales Academias de las Tres Nobles Artes de San Carlos de Valencia y San Fernando de Madrid, en donde llegó a ser Académico de Mérito. Tolsá llegó a Nueva España en 1791 como director de escultura de la Real Academia de San Carlos. Fue el artista virreinal más prestigiado de su tiempo. Como arquitecto tuvo a su cargo obras tan notables como la terminación de la Catedral de México, la construcción del Seminario de Minería —hoy Palacio de Minería—, el Palacio del Marqués del Apartado y la Iglesia de Loreto en México. Como escultor realizó la estatua ecuestre del rey Carlos IV, conocida popularmente como "El Caballito" y el busto de Hernán Cortés, que adornó su sepulcro en la iglesia del hospital de Jesús Nazareno de México.